

Tren de Aterrizaje

Cuentos y Relatos

Taller Mapocho

Río y Estación

2002 - 2004

ÍNDICE

<i>A modo de comentario</i>	¡Error! Marcador no definido.
IGOR BUSCAGLIA	
El brujo que no sabía volar	6
Ruth.....	8
RAÚL CAÑETE	
El brillo del amante	11
El invunche tiene permiso	13
OSCAR CARMONA	
Mientras ellos seguían bailando	16
DAVID COSTA	
La casa, cuerpo y castigo.....	27
El sentimiento del amorido.....	30
HORACIO ESPEJO	
Hasta cuando, hasta siempre.....	33
DAVID ESPINOZA	
El Gueo.....	36
Por amor.....	39
ALONSO MORGADO	
La deserción de Salgado	42
SYLVIE MOULIN	
Accidente de tráfico.....	47
CAROLINA PALMA	
El libro de Antonia Cuervo	50
JUAN CARLOS RAMÍREZ	
Fotografía	57
Tocar de oído.....	59
ANÍBAL RICCI	
Sin besos en la boca.....	63
Susurros.....	65
NORMAN SANITER	
Adentrando el bosque.....	69
Enemigo de la especie.....	71
La Marina y el presagio	72
MARIO TORRES	
La compuerta.....	74
Los dioses oscuros.....	77
MARCELA UNDURRAGA	
El encargo	83
Joaquín.....	84
MAURICIO WEIBEL	
Un viejo bueno, hereje y asesino.....	91

A MODO DE COMENTARIO

Taller Mapocho nace a principios del 2002 al amparo de la Corporación Cultural de la Estación Mapocho dirigida por Arturo Navarro, allí en el segundo piso de la librería de Ediciones LOM, sesionó durante todo un año los sábados de diez de la mañana en adelante, continuando frecuentemente, como corresponde a un verdadero Taller, en “La Piojera” o en “La Playa Chonchi” y otros bares y restaurantes de los alrededores hasta bien avanzada la tarde. Al corto tiempo, surgió su nombre definitivo, “*Taller Mapocho, Río y Estación*” nombre que lo identificaba bastante mejor.

El grupo original, seleccionado a través de los medios de comunicación, y compuesto por catorce narradores en ciernes, se proponía entregar técnicas y herramientas de composición, desde la estructura de un relato, el punto de vista narrativo, la voz, el mundo representado, los personajes etc. y así encauzar a cada cual de acuerdo a sus potencialidades, pero terminado este primer período, a fines del 2002, ocurrió algo extraño, muchos de sus integrantes no se quisieron ir, entendiendo que “*Taller Mapocho, Río y Estación*” no terminaba allí. Era cierto, se había creado un grupo excepcional, profundamente comprometido con la literatura, que creaba y que hacía cada sesión más interesante que la anterior, cuando lo frecuente es que a medio camino comiencen las deserciones y al tercer o cuarto mes no exista quórum para continuar, pero de allí a proseguir por un segundo año, me tomaba de sorpresa.

Confieso entonces que para el 2003 los amenacé, hasta el momento, les dije, habíamos vagabundado sólo por los alrededores de la verdadera literatura y que de ahora en más estrujaría su talento si lo había, que les exigiría trabajo constante y consistente, que quería ver los personajes, saber desde su nacimiento y familia hasta el colegio donde estudiaron, sus gestos y posiciones, el tono de su voz, amores y desdichas, amigos, en resumen, su vida entera para sólo aparecer en las breves páginas de un cuento; que perseguiría las relaciones de causalidad como detective detrás de una pista, que quería sentir el paso del tiempo en las obras y así trabajamos todo el 2003, ahora los días viernes en la sede de Alameda que el Instituto Pedro de Valdivia nos había facilitado, sin respiro, en sesiones que continuaban en “El Cuervo” hasta la medianoche, claro que a estas alturas se había provocado otro suceso extraño, nos habíamos vuelto amigos, buenos amigos de la vida y la literatura, de esos que no se dejan pasar ni una coma. Así surgió “Por Amor” un cuento impecable de David Espinoza y “El brillo del amante” con un final de aplauso de Raúl Cañete, dos compañeros de ruta que asistieron en los ‘90 a otro Taller mío y que había seleccionado entre los del grupo original; la fuerte y atractiva voz de “Adentrando el Bosque” de Norman Saniter y el informalmente formal “Hasta cuando, hasta siempre” de Horacio Espejo; la segunda versión ya de una novela que promete de Mauricio Weibel y que conoceremos por “Un viejo bueno, hereje y asesino” y la excelente muestra de modernidad y tecno en “Susurros” de Aníbal Ricci, que también se apronta con una novela; el talentoso David Costa, actor y dramaturgo de escasos veintitantos años con “La casa, cuerpo y castigo” y el contenido y preciso relato “Mientras ellos seguían bailando” de Oscar Carmona” y finalmente, del grupo original de la Estación “La Compuerta” un gran cuento de Mario Torres.

Este mismo año “*Taller Mapocho, Río y Estación*” ganó otros cuatro integrantes: Marcela Undurraga que literalmente nos cautiva con “Joaquín”; Igor Buscaglia que de buen lector y de

regreso a Chile nos entretiene y divierte con “El brujo que no sabía volar”; la francesa Sylvie Moulin con el intenso “Accidente de tráfico” tal cual, no tránsito y María Eliana Huerta, de la cual el lector no encontrará ningún texto en esta muestra, pero todos llevarán algo de ella, de su enorme caudal de lecturas y acertadas observaciones.

Y ya que nadie se quería ir tampoco el 2004, continuamos otro año más, ahora de consolidación y sin sorpresa, con varios de sus integrantes premiados en concursos, colaborando en medios de comunicación, cada cual preparando un libro, cuatro novelas, un drama, nueve libros de cuentos, hablando ya de la literaturidad de la literatura, de Proust y Kafka, Fernando Alegría y Carlos Droguett, José Donoso y Joaquín Edwards Bello, Piglia, Saer y Christa Wolf, Paul Auster y Patricia Highsmith, Claudio Giaconi y la Bombal, Thomas Hardy, Roberto Bolaño y Pablo Azócar, Contreras, Urbina y Collier, para integrar este último año a Juan Carlos Ramírez que conoceremos en esta muestra con “Tocar de oído” un cuento de fino oficio; Carolina Palma que da fuerte y seco con “El libro de Antonio Cuervo” y Alonso Morgado o Publio Virgilio Maron, entre amigos, mezquino con la publicación de sus obras para un oficio ya maduro y diseñado como lo demuestra en “La deserción de Salgado”

Así llegamos a este “Tren de Aterrizaje” luego de tres años de producción y que es para muchos de los presentes en esta muestra, literalmente su aterrizaje en la literatura, su primer texto publicado. Por mi parte, siento la enorme suerte y satisfacción de haber contado con un grupo extraordinario no sólo de escritores, sino también como personas, sicólogos y economistas, ingenieros y bancarios, periodistas y actores, músicos y abogados, gente de danza, del trabajo hípico y el magisterio, una hermosa diversidad que enriquece a un Taller de Escritores y que sin duda proyectará a este grupo al 2005 a nuevos desafíos.

Sólo resta agradecer nuevamente a María Eliana Huerta y Mauricio Weibel por sus aportes a la edición de esta obra, a Mario Torres en la parte delicada de la edición y por tantas veces su casa, a la Corporación Cultural de la Estación Mapocho y Arturo Navarro quienes dieron el primer impulso a este grupo, al Instituto Pedro de Valdivia que durante ya dos años sesionamos en sus salas, a la Corporación Cultural Justicia y Libertad bajo cuyo amparo podemos postular a fondos privados y públicos y a la Ilustre Municipalidad de Santiago con cuyos fondos concursables hace posible la publicación de este libro.

Roberto Rivera Vicencio.

Director “*Taller Mapocho, Río y Estación*”

IGOR BUSCAGLIA nace en Osorno el 10 de septiembre de 1946. Se trasladó a Santiago y terminó sus estudios secundarios en el Internado Nacional Barros Arana. En 1967 viajó a Alemania, donde obtuvo el título de ingeniero en Tecnología Química.

Posteriormente, aterrizó en Mozambique donde quedó –a su juicio- varado hasta 2002. En esa nación africana, trabajó para el Estado dirigiendo la producción de sal en el Ministerio de Industria y Energía. En los 90, fue contratado por Naciones Unidas como oficial de Logística para el proceso de paz en Mozambique. Luego se desempeñó para UNICEF como experto en evaporación solar en diversos países africanos.

El año 2002 se atreve a cruzar el límite del buen lector, se une a Taller Mapocho y escribe sus primeros textos de ficción.

EL BRUJO QUE NO SABÍA VOLAR

Desde que llegué a Mozambique, sus mujeres y la brujería me sedujeron, aunque no siempre accedí a ellas. Conforme pasaban los meses, aumentaban mis deseos de conocer los afectos y ritos que no se cuenta ni muestra a los europeos, (así llaman a los blancos)

Mi trabajo era la monotonía misma: un laboratorio de control de calidad, que no supervisaba nada, pero que me permitía conversar con los empleados. Poco a poco, me incorporé a su mundo y empezaron las confidencias. Las dos mujeres que tenía de ayudantes conversaban de todo y escuchándolas fui abriendo una puerta a esa dimensión que deseaba visitar.

Pasaron algunas semanas, hasta que en forma casual hablamos de la brujería. Fue algo relativo al significado de los amuletos que vendían en el bazar de Xipamanine. Aprendí que tener cinco garras de león y ponerlas detrás de la puerta principal de casa impedía a los ladrones entrar, pues serían atacados por el espíritu de esa bestia. Seguí el consejo y la verdad es que hasta ahora nunca nadie se atrevió a robar alguna de las casas donde he vivido. Una de las cosas más extrañas que me explicaron fue que para ser invisible y poder desvalijar una residencia, el delincuente tiene que bañarse con el agua con la cual se ha limpiado algún muerto. El rito –me insinuaron– también servía para visitar a una mujer casada y no ser descubierto por el marido.

Finalmente, un día me invitaron a participar en un chicuambo o ceremonia de expulsión de malos espíritus de una sobrina de la mayor de mis ayudantes, quien me explicó que los chicuambos también producen extraños males. No sabía si creerle y le pregunté “si su familia estaba de acuerdo con mi visita”. Respondió que “solo debía cooperar con la comida y bebida”. Además debía contribuir con dinero para pagarle al hechicero. Por propia iniciativa, mandé también vino que en ese tiempo era un regalo muy apreciado.

Por fin llegó el sábado y caminé un buen varios kilómetros hasta el departamento donde vivía mi compañera de trabajo, en un duodécimo piso sin ascensor. Subí lentamente, pero de todas maneras llegué empapado y casi muerto. Había unas cincuenta personas y la ceremonia más parecía una fiesta de casamiento en la cual la poseída era la festejada.

Todo lo misterioso que yo esperaba ver se transformó en una comedia, pero llena de ceremonial. Yo observaba con cara de querer sonreírme y no poder. Supuse que cuando llegara el brujo todo cambiaría.

Pero no. El brujo llegó y todo siguió igual, cada vez más ruidoso, con un desfile de grandes ollas de comida, además de cervezas y el vino que había enviado. Después de un largo rato, las mujeres llevaron rumbos de platos y vasos sucios a una pieza que estaba preparada para recibir toda esta parafernalia de artefactos, que supuestamente se usarían en el exorcismo. Una hora después, pasamos todos a la habitación donde estaba la joven poseída, que yacía sobre una estera donde se le extraería el chicuambo. Era una joven bastante bien constituida, llena de curvas. Tenía sus guapos 20 años. A mi parecer, no tenía ningún espíritu que la atormentase, era una belleza de estampa y creo no estar equivocado que eso era lo que más atormentaba a los presentes.

El brujo entró, nos sentamos en el suelo, a un lado los hombres y al frente las mujeres con los niños. Vestía una especie de túnica blanca, parecida a las del Ku-Klux-Klan, adornada con símbolos sincréticos de todas las religiones.

En realidad, su entrada fue gloriosa e impresionante. Se encucilló frente a la embrujada y rezó a media voz en un idioma incomprensible. Le pregunté a mi vecino que era lo que recitaba y el pobre me puso cara de loco y respondió que tampoco comprendía nada, pero que el hechicero hablaba todos los idiomas del mundo, para así poder comunicarse con los espíritus y obtener su gracia.

Cuando el rezo concluyó, el brujo salió del cuarto y volvió luego con una botella de vino, bebió un sorbo y lo escupió sobre la muchacha, que hizo una mueca y dio un pequeño estornudo ahogado por la seriedad del rito. Él siguió bebiendo, recitando conjuros y saltando sobre ella. Rápidamente terminó la botella y como la ceremonia no debía detenerse, una señora trajo inmediatamente otra. El brujo la tomó en sus manos, y a medida que tragaba el alcohol la intensidad de sus saltos crecía. La embrujada, en tanto, continuaba impávida.

Para entonces, tenía que morderme la lengua para no soltar las carcajadas. Toda la ceremonia se reducía a una presentación de saltos acrobáticos. El frenesí estaba casi en un clímax perfecto cuando el brujo comenzó a correr alrededor de la joven y a rebotar contra las paredes, pasando sobre nuestras cabezas. La rapidez de los rebotes en las paredes eran cada vez mayores y así continuó por algunos minutos, cuando de pronto, desapareció del cuarto. Nos miramos unos a otros sorprendidos. En vez de rebotar contra la pared, había traspasado un vidrio del ventanal que daba a la avenida principal.

RUTH

Muchos, pero muchos años atrás, yo vivía en un barrio con plaza y calles arboladas, donde todos los niños formábamos una amistad de secretos y juramentos. Entre las mujeres, había una que se destacaba por ser dulce y cariñosa. Siempre quería ser la enfermera o la doctora cuando jugábamos a la guerra. Y la verdad es que lo hacía muy bien, se compenetraba en su personaje y todos los valientes guerreros, cuando caíamos heridos, deseábamos que ella fuese la que nos curase.

Pasaron los años, nuestros juegos se transformaron y nosotros cambiamos con ellos. Para entonces, nos juntábamos a conversar en la plaza. La politización del país fue apoderándose de nosotros y cada uno tomó partido por alguna idea que escuchó en su casa. A partir de ese momento, nacieron las primeras trizaduras de nuestra amistad.

Luego llegó el liceo y el tiempo libre escaseó, aunque siempre quedaron instantes para juntarnos en un banco al atardecer, fumar a escondidas e inventar nuestras primeras historias amorosas.

A esa altura de mi vida mi pulso se aceleraba cuando alguna de nuestras amigas se acercaba. Ruth, que era la más bonita, también había crecido.

Los años siguieron rodando y llegó el último curso del liceo. Algunos quedamos en la universidad, otros salieron directo a buscar trabajo, lo que en aquellos tiempos no era tan difícil para un joven de clase media con secundaria completa.

Yo quedé en ingeniería y Ruth en medicina. El gobierno del Presidente Eduardo Frei estaba en su apogeo y la revolución en libertad ya era una niño muerto. Todo el país gritaba cambios y las universidades eran una torbellino de ideas y encuentros. Durante una de esas reuniones de estudiantes en el pedagógico de la Universidad de Chile, vi subir al proscenio a Ruth como portavoz de la Escuela de Medicina. Su timbre de voz era el mismo, solo que ahora era firme y claro. Era una oradora apasionada. Al terminar todos la aplaudieron y yo quedé embobado. Se unió a su grupo de compañeros y no supe cómo llegué a su lado.

Lo único que atine decirle fue que estaba muy bonita y al terminar la frase me di cuenta que no podía haber dicho estupidez más grande. Me miraron con cara de loco y me hundí ahí mismo. En vez de decir que concordaba con lo expuesto, que su exposición fue la mejor, simplemente dije lo que me salió del alma: "estas bellísima".

A los minutos y sin despedirme deje el lugar. Me alcanzó y volvimos caminando a casa. No me atrevía a mirarla y menos decir algo. Se dio cuenta de todo y calló. Anduvimos en silencio hasta que comenzó a contarme de su actividad estudiantil y su integración al mundo político. Yo sólo escuché y dejé que renaciera la amistad. Desde ese día, la vi casi a diario, esperándola y acompañándola a todas partes.

Casi por inercia también ingresé en la vida política. Hasta que llegó ese momento que todos alguna vez viven o vivirán: La locomotora de la sociedad partió y las pasiones se desencadenaron. La universidad clásica se quebró, comenzó la reforma universitaria y asumió el gobierno de la Unidad Popular.

Durante esos tres años participé en trabajos sociales y solidarios, viajé por el país y conocí otras caras de Chile. No sé si pololeamos, pero nos amamos. Fue un amor recíproco. Incluso hoy, después de treinta años, mis labios sienten la frescura de su juventud.

Todos los viernes la esperaba en la Plaza de Arma, frente a la catedral. Un día, casi al final de nuestros estudios, salimos a comer y bebimos una botella de vino. De sobremesa, caminamos hasta un hotel. Aún me emociona la suavidad de esos besos.

Terminados los estudios, entré a trabajar y Ruth empezó su especialidad. Nuestro país vivía una pasión desenfrenada. Al poco tiempo las nubes del golpe militar opacaron el cielo. A pesar de las dificultades y el peligro, intentamos que nuestras vidas continuaran. Todos los viernes la esperaba frente a la Catedral, con miedo, esperanza y besos con sabor a sal.

Un viernes no apareció. La busqué en hospitales, comisarías y la morgue, hasta que un día me advirtieron que debía exiliarme. Años más tarde, cuando la oscuridad militar se disipaba regresé a Santiago. Desde entonces, soñando con un milagro, voy cada viernes y espero como antes frente a la Catedral.

RAÚL CAÑETE JUÁREZ, especialista en procesos bancarios, nace el 3 de octubre de 1945. Ha participado en varios grupos literarios y desde 2002 es miembro obstinado del Taller Mapocho, río y estación. Confiesa que la pasión de escribir lo persigue de niño y que sólo comenzó a disfrutarla hace una década, convencido que no tenía más tiempo que perder.

Publicó por primera vez relatos en la selección “Cinco Narradores en Busca de la Diosa” de 1993. En 2001 perseveró con ocho cuentos en “Balance de Letras” y el 2003 “41 Ficciones Súbitas”, una edición de microcuentos a cargo de Pía Barros. En 2004 es incluido en la antología “Que Sea la Llave” de Editorial Asterión, dirigida por la misma escritora.

EL BRILLO DEL AMANTE

Nos conocimos en Londres. Un remate privado de piedras preciosas fue el motivo. La atracción fue recíproca -no había duda- Sus ojos verdes, su sonrisa, ese aire gracioso y un no sé qué, cautivaron también mi atención en aquel evento.

Cuando fuimos presentados, su esposo estaba presente, luego decidieron llevarme a conocer su finca en el condado de Warwickshire. El se convirtió en un buen amigo, pero ella quiso llevar lo nuestro hasta lo último sin pensar en consecuencias.

Si bien la incertidumbre de ser descubierto me angustiaba, la tibieza de sus caricias me hacía olvidar todo. Esa pasión arremetía cada vez con más fuerza e imprudencia.

En cierta ocasión, y estando a solas con Nicole en su alcoba, escuchamos a las encargadas del servicio decir:

¡ Es tan atrayente!

¡ Qué no daría por él!

Las dificultades empezaron por celos con las mucamas, incluso les ordenó no poner los ojos en mí, posteriormente y pretextando un robo las despidió. Esa suerte se reiteraba con cada sirvienta, hallábase en permanente estado de sospecha con cada una de ellas.

Aceptaré sin querer vanagloriarme, debilidad por reuniones, fiestas y protocolos, y una permanente aptitud para desatar la predilección femenina, que me daba cierta fama, y cuyo prestigio aumentó después de la bullada fuga con Lady Rose por la costa del golfo de Génova.

Debo aclarar que esta notoriedad, provenía de los más conspicuos salones de la vieja Europa, donde las hijas de la nobleza me consideraron siempre un “enfant terrible” e invitado predilecto. Fue un período de plenitud difusa en el cual los aristócratas de mi círculo no discriminaron mi condición de latin lover.

Conocida fue la disputa de Estefanía y Carolina por obtener el favor de mi acompañamiento en el aniversario de los Grimaldi. Camila en encuentros de gala quiso ostentar conmigo. La Duquesa de York en más de una oportunidad contó no haber conciliado el sueño por mi culpa. Pero, esta adinerada angloamericana me llevaba sin ningún sigilo a su propia habitación.

Sin embargo mi corazón estaba ausente, petrificado en su soledad, tal vez el deseo de nuevas conquistas o quizá la evocación de bellas diademas - mi gran debilidad - El cansancio y el éxito hacían retraerme y estar en permanente estado de ensueño.

Al principio el viejo Lord me brindó hospitalidad y respeto. Posteriormente me preocupaba el hecho de notarlo insinuante y disipado.

En algunas ocasiones estando los tres, un peligroso juego de miradas y una silenciosa y amenazante rivalidad terminó por confundirme Aquellas lúdicas escenas eran reiteradas e insostenibles.

Pero la envidia e intriga –siempre vengativas- amenazaban mi plan, pues ponían en peligro la decisión de conquistar para mí, cierta piedra preciosa. Alguien advirtió al aristócrata lo que pasaba en su ausencia:

George:

No te fíes de ese truhán que tienes de albergado, hechizó a tu mujer tal como a mí. Pronto lo hará contigo.

Seducida

En efecto, ejercer la seducción no siempre fue grato. Mi anfitrión al conocer este anónimo y estando aquella noche reunidos, - preguntó - ¿Con quién te quedas? Espetándole, y olvidando la flema y el código de calificada hidalguía -agregó- ¡Sé que lo deseas! ¡Si pudieras escaparte con él lo harías! ¡No lo aceptaré! ¡Él es mío!!

Ante tal encrucijada quise retirarme, pero ella me retuvo acariciándome y seguidamente lo cogió de la mano y entrelazándonos en un triángulo bailamos una dulce y cadenciosa música.

Luego se brindó por la reconciliación, por el poder del amor y también por el brillo de mi presencia, y al subir por aquellas escaleras de mármol llenos de deleite llegamos a la cámara nupcial.

Fue una noche irrepetible de pasión irrefrenable, él amaneció sobre la alfombra, la mujer sobre el lecho, y yo inmóvil sobre el peinador observando aquello.

Cuando ella aún dormía en aquel amanecer inabarcable, George se levantó silencioso y tomándome expresó: ¡Eres mucha tentación! ¡Te pondré donde debes!

Acto seguido, me ubicó en un cofre metálico en medio de cuatro gemas, una morena amatista, una seráfica esmeralda, una rubia ágata, y una verde aguamarina - Mi reino y mis amadas - Yo, un modesto diamante de Minas Gerais.

EL INVUNCHE TIENE PERMISO

Ese compañero de oficina sorprendió a todos en el departamento de finanzas con su tablero. Era un viejo hobby que quería mostrar. Un juego de combate, en el cual, desplazaba soldados, tanques, barcos y aviones. Él, como general, dirigía siempre las batallas de su escuadra ganadora. Con sus nuevas tácticas y correlaciones de fuerza, reinventaba los resultados de la guerra en las invasiones napoleónicas y alemanas sobre la vieja Rusia.

Aquella fue la nueva cultura que se impuso en la pequeña dependencia del primer piso en aquel Ministerio, Al principio disfrutaba con sus avances triunfales sobre las barriadas “upelientas”, lanzando ataques destructivos por cielo, mar y tierra.

Luego de los despidos masivos en aquel conflicto del “once”, vinieron los selectivos... Ahora daba órdenes aquel que siempre las había recibido, y se había convertido en el portavoz oficial del Ingeniero Jefe, y cada vez que salía de esa oficina, sacaba su tablero atacaba con sus piezas, e instruía una orden:

- ¡Nadie más jugará ajedrez en esta oficina! –ordenó con una sonrisa de satisfacción.

Lo cierto, y por algún motivo, los tableros de ajedrez ya se habían esfumado como por arte de magia. Sin que nadie lo propusiera, se había convertido en el esparcimiento emblemático del depuesto régimen, quizá, por que representó una nueva trinchera del pensamiento, tal vez, por la cariñosa acogida de la gente al nuevo referente. La verdad es que junto a este deporte- ciencia tan especial, desaparecieron también, los amigos más fraternos.

- ¿Fuieste aliado de un marxista...? - interrogó al colega Ahumada después de mover tenebrosamente una pieza.

- ¡ Sí, pero del ser humano, no del político! – respondió con firme candor.

- ¡¿En que trinchera te encuentras... hombre?!-repuso ufano el inquisidor, después de poner a un soldado de plomo en posición de ataque.

En los días siguientes un decreto de renuncia voluntaria llegó a la oficina para la firma del compañero. Luego le tocó el turno a Golfard.

- ¿Cuándo te vas a tu patria? - consultó con hostilidad el ahora nuevo jefe de sección después de lanzar un avión sobre una base enemiga.

- ¡A Israel se van los judíos ricos! Yo soy uno pobre, respondió Gerardo con una sonrisa amigable.

- ¿Es verdad que ustedes son una raza maldita? - inquirió insolente, después de una avanzada de sus tanques.

El compañero guardó silencio luego de aquel arranque xenófobo. La mayoría seguían frívolamente adormecidos con el bullicio de las ollas, el mercado negro, y el famoso Plan “Z”, mientras los funcionarios eran despedidos diariamente.

Este personaje que al principio miramos como un bicho raro y sin importancia, siguió ganando poder e influencia, haciendo callar sin motivo a cualquiera.

Cuando me llamó fue para que conociera su rediseñada oficina. Luego desplegó su ofensiva, desplazando una ametralladora sobre una plaza en su tablero.

- ¡No te preocupaste de tu hermano! – me dijo con un una sonrisa forzada.
- ¡Debiste saber de sus juntas en la universidad –prosiguió- ¡Ahora lo han detenido! ¡Pero todo tiene arreglo...! ¡Ellos necesitan la casona de La Reina...! ¡Es sólo firmar el papel de compraventa... Y tu hermano sale como por un tubo...

Perdí el caserón y al benjamín de la familia, con la pena de no haber sabido responder a mi madre lo que prometí en su lecho de muerte antes de salir del archipiélago. Preocuparme de sus estudios y cuidarlo.

Preparé la trampa, antes de sumergirme en la isla grande de Chiloé. Le ofrecí en venta otra casa, cercana a un regimiento. Cuando llegamos, le aturdí con un laque, le cosí el hocico y el culo, le rompí las extremidades, le quebré el espinazo y las costillas, le desfiguré la cara, le corté las orejas, le puse la cara vuelta a la espalda, le amarré una pierna al lomo y lo abandoné en despoblado boca abajo para que lo tragara el infierno. Esa, fue mi venganza, Veliche¹.

¹ Veliche, es otra manera de nombrar al imbunche o también invunche, tan caro en nuestra literatura.

OSCAR CARMONA, compositor y pianista, Secretario y Vicepresidente de la Asociación Nacional de Compositores de Chile. Nace en Santiago en febrero de 1975. A los dieciséis ingresa al Conservatorio de la Universidad de Chile. Es Licenciado en Música y Composición en esta misma casa de estudios.

Ha compuesto música para varias agrupaciones obteniendo el premio “Vicente Huidobro” de composición en 1998, segunda distinción en el XIII Festival de Música Chilena Contemporánea, la beca de la Fundación Andes, premio especial de composición Universidad Católica, la TRIMALCA el 2004 y fue finalista en el concurso de composición Gaudeamus Music Week en Holanda este mismo año. Su música se ha tocado en diversos festivales contemporáneos como ISCM, Wold Music Days Festival, Two Days and Nights of New Music, Sao Paulo Biennale, en los Encuentros de Música Electroacústica y en diversos países como Japón, Ucrania, Cuba, Brasil, Eslovenia, Holanda y Suiza.

Escribe cuentos desde 2001 participando en los Talleres de Marta Blanco, Alejandra Costamagna y el Taller Mapocho, río y estación., bajo la dirección del escritor Roberto Rivera. En estos momentos compone su primera novela.

MIENTRAS ELLOS SEGUÍAN BAILANDO

A mis abuelos

Por alguna extraña razón, no lo reconocí al principio. Me lo encontré a eso de las cuatro de la tarde de un día primaveral tomando un té con limón en la plaza Mulato Gil. Tenía su pierna izquierda sobre la derecha, su mirada en el cielo y una de sus manos se movía como si mentalmente recordara una sinfonía de Mozart, además tenía sobre su cabeza un llamativo sombrero. Se veía algo cambiado, quizás más joven y más interesante o quizás un poco más robusto. Aunque tal vez yo esté equivocado y en realidad él estaba igual y el cambiado era yo, pero si fue así, no lo hizo notar. Sin embargo, cuando volteó hacia mí sonrió y me reconoció de inmediato. Se levantó y dijo mi nombre extendiendo sus brazos en espera de juntarlos en mi espalda, pero me contuve y esperé unos instantes. Creo que intenté pensar en ese momento, pero fue inútil: ninguna idea pasó por mi mente. Luego lo volví a mirar y caminé sin mucha seguridad hacia él.

Me rodeó en un apretado abrazo que se extendió por más de un minuto ¿ de eso estoy seguro? mientras balbuceaba algunas palabras que no puedo recordar o que no pude comprender. Enseguida me invitó a sentarme.

Le comenté que estaba igual. Luego cambié de parecer y le dije que en realidad se veía mejor que antes, pero él me dijo que no era para tanto, que sabía que el tiempo no pasaba en vano y que a sus años era gran mérito tener tan buena salud. Entonces preferí cambiar el tema de su aspecto, le hablé de mi madre y de la abuela. Le dije que lo extrañábamos, que las cosas habían cambiado mucho desde que no estaba y le pregunté por qué se había ido. Lo siento, me dijo, las cosas no han sido fáciles para nadie, pero a la larga uno termina acostumbrándose. Lo sé, admití y encogí los hombros. Hizo una pausa y, mientras miraba hacia el cielo, agregó “*yo también los extraño*”.

Se quedó luego en silencio. Yo interpreté que me daba tiempo para que pensar qué preguntarle o para simplemente comprender la situación y relajarme. Aproveché ese espacio para llamar a la mesera y pedirle que me trajera un café cortado y de paso le pregunté si deseaba algo más. Me dijo que no, que aún le quedaba té.

Mientras intentaba comprender lo extraño de todo eso, me habló de cosas cotidianas, del clima, de lo bueno que estaba el té y de pronto comentó que hacía mucho tiempo que no asistía a las carreras y me preguntó si acaso querría acompañarlo. Le respondí que claro, que hacía mucho tiempo que yo tampoco iba y que extrañaba no ir, así que cuando me trajeron el café me lo tomé de inmediato, pagué la cuenta y dejé una buena propina. Caminamos bordeando el cerro Santa Lucía hasta Alameda con Mac Iver y tomamos una micro afuera de la Biblioteca Nacional.

En el camino me habló de una historia que le había ocurrido hacía muchos años en una micro y precisamente cuando se dirigía a ver las carreras. Me dijo que se había sentado en el primer asiento y que al cabo de andar una media hora se subió un vendedor de diarios —cosa extraña a esa hora de la tarde ya que suelen subir en la mañana— al que el chofer le compró *Las Últimas Noticias*. Entonces, y a la mitad de la cuadra siguiente, detuvo la máquina y se puso a leer o a buscar algo, haciendo caso omiso a las amenazas e insultos de los pasajeros que clamaban por llegar pronto a sus casas. Cuando él se aproximó al conductor para hacerlo entrar en razón, éste

se puso de pie de un salto y comenzó a gritar eufórico que se había ganado el gordo de la lotería, que ahora era millonario, que no pensaba seguir conduciendo y que de ahora en adelante se dedicaría a vivir la vida como se le viniera en gana. Los pasajeros, después de escuchar tamaña noticia, decidieron que en realidad ya no estaban tan apurados y que se podía demorar todo lo que quisiera. Por supuesto lo dijeron pensando en sacar algo de provecho de la situación. Así que mi abuelo, con una sonrisa cómplice y olvidándose de las carreras, lo felicitó con cortesía y le dijo que tomara asiento como pasajero, que el resto del camino conduciría él. Claro que no siguieron el recorrido correspondiente, sino que a sugerencia suya, se fueron a celebrar a un boliche cerca de Dieciocho donde todos se hicieron amigos del ganador del boleto y le pedían su número de teléfono para llamarlo después y lo invitaban a comer a sus casas y las mujeres que tenían hijas solteras le preguntaban si era casado y las solteras que no tenían hijas le preguntaban lo mismo y todos lo llamaban *amigo Carlitos*. Al final resultó que la casa que nosotros teníamos en la playa, y que vendimos hace dos años, la había comprado mi abuelo con el dinero que con tanta generosidad le diera aquel total desconocido que tan pronto como apareció, desapareció de su vida. Me reí mucho con su historia, aunque le dije que era hartito extraña, pero que con semejante regalo el que fuera extraña era lo de menos. Yo conocía la historia, pero igual dejé que me la contara, para sentirme más en confianza y para recordarlo, o quizás para asegurarme de que él seguía siendo mi abuelo.

Llegamos al Club Hípico a las cinco de la tarde. En la entrada nos dieron un folleto con el programa oficial de las carreras y nos dimos unos veinte minutos para estudiarlas. Él sacó un lápiz y luego de estar un rato contemplando el papel con rigurosa minuciosidad y de rascarse la cabeza una o dos veces, marcó a *Descansada* en la octava, a *Qué me miran* en la novena, a *Ganchito Firme* en la décima y a *Palmatoria* en la duodécima, entonces le pregunté que por qué en la undécima no había marcado nada y me dijo que por cábala nunca jugaba esa carrera. Era mi abuelo, no cabía duda.

Alcanzamos a apostarle mil pesos a ganador y quinientos a placé a *Descansada* que corría a las cinco treinta y cinco y nos fuimos a las graderías a ver la carrera. Mi abuelo sacó una cajetilla de *Life* y me ofreció un cigarro. Le dije que no fumaba, pero enseguida corregí y le dije que en realidad había dejado de fumar hacía poco más de dos meses. Me felicitó y agregó que era bueno que lo hubiera dejado mientras aún era joven. Entonces le enrostré que después de su cáncer no era posible que siguiera fumando. Me contestó que uno nunca aprende y encendió su cigarrillo.

Escuchamos el *partieron* por altoparlantes y nos pusimos a mirar la carrera mientras la agitación del público, o mejor dicho de los jubilados ? porque la mayoría eran ancianos? iba en franco aumento. Por desgracia *Descansada* le hizo honor a su nombre y llegó cuarta, pero mi abuelo me dijo que no había de qué preocuparse, que recordara que siempre perdía la primera apuesta y que en realidad era el inicio de la buena suerte, que significaba que iba a ganar la segunda y que en la tercera iba a sacar por lo menos placé, pero que en la cuarta no tenía idea porque podía pasar cualquier cosa. Así que rompimos nuestros boletos y revisamos nuestros bolsillos, sacamos algo de dinero mientras repasábamos el programa y tal como lo habíamos definido, le apostamos a *Qué me miran* con la esperanza de que recuperáramos la apuesta anterior. Yo tenía esa esperanza, mi abuelo confiaba en el triunfo. Así que le tiramos tres mil pesos a ganador y mil quinientos a placé.

Mientras esperábamos que dieran las seis de la tarde, hora en que se corría la novena, nos dimos una vuelta por el círculo de ganadores donde premian a caballos y jinetes. Entonces le pregunté si nos echaba de menos. Se detuvo un momento, se apoyó en una baranda cercana y con un rostro

que me produjo ternura, o desconcierto, o nerviosismo ? no estoy seguro? me dijo que sí, que a pesar de todo se sentía un poco solo, que ojalá las cosas hubieran sido de otra manera, que hubo muchas cosas que no hizo y que en fin, que a veces uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde y que por desgracia el tiempo pasa demasiado rápido. Creo que entendí a mi abuelo por primera vez en ese momento, pero no dije nada, o sea sí, pero sólo que iba al baño y que me esperara, que volvía enseguida y que no se moviera de allí. Me hizo un gesto que interpreté como un *claro, anda, que yo te espero*. Pero no fui al baño. Me di una vuelta por las graderías intentando encontrar los lugares en los que habíamos estado antes, cuando era yo chico y lo miraba desde otra altura ? desde más abajo? , cuando lo acompañaba y cuando ese lugar era diferente, cuando después de jugar nos íbamos a comprar cosas de comer para llevarle a la abuela y cuando él terminaba tomándose unos traguitos en la casa celebrando la pequeña victoria que significaba el haber ganado al menos una carrera. Pero no los encontré, aunque en mi mente aún los conservaba. Entonces volví a las ventanillas de las apuestas y le aposté cinco mil pesos más a *Qué me miran* pensando en que si ganaba podría darle una felicidad y si perdía podría sentir yo mismo la derrota. Sería una derrota pequeña, intrascendente, pero ayudaría a sentirme como él, o por lo menos un poco más cercano.

Cuando volví a buscarlo, seguía en la misma posición en que lo había dejado hacía unos diez minutos. Pero su rostro había cambiado, había vuelto a ser el mismo rostro de tranquilidad que siempre solía tener y la nostalgia de las cosas no hechas había desaparecido, por lo menos externamente. Le inventé que se me había perdido, que hacía rato lo buscaba, que no lo podía encontrar y que ya iba a dar aviso a los carabineros porque me tenía muy preocupado. Sonrió, me dijo que dejara de hablar tonteras y que mejor esperáramos la carrera en la tribuna.

Volví a pensar en lo extraño de la situación y por más vueltas que le daba, no encontraba ninguna explicación razonable. Mi abuelo había muerto hacía seis años y sin embargo caminaba junto a mí. En eso estaba mi mente cuando me preguntó por qué no había ido al baño, por qué no le había dicho que iba a aumentar la apuesta, él no se iba a enojar. Después de una larga pausa no supe qué responderle. Luego se interpuso entre nosotros el *subieron banderas*, miré hacia todos lados, como buscando a alguien, y evadí sus preguntas diciéndole que ya iba a empezar la novena y que esperaba que ahora sí ganáramos. Grita fuerte entonces, me alentó.

Escuchamos una larga *a* en el *partieron* y enseguida esperamos a que pasaran la primera curva para poder ver la carrera desde nuestra ubicación. De un momento a otro sentí unos gritos a mi lado: ¡vamos huevón, corre, corre..., que no te la gane! Se había despojado de su formalidad y se dejaba llevar por el fanatismo. Rápidamente me contagió y me puse a gritar *Qué me miran*, huevón, corre, corre, por la cresta!...¡eso, dale!...¡dale, pícala, pícala, pícala! De pronto, se sacó el sombrero y comenzó a agitarlo mientras gritaba cosas ininteligibles. Como no tenía sombrero, junté mi dedo medio con el pulgar y haciendo el mismo movimiento mi índice golpeaba a ambos produciendo un sonido que me daba la sensación de que con eso *Qué me miran* iba a llegar más rápido a la meta. Y supongo que fue así porque entre tanto grito y golpe nuestro caballo ganó y en su rostro se dibujó una sonrisa que sólo usaba cuando iba a las carreras. Cuando confirmaron por altoparlantes a nuestro ganador sacó otro cigarrillo, pero esta vez se lo puso detrás de la oreja y me dijo que ahora sí habíamos tenido suerte, que ese caballo pagaba cinco pesos cincuenta y con eso me daba a entender que con todo lo que habíamos ganado ya no era necesario que siguiéramos apostando, así que cobramos y nos olvidamos de las otras carreras.

Salimos del Club, caminamos a paso lento por Blanco Encalada, hablamos de cosas cotidianas y me invitó a comer. Acepté y volví a recordarlo cuando era más joven. Lo vi en el patio de la casa

con su suéter café y su sombrero del mismo color que aún conservo dentro de una caja en mi pieza. Cerré mis ojos un segundo y recordé su aroma y la forma de poner su mano izquierda como campana alrededor de su oreja izquierda cuando veía y escuchaba televisión. Era un poco sordo y si no hacía eso entendía muy poco de lo que decían a más de dos metros de distancia. De pronto me dijo que siempre le había gustado salir conmigo, especialmente cuando yo era niño y que a pesar de que yo lo sabía, nunca me lo había dicho. Agregó que me agradecía que lo hubiera acompañado a pagarse y a comprar la mercadería del mes cuando su enfermedad ya se dejaba notar y que sin mí no hubiese podido. Me pidió disculpas por todas las veces en que se había molestado conmigo y entonces lo interrumpí diciéndole que se quedara tranquilo, que no tenía por qué disculparse y que todas los agradecimientos que me hacía no correspondían, que yo había estado a su lado porque había querido. Entonces nos quedamos en silencio y de pronto y sin darme cuenta dejé escapar un *te quiero*, pero él hizo como que no escuchó, o quizás sólo me pareció haberlo dicho y no lo dije y en realidad él no escuchó nada, pero a mi más me parece que yo sí dije algo y que él hizo como si no hubiese escuchado.

En ese momento recordé el funeral. Recordé que no había estado en la casa cuando ocurrió su deceso porque, por razones que escapaban a mí, había viajado fuera de Santiago. Pero lo había acompañado durante toda su agonía y había vuelto apenas me había enterado de su muerte. Recordé también que cuando llegué a la casa no había nadie, que llamé por teléfono a mi tío y que me dijo que estaban todos en el cementerio, que lo estaban velando allá, que el funeral sería al día siguiente y que mejor me quedara en la casa hasta que ellos volvieran. Esa noche mi abuelo se quedó solo y yo no pude verlo sino hasta el otro día en el Parque del Recuerdo. Estaba con su terno café y un rostro distinto al de siempre, más lejano, pero que a pesar de ello dejaba entrever cierta tranquilidad o quietud. Después de la misa salimos en procesión hacia donde le hicieron una última despedida antes cubrirlo de tierra. Quise preguntarle si él había estado ahí, pero preferí mantener el silencio que él mismo había propuesto tácitamente y seguí caminando, a la espera que hablara. Pero no dijo nada, o por lo menos nada de lo que yo hubiese querido saber.

Entonces sugirió que comiéramos algo. Cruzamos la calle, entramos a un local y pedimos un par de completos para cada uno, un shop y una coca. Casi no cruzamos palabras mientras comimos, pero cuando terminamos, se limpió la boca y me dijo que quería volver a la casa.

Terminé de confundirme y no supe qué pensar ni qué decir. Supongo que mi rostro debió ser de gran interrogación porque enseguida continuó, como si sus palabras fueran lo más normal del mundo, dijo que nos extrañaba, que tenía ganas de dormir en su cama y que quería estar con la abuela. No supe si tenía que decir algo porque sus palabras sonaron como una decisión ya tomada esperando sólo que aprobara su determinación. Opté por preguntarle si estaba seguro y mientras lo hacía no pude evitar pensar que había muerto, que lo habíamos enterrado, que lo habíamos llorado y que habíamos superado su partida. Todo para que ahora, sentado frente a mí, soltara que quería volver. Me dijo que sí, que estaba totalmente seguro, así que no me quedó más alternativa que decirle que estaba bien, pero que la abuela ya no era la misma de antes, que estaba bastante enferma ? deteriorada, dije? y él confesó que lo sabía y que aún así quería estar con ella. Le dije que tenía que darme tiempo para preparar el terreno, porque no era cosa de que llegara así como así. Además tuve que decirle que sus cosas ya no estaban, que las habíamos regalado casi todas, que habíamos quemado las sábanas, que yo me había quedado con su reloj y le ofrecí devolvérselo. Entonces hizo además de pagar la cuenta y me dijo que todavía había tiempo y que preparara el terreno. Una vez más lo detuve y le dije que no se preocupara, que yo pagaba la cuenta.

Al cabo de un rato y después de haber pasado al baño a lavarme las manos, le dije que tenía que irme, que quería ir a la casa de la abuela porque no sabía nada de ella desde el fin de semana y que quería ver como estaban las cosas, luego le pregunté cómo podía ubicarlo. Me dijo que pasara al día siguiente a verlo a la plaza Mulato Gil, como a la misma hora en que nos habíamos encontrado. Y ahora sí y con muchas ganas me acerqué a él y le di un fuerte abrazo, pero el suyo fue ahora más débil, más lejano, o más triste.

Lo abandoné en una de las calles que cruzan Avenida España y tomé una micro hacia la casa de mi madre o de mi abuela que es lo mismo. En el camino sopesé en todo lo sucedido y pensé que quizás toda la situación la había imaginado o que quizás estaba soñando y que en ese momento no me dirigía a casa de mi madre, sino que iba a cualquier otro lugar que mi mente, en un sopor que no controlaba. Sin embargo, cuando me bajé quedé efectivamente frente a la casa de mi madre. Estuve un rato afuera. Revisé mis bolsillos en busca de algún cigarro, pero después de un minuto o dos, recordé que había dejado de fumar hacía dos meses.

Mi madre me saludó con ternura pero sorprendida de verme a esa hora y en día de semana. Le dije que tenía ganas de verlas, que en realidad quería hablar con ella y le pregunté si había ocurrido algún suceso extraño durante ese día en la casa. Me contestó que no y agregó que a qué venía la pregunta, entonces la miré con detención algunos segundos, o un minuto tal vez y le dije que después le contaba. Me saqué la chaqueta y fui a ver a mi abuela.

Ella sí se veía igual, o por lo menos igual a como la había visto el fin de semana anterior. Estuve un rato acariciando sus manos arrugadas y pasando mi mano por su cabello blanco, luego le pregunté cómo estaba. Más o menos, me dijo, porque tenía un dolor al cuello y porque ya no podía caminar. Entonces me preguntó cómo me había ido en la semana y le dije que bien. Guardó silencio y esperó a que siguiera. Le conté que siempre me acordaba que cuando era niño iba con el abuelo a las carreras y que ella siempre nos increpaba cuando nos atrasábamos. Sin embargo, su enojo luego se transformaba en sonrisa cuando el abuelo abría una serie de paquetes con cosas ricas. Le pregunté si lo recordaba, me respondió que sí y se quedó mirando un punto en la pared.

Minutos después mi madre me invitó al té. Me advirtió que la abuela estaba bastante mal, que esa semana había pasado pésimas noches y que como estaba postrada en su cama, tenía la espalda llena de heridas, que tenía que cambiarla de posición y ponerle una pomada cada dos horas. La apenaba verla así. Se nos está yendo, creo que dije.

Estuve pensando mucho rato si le decía o no, pero al cabo de unos diez minutos me decidí. Mientras masticaba un trozo de pan con mermelada, le dije de golpe y porrazo que esa tarde había estado con el abuelo, que me lo había encontrado tomándose un té con limón en plena plaza Mulato Gil y que habíamos ido a las carreras, que le habíamos jugado a *Qué me miran* y que habíamos ganado cinco pesos cincuenta. Le dije que me creyera, que no había sido un sueño y que él estaba bien, quizás un poco más robusto, o más alto, y que me había dicho que nos extrañaba y que quería volver a la casa. Luego aguardé la respuesta.

Mi madre se quedó tiesa, pero luego supe que no por la historia sino porque pensó que yo estaba completamente loco. Abrió sus ojos al máximo, puso cara de madre preocupada por su hijo único y me dijo que quizás necesitaba ayuda, que debía descansar, que haber dejado el cigarrillo me tenía alterado. Dejé que hablara y lucrara sus teorías porque una historia como la que le había contado no podía ser digerida fácilmente. Me levanté y quise ir a buscar una botella, pero volví a sentarme. Tomé otro poco de té, mantuve mi mirada fija en el mantel y le dije que no me

importaba si no me creía. Dejó la taza a un lado y se paró, caminó hacia mí, me tomó de las manos y me condujo hacia ella para darme un largo abrazo. Me dijo que a todos nos había costado mucho superar su partida, que la abuela se había venido abajo después de su muerte y que todas las cosas habían cambiado mucho. Me dijo también que yo sabía que la familia se había desarmado y que él siempre había sido el pilar de todos nosotros y que por Dios cuánto lo extrañaba.

Al cabo de un rato le dio los remedios de la noche a la abuela y cuando comenzó a quedarse dormida, nos fuimos al living. Entonces, volví sobre el tema. Le dije que podía ser algo muy extraño, que era probable que no lo comprendiera, que hasta yo había pensado que era un sueño o una alucinación y agregué que aún siendo yo tan escéptico, estaba convencido de que ello había ocurrido. Ella, un poco más calmada, intentó formular un par de hipótesis. Las primeras se estructuraban a partir de la posibilidad de que todo hubiera sido imaginado. Una mencionaba y explicaba los trastornos que se le producen a un fumador cuando deja el cigarrillo, otra ahondaba en la posibilidad de que el exceso de trabajo sumado a los últimos acontecimientos de mi vida personal, me habrían llevado a formular imaginariamente un escape con la imagen de alguna persona por la cual sintiera gran afecto, una figura familiar de confianza, de tranquilidad, una figura como la de mi abuelo. Como notó que no me convencía con sus palabras, sus siguientes hipótesis se gestaron a partir de la posibilidad de que el hecho hubiera ocurrido de verdad. Entonces me habló de los milagros. Me dijo que a veces sentía su presencia y que había cosas que no me había contado pero que en realidad había sentido algunos fenómenos ? los llamó así: fenómenos? bien extraños que tenían relación con él. Me contó que una vez, al poco tiempo de que había muerto y estando ella con mi padre en el living de la casa, una de las plantas, quizás su favorita, comenzó a moverse sin tener para ello una explicación razonable. Me contó que en otra ocasión cuando estaba sola cuidando a la abuela y cuando ya se había quedado dormida, fue despertada por unos golpes en la puerta de la pieza. Al principio creyó que podía haber sido yo que llegaba a esas horas de la noche, o que era mi papá que había venido por alguna razón a esa hora, o incluso que podían estar robando, pero cuando revisó con detención todas las habitaciones, no encontró indicios de que anduviera alguien, entonces fue a mirar a la abuela para ver si se había asustado con los ruidos y al verla la encontró con los ojos abiertos, con una mano en el pecho y con que la respiración que ya no le salía. Le había dado un preinfarto hacía sólo unos segundos y si ella hubiera seguido durmiendo quizás la hubiera encontrado muerta al otro día, así que alcanzó a llamar a la unidad coronaria y la pudieron reanimar. Desde entonces, dijo con tono conclusivo, he pensado que ha sido tu abuelo el que vino a avisarme.

Creo que desde ese momento empezó a sentir que mi encuentro con él pudo haber sido real, pero me dijo que una cosa era que ocurrieran *fenómenos* y otra muy diferente era pasar una tarde entera con alguien que estaba muerto. Entonces le conté a mi madre que había quedado de verlo al otro día y le pregunté que si ocurría qué quería ella que hiciera. No lo sé, me dijo, supongo que debes ser natural. Yo lo encontré razonable, extraño, pero razonable. Luego le pregunté si existía la posibilidad de que el abuelo no hubiese muerto. Me miró con una mirada que no sabría definir, guardó silencio durante más de cuarenta segundos y me dijo pronunciando con lentitud que no tenía respuesta, que a esas alturas ya no sabía qué pensar.

Después hablamos sobre cómo me había ido en el trabajo y de cosas cotidianas. Le pregunté si necesitaba algo o si quería que la ayudara en alguna cosa pero me dijo que por ahora no, que cuando me necesitara me llamaría.

Mientras regresaba a mi casa pensé en todo lo que me había pasado e intenté una vez más encontrarle alguna explicación, pero una vez más ésta no llegó.

Al día siguiente me desperté temprano, quizás cerca de las siete y media u ocho. Me levanté, me duché y cuando me estaba secando recordé a mi abuelo y todo lo que me había pasado con él. Otra vez no supe qué pensar. Intenté convencerme de que había sido un sueño. Pero cuando desayunaba, me llamó por teléfono mi madre para preguntar cómo había amanecido y le dije que bien, luego le dije espérate, y le pregunté si el día anterior yo había ido a la casa, si había estado con la abuela, si le había contado las cosas que creía haberle contado, si le había hablado del abuelo y finalmente, y en un gesto casi desesperado, le dije: ayer no estuve en la casa, ¿verdad?

Debió ser un gesto desesperado, no quería escuchar la respuesta o quizás no sabía si quería escucharla. Tal vez quería que me dijera que no, que no había pasado nada. O tal vez quería que mi madre me inventara que todo había sido imaginado y que me hubiera tranquilizado diciéndome que había soñado con él. Pero me dijo sí, viniste ayer, estuviste con la abuela, estuviste conmigo y mientras tomábamos el té me dijiste que habías estado con el abuelo, ¿Te sientes bien? En ese momento sentí una fugaz angustia pero curiosamente me tranquilicé de inmediato. Pasé de un estado de ánimo a otro en una fracción de segundos. Sí, le dije, estoy bien, ¿y tú?, le pregunté. Bien, pero la abuela ha estado más o menos. ¿Qué le pasa?, le pregunté. No dormimos en toda la noche porque no se sentía bien y me desvelé cuidándola, dijo ella. Luego agregó que después de que me había ido, y cuando ella se disponía a dormir, la abuela se despertó sobresaltada, como si tuviera miedo, y se puso a hablar incoherencias. Logró calmarla un poco, pero aún así el resto de la noche la pasó inquieta. Lo siento, creo que dije, ¿Quieres que vaya? Haz tus cosas, replicó y ven cuando puedas.

Me dejó preocupado y después de almorzar me dediqué a caminar con la esperanza de que haciendo otras cosas olvidara lo que estaba ocurriendo, pero fue inútil. No pude sacar de mi cabeza la idea casi cierta de que vería a mi abuelo durante la tarde.

Cuando llegué a la plaza Mulato Gil, poco antes de las cuatro, él ya estaba ahí y lo volví a encontrar diferente. Al principio me pareció que estaba pálido, luego pensé que quizás era el efecto de la luz y enseguida concluí que lo veía así porque yo estaba muy nervioso. Al verlo con detención vi que estaba con sombrero, con su pierna izquierda sobre la derecha, con sus ojos muy abiertos mirando el entorno y también estaba tomando té con limón. Entonces noté que sí estaba distinto: se veía más repuesto que la tarde anterior y quizás más joven.

Se levantó, me hizo un gesto con la mano y se sacó el sombrero esbozando una sonrisa. Hola, le dije, y lo estreché en un abrazo. Pedí de inmediato un café cortado y esperé a que me lo trajeran para iniciar una conversación. La niña que nos atendió era la misma del día anterior, así que cuando me vio me saludó con una sonrisa y preguntó si queríamos un cenicero. Le dije que no, pero luego de mirar el rostro de mi abuelo cambié de parecer y dije que sí, que nos trajera uno.

Cuando estaba a la mitad de mi café, le dije que había ido a la casa de la abuela la noche anterior, que había hablado con mi madre, que le había contado que habíamos ido a las carreras y que habíamos ganado, que después nos habíamos comido unos completos y que de un momento a otro le había dicho: madre, el abuelo quiere volver a la casa.

Él abrió sus ojos y me quedó mirando durante algunos instantes hasta que acomodó su sombrero y bebió un gran sorbo de té. Luego se quedó en un silencio y sacó un *Life*. Sólo en ese momento advertí que vestía su terno café. No fumes, le insistí, pero él dijo que fumaría uno sólo.

Dos minutos más tarde su rostro revivió y se puso a hablar con vitalidad. La pasé bien ayer, me dijo, hacía tiempo que no me divertía tanto. Lo único que nos faltó fue gastar lo que ganamos en comprar cosas para comer y llevárselas a tu abuela, le hubiésemos alegrado la tarde. Si quieres – contesté– podemos comprarle un regalo. Me miró incrédulo y preguntó si estaba seguro. ¿Acaso no quieres ver a la abuela? le pregunté. Sí, quiero verla, me dijo y volvió a arreglarse el sombrero. Pedimos la cuenta y partimos.

Tomamos una micro hasta Estación Central. Nos sentamos en los primeros asientos y mientras mi abuelo cerraba sus ojos, yo miraba por la ventana. No hablamos mucho. Me fui pensando en lo que le había dicho, en la invitación a la casa, en la cara que pondría mi madre o en el susto que iba a tener la abuela. Cuando lo miré, su rostro me hizo suponer que quizás estaría recordando algo. Luego de bajarnos, paseamos por varias calles y entramos en más de diez tiendas. Compramos queso de cabra, queso chanco, jamón, paltas, paté, choricillos, aceitunas, un pastel, galletas de champaña, algunos dulces y una botella de vino, luego me dijo ya, ahora sí podemos ir a ver a tu abuela.

Sólo en ese momento asumí que era cierto, de verdad quería ir a la casa. Hasta entonces creo que había imaginado o sentido que en realidad las cosas iban a ser diferentes, que me miraría y pediría que fuera yo a dejarle las cosas. Pero no. Estaba decidido y cuando nos pusimos en camino sentí que lentamente la situación comenzaba a parecerme más natural.

Tomamos una micro en Exposición y otra vez nos sentamos en los primeros asientos. Pero esta vez nos fuimos conversando. Me habló de lo mucho que a la abuela le gustaba que llegara con regalos, de que hacía tanto tiempo que no se veían y de que tendrían mucho de qué conversar. Después me preguntó si se veía bien. Le dije claro, te ves muy bien así que no te preocupes, luego rememoró algunos momentos de su infancia y habló de sus amigos. Cuando llegamos a la casa nos detuvimos frente a la puerta. Me siento un poco extraño, dijo de pronto y quiso sacar un cigarrillo, pero cuando tuvo la cajetilla en sus manos se arrepintió y la guardó. No voy a fumar más, prometió. Le dije que esperara en el jardín.

Qué bueno que viniste, dijo mi madre mientras me daba un abrazo, tu abuela ha estado bastante mal, no la he podido despertar ni darle nada para comer, lo sé, dije yo, sé que no ha estado nada de bien y por eso estoy aquí. Me quedé en silencio y luego dije que en realidad no venía sólo por eso y que además venía acompañado. Ella me miró como preguntándome con quién venía pero yo no le dije nada, le tomé la mano, la llevé al living y le pedí que se sentara. Luego la miré a los ojos, le acaricié el pelo y le dije: madre, estoy con el abuelo.

Se quedó mirando el aire en silencio, luego me miró con detención. Su rostro tenía una expresión que estaba entre la incomprensión y el asombro, entonces pensé que quizás no debí haberlo llevado, que el encuentro iba a ser muy fuerte, pero mientras pensaba eso su rostro cambió y dijo que quería verlo. Entonces lo fui a buscar.

Él se puso un poco nervioso y yo lo tranquilicé poniéndole una mano en la espalda. Tranquilo, le dije, ella también está nerviosa. Entramos a la casa y en cuanto se vieron se quedaron detenidos durante unos segundos o unos minutos, petrificados, luego se acercaron y se dieron un largo abrazo. De un momento a otro ella empezó a llorar y creo que él también. Mi madre parecía una niña pequeña aferrada a su cuello, como si tuviera diez años o como si él tuviera diez años menos. Preferí dejarlos unos instantes y fui a ver a la abuela. Sus ojos estaban cerrados y se veía bastante demacrada. Me acerqué, le di un beso en la frente y volví al living. Mi madre y mi

abuelo siguieron abrazados hasta que él se echó hacia atrás y le dijo que estaba contento de verla y de estar una vez más en casa. Te extrañé mucho, dijo mi madre.

Les ofrecí un vaso de agua porque supuse que así ayudaría a que se relajaran. Mi madre aceptó pero él me dijo que no me preocupara, que se sentía bien. A ella le cambió el rostro cuando dijo que la abuela estaba bastante mal y que ya no podía caminar, que apenas comía, que hacía varias horas que no despertaba, que quizás no lo reconocería y que en realidad se estaba apagando poco a poco. Aún así necesito verla, dijo él y se puso de pie.

Antes de ir donde ella recorrió la casa. Fue a la cocina, al patio, a las otras habitaciones y al comedor. Miró los muebles, los cuadros y el color de las paredes que seguía siendo el mismo, fue a la que había sido su habitación y entramos. Cuando se acercó a la abuela, ella abrió sus ojos y lo miró con dulzura, enseguida sonrió, dijo su nombre y creo que se puso a llorar, pero con tranquilidad. Mi madre y yo preferimos dejarlos solos así que salimos y cerramos la puerta tras nosotros.

Al cabo de una hora quizás, la puerta se abrió y apareció la abuela de pie bajo el dintel. Lucía feliz y totalmente repuesta, incluso más joven. Enseguida apareció el abuelo a su lado y nos dijo que iban a tomar once y preguntó si queríamos acompañarlos. Con mi madre nos miramos intentando entender lo que ocurría. Yo respondí por los dos y le dije a él que sí. La abuela se acercó a mi madre y le dijo ven, ayúdame a poner la mesa. De inmediato, sacaron el mantel, las tazas y el servicio de visitas. Mi abuelo me llamó para que le ayudara a desenvolver los paquetes que habíamos comprado.

Pusimos sobre la mesa el queso, el jamón, las paltas y el pan y nos sentamos mientras mi madre y mi abuela nos servían el té. Comimos y reímos. El abuelo dijo que todo lo compramos con el dinero que habíamos ganado en las carreras, dijo que le habíamos jugado a *Descansada* y a *Qué me miran*, que hacía tiempo que no iba a los caballos y que estaba muy contento de estar otra vez con la abuela.

Cuando terminamos, el abuelo se levantó y fue a buscar la botella de vino que habíamos traído. Hay que celebrar, dijo, y nos sirvió. Brindamos por estar reunidos, por haber vuelto a la casa, por la abuela, por la alegría y por otras cosas que ya no me acuerdo.

En un momento mi abuelo se acercó a mi madre y le dijo gracias hija por cuidarla. También le confesó que los golpes en la puerta, la planta, el cuadro, la luz y unas cuantas otras cosas más que ya se le habían olvidado las había hecho él porque extrañaba su entorno y porque de alguna manera siempre estaba allí, cuidándolas. Después se fue a su pieza y la abuela se puso a lavar la loza. Entonces mi madre se acercó a mí y me dijo que él se veía muy bien, que estaba mucho mejor de lo que ella recordaba y que eso le producía una gran tranquilidad. Cuando volvió a aparecer me di cuenta de que ya no estaba vestido con su terno café sino que vestía colores mucho más vivos. Mientras lo miraba me preguntó si aún conservaba su radio. Le dije que sí y la fui a buscar.

Sintonizó un tango de Gardel, la abuela lo miró y enseguida se pusieron a bailar. Ahí me di cuenta de que ella también estaba distinta. Tenía puesto un vestido que se parecía mucho a uno que usaba cuando salía con él y que a decir verdad la hacía verse muchísimo más joven, alta y cálida. En ese momento miré a mi madre y, a pesar de que estaba sonriendo, parecía no saber qué hacer. Le dije tranquila, ahora están juntos y creo que deberíamos irnos. Me miró y asintió con la cabeza.

TREN DE ATERRIZAJE

Entonces, y cuando estuvimos listos, caminamos hacia la puerta, los miramos a la distancia y los despedimos en silencio mientras ellos seguían bailando.

DAVID COSTA, nacido hace menos de veinticinco años, es actor egresado de la Universidad de Chile y ha destacado también como dramaturgo poniendo en escena obras como: “Llorar” “El hijo Feriano madre” “Corral” “Mala Fábula” “Dibujo una Boca sobre mi Boca” “Plagios de Amor Desesperado” “La Belleza” y “Amores Yeguas”

En noviembre de 2004, participa en una conferencia de “Teatro alternativo de América” en Iuna, Escuela de Teatro de la Universidad de Buenos Aires, junto a representantes de Brasil, Argentina y México.

Actualmente prepara la obra Facho (I know you), escrita y dirigida por Víctor Montero, proyecto financiado por Fondart 2004 y a estrenarse en marzo de 2005.

Ha participado en distintos talleres como “El Teatro Negro de Praga” y de “Actuación cinematográfica” entre otros. El 2001 se incorpora al Taller Mapocho.

LA CASA, CUERPO Y CASTIGO

Esta novela tiene que ver con las circunstancias perdidas, no tiene que ver con la casualidad, tiene que ver con el accidente, con mi ansiedad por contar y ocultar capítulos de vida... Soy patético, expongo mis temores y mis preocupaciones, mi idea del amor, el suicidio de mi madre, mi timidez y mi nerviosismo, expongo la poesía decadente, la nueva poesía de la ceguera... Edipo se deforma, Edipo tiene malas sus caderas... Me olieron el traste, las axilas, la entrepierna, conocí matices brutos, malos perfumes, lo ignorante, lo noble, la villa, el ojo y el dolor, los sueños y la mente, lo imposible y el crimen... Soy el destino elegido, la ciudad y la enfermedad, soy mi calentura desperfilada, soy cualquiera en el destino de cualquier, pasa que soy mi íntima amiga... El pueblo me habla al oído, es mi mente todo el rato... Soy un poco brutal, un poco sorda, tosca, hueca, insaciable y tremenda. Triste, dolorosa y amarga. Era un hombre concentrado en un campo, lo pase mal, es que nunca me gustó la ciudad.

Los borrachos de mi casa

Los diálogos son reales, no hay ficción, hay exposición, esa exposición que libero para liberarme, mi realidad, mi pobreza, mi vulgaridad, de aquí vengo, de aquí me fui... Una casucha, madrugada fría, mi padre y yo... mi padre habla con su padre, mi abuelo que no conocí, estamos borrachos, muertos de borrachos, los muertos nos ven, nos acompaña el Nicky, nuestro perro y la perra que se murió la semana pasada, me acabo de masturbar, la casa es chica, tengo veinte años en esta parte

- Cuidadito ah, mira que a los huecos yo les pego, claro que les pego, si me doy cuenta que estoy al lado de un hueco me vuelvo loco y le saco la cresta, si soi hueco te pego, igual tendría que pensarla dos veces antes de pegarte aunque seai hueco, porque soi mi hijo - Voh, papá, tenía rabia de la vida, acuérdate que tenía tu apellido - Fui donde una bruja y me dijo que yo tenía una misión acá, me dijo que voh estai enfermo de la falopa - Si ya no jalo, papá, aprendí con Iron Maiden, me ayudó escucharlos, fue como un mensaje, ahora estoy tomando prozac para mis problemas con la ansiedad, las brujas te sacan plata, viejo - Pero dan buenos consejos - Inventan puras hueas - Pero a veces le achuntan - Por qué le pegabai a mi mamá? - Nunca le pegué a tú mamá, una vez No más y pa' mí fue suficiente - Mi mamá era buena, la gente la quería, tomemos copete mejor - Voh No soi mi hijo, déjame solo, se ha muerto todo acá en el campo, se murió la casa de putas, se murió tú mamá, mis amigos - Tus amigos valían callampa - Hijo, yo no soy tu papá - Papá - No me digai papá, nunca te quise y nunca te voy a querer, no te voy a ayudar jamás - Estai viejito, tuviera plata, me ganara un premio - Me tendriai que dar todo el premio porque te recogí y te crié, es tarde ya, es mañana de tarde que es, yo estoy viejo y estoy curao y no soy tu papá, ándate, te comís todas las hueas y no poní ni uno - Me voy - Te estoy echando, no te estai yendo tú.

La fuga

Edipo es demasiado íntegro para ser completamente un personaje, por eso después de la cagaíta me inscribí en todos los coros de todas las iglesias que encontré, me escondí entre medio de los coros, esos coros que le cantan a la moral, a la piedad, a Dios, Dios me puso un arcángel, el arcángel me puso un tren, el tren me puso lejos, esa mañana todo presagiaba un gran trastorno, lo de este lado se iba para este otro, el sol nacía detrás mío, caminé borracho, ni una sola vez miré hacía atrás, tenía prisa por huir, sentía la libertad y olfateaba el espacio, elegí atajos, desvíos, siempre hacia adelante, sudaba negro, siempre me pongo a transpirar cuando estoy nervioso, y esa mañana me daba nervio el destino, por esos lados todos los caminos son de tierra, no andaba nadie, eso no era un pueblo, no había calle principal con nombre de Libertador, ni iglesia, ni cementerio, no sé como estará ahora, dicen que le pusieron nombre, que se llama Fresia, la Antigua Fresia, tuve tres caminos para elegir, tuve tres posibilidades para elegir un rumbo, o el camino izquierdo, o el camino del centro, o el camino derecho, los tres caminos me ofrecían lo mismo: nada, los tres caminos eran pedregosos, secos, húmedos, todo esto en pleno sur, de repente apareció un auto detrás mío, un Dodge Polara año 73, verde, le hice dedo con el propósito que me sacara rápido de ahí, le pedí al conductor que me llevara con él, de tanto caminar los dedos del pie me palpitaban, se me habían hecho callos

- Buenos días, para dónde va
- Y a voh que te importa, sal de al frente
- Sáqueme de aquí
- Yo no soy chofer de nadie, correte que te atropello
- No te voy a dejar pasar, te estoy diciendo que me lleví, que me saqué de aquí, podría ser tú hijo
- Que vai a ser mi hijo voh hueón feo, andai buscando padre, huacho culiao

Me puse demonio, no iba a aguantar que me huachurieran toda la noche, la violencia es así, empieza de repente

- Vai morir por saco hueas
- Que te creí conchetumadre
- Que me vení a sacar la madre, bájate
- Conchetumadreconchetumadreconchetumadre
- Bájate, a mí nadie me saca la madre
- Que te enojai tanto, si nunca hai visto a tu mamá
- Que sabí voh, no te conozco gil culiao para que me vengai a tratar así
- Tení care huacho, actitú de huacho, too de huacho
- Bájate o te bajo, que les ha dado conmigo esta noche a los culiaos, que huacho, que hueco, bájate del auto si te creí tan hombre, peléala

PELEA GOLPES INSULTOS PUÑALPESCUEZOMEMBRANAS MUERTE
RECONOCIMIENTO DESESPERACIÓN RISA LLANTO

ARCÁNGEL

TREN ESTACIÓN VAGÓN

(Edipo ante un arcángel después de matar a su padre)

Atájeme, por favor, atájeme, quién era?, por favor dígame quién era ese hombre, tenía cara de arribista, de rey gitano, dígame que no se parecía a mi... las mujeres?, usted me ve, ve mi cuerpo y sus órganos, lo mal alimentado que estoy, mi vértigo, mi sexo, la desesperación... me gusta el vigor en las mujeres, que sean activas y de acciones eficaces, no confundir eficacia con cálculo, me gustan las mujeres que se mezclan con las clásicas personalidades trágicas, madres que se resuelven en el amor a los hijos, mujeres que te hacen perder la cabeza de bellas, un poco insolentes, algo crueles y con la arrogancia justa, sentimentales sin llegar a la tontera, tímidas sin llegar a lo sumiso, precisas, ante una mujer de esas características me rindo, cedo, en una mujer amo la honradez y la moralidad

Yocasta (El fin)

Hice poco, fui señora, no fui madre, fui esposa, seré solo recuerdo, pido perdón, perdón hijo, perdón gentes, no me hice cargo de nada, me llamaron la ciega, y no, no fui ciega, todo lo vi, acepté, cedí, porqué cedí tanto?, para qué?, para quien?, por vergüenza, por compuesta, contenida, viví en mi rebaño, no supe cuidar mi ganado, fui perdiendo, viví para perder, para sostener una imagen, para exponer a mi hijo, para simular, para hacer creer la perfección, para que ustedes proyectaran sus vidas en la mía. Muero infeliz, muero triste, por eso muero así, intranquila, con miedo, con miedo al incesto, al raro espectáculo, a la extraña admiración, al horror, con la sensación de no haber hecho nada o haberlo echo todo mal, yo, sola, ruego

EL SENTIMIENTO DEL AMORIDO

Apasionarse es una gracia. No estoy muerto. Estuve vivo. Siempre hay algo que escondo. Detalles que guardo. Esto fue muy limpio. Austero. Pulcro. Cuidadoso. Mi impetuosa lengua no alcanzó a revisar esos rinconcillos. La vida me está acostumbrando a ser el personaje derrotado. Lo que hace la vida por mí no tiene nada que ver con lo que yo deseo. El vino. El amor está vestido de morado esta tarde. El dolor de la ausencia. La ceremonia íntima. La despedida. La forma que tengo de velar este recuerdo. Me regaló una rosa el día de los enamorados. Yo le regalé un compact. Me regalo un remolino el día que fuimos al cerro. Nunca me regaló una planta el día de mi cumpleaños. No hubo regalo de cumpleaños. Qué nos envuelve esta tarde?. Estamos cubiertos por la misma templanza. Escribo. Hago testigo a las palabras. No hubo llantos. Hubo un puente. El mundo sigue. Antenoche no dormí nada. Saco y saco palabras cual mago saca conejos. Es mi debilidad. No soy víctima. No soy victimario. Esta es una historia corriente. Esta historia es particular. Esta es una historia vulgar. El tiempo de dos comunes. Esta no es la historia de una infidelidad. Es la historia de un crimen. El crimen de una enfermedad. Estas páginas tienen algo de llagas. Mis uñas están cortadas por mi boca. Me duele en las uñas exprimir limones. El frío me duele estos días en mis uñas. No duré mucho con mis uñas largas. No he botado ninguna lágrima. Hago literatura de algo que no da para. Termino lo que empiezo. Armo una historia de parejas muy simple. Soy un hombre que sueña. Un chico que expone su verdad. La verdad no es ficción. Son las seis treinta y nueve. A las siete voy a ir a comprar el pan. Me voy a comprar un cigarro suelto para corregir. (Mantengo la esencia de la prisa) Esto no es entretenido. No voy a hacer entretenido algo que no lo es. Escribo a pedido de mi impulso. No quiero inventar nada. Es tanta la vida. Inventar mentiras me tiene harto. Perdón. Esta es mi manera de hablar. Sin insultos. El sentimiento del amorido. La pérdida. El abandono. El fin. El quiebre...

Apareciste una mañana de verano

Y te fuiste una tarde de otoño, llorando

Este es el final?, tan poco nos amábamos?

Es triste verte caminar lento, vagando

Somos dos personas pobres y coloridas

Tu pelo es rojo y mi dolor es verde oscuro

De que color irán a ser nuestras heridas

Mis piernas no pueden dar un paso seguro

Cuerpos y cielo cogen un tono sombrío

No fuimos nunca llama, fuimos solo brasas

Ahora somos las cenizas de un brasero

Quiero que a mis pies se abra un torrentoso río

Mojar mi cuerpo con sus aguas, y dar gracias

Gracias río por ahogar mi cuerpo entero.

HORACIO ESPEJO SOLOVERA, economista de profesión, nace en Santiago de Chile en 1971 y a los seis años de edad se radica con su familia en Venezuela, donde cursa la educación básica, media y superior. Regresa a Chile en 1993 donde continúa su proyecto escritural enfocado principalmente a la prosa poética. Publica cuentos y relatos en distintos medios impresos como los diarios “La Nación” y “La Época” y recibe el premio de poesía "El Roto Chileno" del Barrio Yungay siendo luego presentado como narrador joven en el “Ateneo” de Santiago. Forma parte del Taller Mapocho desde sus orígenes y actualmente se desempeña en gestión cultural.

HASTA CUANDO, HASTA SIEMPRE

Aunque muchos piensan lo contrario, sigo creyendo que las personas son buenas. Una tarde de verano, después de un agitado día de trabajo en una calurosa oficina, quise desentenderme del mundo para integrarme a la masa anónima que circula por las calles, para ser simplemente alguien más en las aceras. Sin querer, llegué al Parque Forestal, después de mucho tiempo sin visitarlo, y le descubrí un encanto que antes no había percibido.

Escondido del mundo, detrás de unos lentes de sol, me senté en un escaño frente al río Mapocho, un hilo de agua turbia en esta época del año, tan sólo un vestigio de lo que es en el invierno, cuando su caudal fluye hacia el Océano Pacífico llevando la invisible magia de las montañas.

Busqué en mi chaqueta un encendedor y, sin mediar invitación, te acercaste. Hiciste el intento, sin decir nada, de encender mi cigarrillo, pero el viento apagó la llama. Tomé de tus manos la caja de fósforos, prendí tu tabaco y luego el mío. En ese momento, fue cuando observé por primera vez tu cara tersa y blanca, encontrando mi mirada con tus ojos verdes. Buen comienzo, dijiste, y no supe qué responder mientras aspiraba bocanadas de humo e intentaba permanecer oculto tras los anteojos.

Te sentaste a mi lado para contemplar el río y reírnos de la gente que transitaba acelerada por la calle de la ribera opuesta. Comentaste que te molestaban los zapatos y respondí que te los sacarás.

Mientras los cigarrillos ardían iban apareciendo temas. Que estabas sola en Santiago y que no te importaba. Que tus padres vivían cerca de Osorno y que a veces te visitaban. Que te cargaba el ambiente del centro, por el ruido y la gente, pero que te gustaban las plazas y parques porque hay muchas esculturas. Que frecuentabas los museos y las exposiciones en el Centro de Extensión de la Universidad Católica. Que te había encantado una de volantes, pero que te pareció horrible la de Gabriela Mistral, porque no enaltecía su imagen como debía. Mi punto de vista fue que las fotos apoyaban muy bien los textos y que en realidad no fue tan mala. Asentiste con un movimiento de cabeza.

Sugerí ir a tomar algo en un local frente al parque. Pediste un néctar de durazno y yo una cerveza, para continuar hablando de Cortázar y de Rimbaud. Me contaste que eras traductora de francés y que para vivir trabajabas como operadora de telemarketing, que tenías que irte ya, porque entrabas a las ocho y si llegabas atrasada, aunque fuere unos minutos, te echaban. Anotaste mi teléfono en una agenda roja pequeña que llevabas en la cartera y yo el tuyo en el reverso de una boleta. Me diste un beso en la mejilla, dijiste que te había dado mucho gusto conocerme con un tono de voz que me sonrojé. Entonces, al borde de las ocho, te fuiste.

Nos encontramos dos días después, el viernes, para ver una película de Wim Wenders en el Normandie. Me agrada Wenders y, aunque ya había visto la cinta, cosa que no alcancé a decirte, la disfruté porque le descubrí aspectos nuevos. Tú comentaste que te había gustado, pero era un poco lenta.

Al salir del cine, ya de noche, caminamos por las calles semivacías, riéndonos de todo y de todos, en especial de nosotros. Te invité un café en mi casa, que no es una casa propiamente tal, es el ático de una enorme casona antigua, un palacio en otrora, cuya buhardilla había hecho habitable

sobrecargándola de detalles. Ahí conociste a Manolo. Él, generalmente, es reacio a compartir, pero contigo fue distinto. Se acercó a tu lado y no dejó de observarte, parece que le agradaste.

La cuarta vez que salimos, después de visitar a un amigo pintor y de ver una exposición de fotos de trenes antiguos, intenté besarte en las escaleras de la Biblioteca Nacional. No opusiste resistencia cuando con la punta de la lengua abrí tus labios. El viento, los autos, las micros, la gente, el ruido y el tiempo se detuvieron y seguimos caminando abrazados como si hubieras sido una sola persona. Estaba ebrio de sentirte.

Llegamos a mi casa y cuando Manolo nos vio salió corriendo, contorsionándose entre todas las cosas para escabullirse por el filo de la puerta, justo antes de cerrarla. Creo que él sabía algo que yo no, pero que presentí en ese momento. Te quedaste esa noche para conocernos más allá de las palabras.

Nos volvíamos a encontrar casi todos los días con la excusa del cine, de una obra de teatro, una exposición nueva o cualquier otra cosa y terminábamos despidiéndonos en mi ático sobrecargado a la mañana del día siguiente, después de desayunar, cuando me iba a la misma oficina, a seguir viendo los mismos papeles. El oasis en ese desierto lleno de gente eran tus llamadas de pocas palabras en cualquier momento del día, con mucha elegancia sólo me decías “nos encontramos en la Estación Baquedano a las 7:30”, o simplemente para contarme que no podías concentrarte en una texto que traducías. Tu voz a través del teléfono era mi salvación. Siempre me sorprendías con algo nuevo.

Un par de veces llegué a decirte que te quería y tu respuesta fue el silencio, nada a favor ni en contra, tan sólo silencio. Por eso guardé esas expresiones en un baúl para cerrarlo. Creo que en realidad llegué a amarte y nunca te lo dije, es más, ahora lo lamento.

Un día decidimos juntarnos en el Goethe. Llovía torrencialmente esa tarde, lo que es inusual en el verano. Los primeros quince minutos de espera me parecieron razonables, por cualquier retraso de fuerza mayor. Era extraño, ya que acostumbrabas a ser severamente puntual. A la media hora me preocupé y me puse a fumar. A la hora asumí que no llegarías y, con una extraña sensación de dolor en la garganta, partí hacia mi ático, totalmente despreocupado de estar empapándome. Sentía incluso que el agua refrescaba mi pena. Llamé a tu casa desde un teléfono público y me dijeron que no te habían visto. Seguí caminando sin dejar de buscar tu rostro. Al llegar a casa, descubrí que Manolo también había desaparecido.

Me consolaba pensando que tal vez te habían cambiado repentinamente el turno de trabajo o que quizás tuviste que viajar urgente al sur y no pudiste avisarme o no sé que más, pero lo cierto es que conforme pasaban los días tu ausencia se acrecentaba. El ático se fue llenando de vacío, polvo y desorden.

Han pasado algunos meses. Te he buscado sin éxito alguno. Llamé varias ocasiones al número que me diste y una señora mayor me contestó que ya no vives ahí y que no sabe adónde te fuiste. He llamado a todas las empresas de telemarketing que están cerca del Parque Forestal y en ninguna me han dicho algo que sirva. Mientras tanto, cada vez que puedo, voy a sentarme frente al río y dejo en mis labios largo rato un cigarrillo colgando mientras me río, sin demostrarlo explícitamente, de todas esas personas que pasan aceleradas por la calle de la otra ribera, corriendo porque la vida se les escabulle de entre los dedos como el agua.

DAVID ESPINOZA MEDINA, atento lector desde temprana edad, se inicia muy joven en el oficio de escritor y sólo muy después, luego de desempeñar diversos oficios se atreve a integrar talleres literarios. El primero de ellos, dirigido por Roberto Rivera V. con quien publica la antología “Cinco narradores en busca de la Diosa” Posteriormente participa en los talleres de Ricardo Rojas, Pía Barros y Osvaldo Ulloa.

Entre 1996 y 1998 es miembro del Círculo Literario, hace críticas de libros, reseñas y aporta varios de sus cuentos y relatos a las revistas “Compromiso” y el “Atelier” del Instituto Cultural de Banco Estado. En 1999, obtiene mención honrosa en el Concurso Nacional de Cuentos organizado por la Sofofa.

En 2002 publica ocho relatos en la antología “Balance de Letras” y ese mismo año es premiado en el Concurso Nacional de Cuento de la Dirección del Trabajo y obtiene mención en el Concurso Nacional de Banco Estado. El 2003 es antologado en “43 Ficciones Súbitas” una selección de microcuentos de “Ergo SUM” editores a cargo de la escritora Pía Barros. Participa en Taller Mapocho desde su inicio.

EL GUEO

Camino al trabajo me detuve a ver los titulares del kiosco. En primera plana, estaba la fotografía del Gueo y abajo, en letras rojas, se leía:

- Peligroso delincuente cae abatido en pleno centro huyendo con veinte millones.

No quise comprar la noticia y preferí recordarlo. Tenía yo entonces trece años, él, unos quince. Yo era más alto y menos rubio, él estaba cerca de los albinos, ojos verdes purulentos, nariz fina, boca ancha y risa tropical.

A mi regreso del colegio, acertaba camino cruzando por la cancha de fútbol. Una tarde, en los árboles que la bordean, lo vi enrollando con sus manos huesudas y dedos largos, un ovillo de hilo recién “curado”. Con curiosidad infantil me quedé algunos minutos observándolo, al darse cuenta y sin mirarme, sentenció:

- ¿No hay visto nunca curar hilo?

Por su tono, emprendí la retirada. Había caminado algunos metros cuando su grito me detuvo.

- ¡Párate!

Cerré los ojos esperando un golpe, se acercó y levantando mi mano puso un ovillo de hilo.

- ¡Es de cuatrocientas yardas!- dijo para seguir en lo suyo.

En las Fiestas Patrias de ese año, el Gueo hizo noticia en la cancha, mandando cortados a varios “Echaores de comi”, entre ellos a su hermano Kiko que era quien llevaba la batuta entre las “comi”, y también en liderar al Mocha y al Cacho.

Los triunfos en la cancha, le valieron ser admitido como el cuarto socio. El premio, llevarlo a “caminar” al barrio alto. La noche de su debut, lo vistieron con ropa oscura y lo acomodaron en un destartado Fiat Seiscientos. Cerca de las diez anclaron en Los Dominicos, a metros de una casa chequeada días antes por el Mocha. Saltaron el muro y agazapados llegaron hasta la puerta de la cocina. Al no querer forzarla, optaron por el baño. Misión para el Gueo que se resistió pero, a la primera bofetada del Kiko, estuvo dispuesto a entrar por la pequeña ventana. Rápidos y silenciosos, comenzaron con el desvalije y sólo de los objetos que el Kiko autorizaba. Joyas, dinero, armas, cubiertos de plata y lo que no abultara.

A un chasqueo del jefe, el Mocha llegó al living. Cuando buscaron al Gueo, lo encontraron en el dormitorio matrimonial, había corrido las frazadas y defecaba encima de las sábanas. El Kiko lo miró con orgullo, el Mocha rió en silencio. Este sello lo acompañaría durante su vida de monrero. Después de cada robo, lo esperaban para que estampara su firma.

Cuando el Gueo cumplió veinte, a su hermano Kiko lo detuvieron por robo a mano armada y le dieron ocho años. Apenas entró a la cárcel lo asesinaron por alguna cuenta pendiente. Desde esa fecha, la banda quedó al mando del Gueo que comenzó a vestir ternos grises, camisa oscura,

corbata blanca y se coronaba con un sombrero de fino paño. Una treinta y ocho especial con silenciador descansaba en su sobaquera.

-¡Es un verdadero gangster!- decían.

El botín se repartía en casa del Mocha. Luego, al calor del vino y la droga, el Gueo los embelesaba con el repertorio de Lucho Barrios, incluyendo a su comadre Berta, la pelirroja y veinte añera mujer del Mocha.

Vendiendo joyas, el Mocha cayó preso. Con la noticia, el Gueo se guardó, dinero no le faltaba, tenía suficiente para encaletarse por mucho.

Pasado un mes y con todo calmado, llegó a casa del Mocha para saludar a su ahijado y comadre. Después de cenar, acostaron al niño que se durmió aferrado al juguete que le trajo su padrino. El niño era igual al Mocha: Crespo, cara redonda, ojos de perro, boca ancha y también le faltaba la oreja derecha. Le decían el mochita.

Ella dejó todo en orden y lo invitó a quedarse, la pieza del hijo tenía dos camas. Aceptó con una sonrisa, se fueron hasta el living y encendieron el televisor. En cierto momento la Berta se desperezó rozando el brazo del Gueo. Les bastó el sutil roce para que ambos dejaran libre esa atracción que aumentó al saber que el Mocha haría cinco y uno. Acariciaron sus carnes y lo hicieron con fuego, sin prisa y con fuego.

Mientras retozaban, acordaron que a partir de mañana, él vendría con la oscuridad y antes que la noche muriera, abandonarían las tibias sábanas.

-¡Nunca le vi irse, parece que se esfumaba!- diría la Berta.

Ningún domingo dejaron de visitar al Mocha, llegaban a tomar desayuno junto al niño y al Cacho. Al mediodía, el Gueo agonizaba de celos cuando la pareja se acomodaba en el camaró² donde el Mocha se desahogaba de su obligado celibato semanal. El regreso a casa era silencioso y triste. En esas noches, el Gueo dejaba escapar sus celos haciéndola suya una y otra vez, y cada vez con más deseos. Tres años fueron felices e impunes, hasta que en una Pascua el Mocha les regaló la noticia. El mes de Febrero saldría con la Condi, beneficio que había tramitado en silencio para que fuera una verdadera sorpresa. Esa Pascua fue la última traición, y cumplieron, jamás volvieron a mirarse de la misma forma, ni reír de ese modo. Hasta las conversaciones no fueron iguales.

Un diez de Febrero, el Mocha cruzó el portón de la peni, afuera lo esperaban el Gueo y el Cacho;

-¡Mi comadre se quedó preparando una cosita!- dijo el Gueo antes de abrazarlo.

En la sobremesa, planificaron un golpe ajeno a su rubro: Una casa de cambios en calle Agustina. En los días siguientes, él Mocha vistió de terno y salió a estudiar el movimiento. Adentro le habían dado todas las pistas y hasta el monto a llevarse. Veinte millones en billetes circulantes. El día del asalto, el Mocha se quedaría junto al kiosco, el Gueo entraría al local asegurando al vigilante y el silenciador solo diría: ¡Puf, puf !

² Camaró: Carpa o refugio que se arma con frazadas en las penitencieras y donde las parejas separadas por presidio de alguno consuman el acto sexual.

El terror impregnaría el lugar y los cajeros entregarían la remesa. La huida, sería sin correr y hacia los pies del Santa Lucía, el Gueo abordaría, ahora, un Peugeot cuatrocientos cuatro con el Cacho al volante. El Mocha cubriría la espalda

Mientras esperaban el día, no se dejaron ver. La noche antes del golpe, cenaron, se fueron a sus dormitorios, y el Cacho a preparar el vehículo. En la pieza del niño, el Gueo insomne de deseos escuchaba los gemidos.

Tal como fue planificado habría resultado el atraco a no ser por un par de policías de civil que pasaban por el lugar. Uno de ellos, al verlo salir, abrió fuego. El Gueo marcó el dolor en su cara al sentir el plomo caliente, a pesar de ello, usó su arma. La bala se detuvo en el policía que cayó fulminado a orilla de la calzada. El otro agente le disparó dos veces, uno le destrozó la clavícula, el siguiente fue a depositarse en uno de los verdes ojos del Gueo. Trastabilló algunos metros y cayó como piedra en medio de la calle. La mirada de su ojo quedó fija hacia el lugar de la escapada. El policía, continuó en posición de tiro pero, sólo apuntaba al cuerpo que ya no se movía. Al minuto llegaron curiosos, más policías y periodistas.

El fino sombrero de paño negro cayó cerca del Mocha. Lo tomó, lo sacudió y mientras se alejaba del tumulto, dijo en susurro:

-¡Se lo oy a llear de recuerdo a la Berta!

POR AMOR

Cuando el reloj de la farmacia marcó las nueve, don Andrés subió la cortina metálica y fue a la caja. La señora Inés, su esposa, ordenando medicamentos en la estantería, le comentó la llegada de una alumna en practica farmacéutica.

A los minutos, apareció Margot, pelirroja de nariz respingada, labios carnosos y mirada de gata. Estaban en las presentaciones cuando irrumpió con violencia verbal un tipo alto, crespo y de grueso bigote. Vestía polera negra, bluyin ajustado y botas vaquero con punta de metal. Con un movimiento felino, el hombre bajó la cortina y desfundó una treinta y ocho. El viejo y las dos mujeres, paralizados. Con los brazos en alto y a golpes, los condujo a la trastienda.

Amordazados y acostados uno sobre otro dejó a los viejos. Margot comenzó con un ataque de histeria, obligando al asaltante a darle una bofetada y arrastrarla del cabello hasta el fondo. Al levantarle el brazo para atarla, saltó el primer botón de la blusa, quedando al descubierto un fino sostén que cubría solo parte de los pechos. Una vez quieta, el tipo comenzó a desabrocharle los demás botones, ella cerraba los ojos. De un manotazo, el bandido le arrancó el brassier y comenzó a lamer sus duros pechos. Su mano derecha inició las caricias por encima del calzón para sentir la humedad del sexo. Su otra mano le abrió los labios, para insertarle una serpiente roja en la boca. Luego, la lengua del tipo deambuló por el tibio cuerpo hasta quedar arrodillado. Le bajó la falda y con los pulgares tiró el diminuto calzón, luego aproximó su boca al triángulo de vellos cobrizos y con las palmas le hizo un asiento a esas nalgas de seda. Este movimiento, exigió a Margot tener que arquear su cuerpo para recibir la quemante lengua del asaltante, que parecía conocer exactamente donde usarla. Este, con rapidez, se despojó de su ropa. Este movimiento obligó a Margot a arquear su cuerpo para recibirla quemante lengua que parecía conocer el lugar exacto donde jugar. El hombre, por un momento dejó la embriaguez, y con ligereza se desnudó. El placer desbordó la pequeña bodega cuando un gemido de Margot señaló que el bandido entraba en su cuerpo. Con lentos movimientos circulares, que fueron tomando intensidad al igual que los sollozos, transcurrieron los minutos.

Los ancianos oraban tratando de hacerlo en voz alta, a pesar de las mordazas. Y lo hicieron con más fe al escuchar un grito de la alumna que el hombre acalló con besos húmedos, justo en el momento de la explosión.

Se vistió sin dejar de mirarla con pasión. Ella, aletargada y muda, Con torpeza, trató de subirle y acomodarle la blusa. La desató y sacando su potente voz, les dijo que pasados diez minutos ella los liberaría. Entonces, la agarró del pelo, la besó lascivamente y la arrojó sobre la pareja que ya no rezaba.

Después de liberarlos, y aún con el miedo en sus gestos, Margot rompió el silencio, diciendo que la única perjudicada era ella, además que el asaltante no había cometido robo. Por lo tanto, si don Andrés decidía hacer una denuncia que obviara el ultraje. Con lágrimas compasivas, fue despedida por la tensa pareja.

Cabizbaja recibió la calle y repasando su experiencia buscó una plaza. Encendió un cigarrillo, le dio una larga pitada y lanzó el humo hacia las copas de los árboles. Sorpresivamente unos fuertes brazos la arrastraron hasta un automóvil donde fue obligada a abrocharse el cinturón de seguridad. Una vez quieta, el secuestrador le acarició el cabello y lanzó una carcajada al escucharla decir:

-¡La próxima vez quiero hacerlo en una ferretería!

ALONSO MORGADO ALCAYAGA (Santiago, 1952), Profesor de Estado en Español (U. De Chile), con estudios superiores en Educación y Administración. Hasta 1973 se dedicó a la poesía, la fotografía y la pintura. En 2003 retoma la pluma y en el 2004 el lápiz. Sólo ha publicado libros de texto para estudiantes de enseñanza media.

LA DESERCIÓN DE SALGADO

Salgado se sentó en la silla, al lado de la puerta, e invitó al cura a que hiciera lo mismo dando palmaditas sobre el asiento de la que estaba a su lado. Este lo hizo con un suspiro de alivio y dejó la carpeta sobre una mesita cubierta de revistas viejas. Mientras tanto, el barbero seguía imperturbable su ritual, organizando frascos y tubos frente al espejo.

Desde hacía un lustro se juntaban los tres los días domingo en la mañana a conversar sobre cualquier tema, mientras el peluquero les arreglaba el cabello o los afeitaba con minuciosidad.

Salgado se había integrado hacía tres semanas al taller literario de Policarpo Díaz, el laureado novelista, con la esperanza de aprender a contar sus vivencias en forma artística. Había participado anteriormente en un taller municipal para la tercera edad, pero lo abandonó porque se deprimía.

Les había solicitado a sus amigos que leyeran los cuentos de los participantes del taller, porque a él generalmente le desconcertaban y no lograba entenderlos. La opinión ajena le ayudaba, a veces, a valorarlos.

Salgado se inclinó sobre la mesa y tocó la carpeta que contenía los cuentos del taller. Acercando mucho su cara al rostro del cura, le preguntó:

- ¿Leíste ese de la niña en Francia?
- Si, pero parece que no era un cuento. Me dio la impresión de que era parte de una novela.
- Efectivamente, es parte de una novela. ¿Te gustó?
- Si, me gustó mucho. Algunas partes se las cambiaría, pero encontré que estaba bien. Muestra bien como era París. El lenguaje lo encontré un poco rebuscado.

El barbero intervino.

- Creo que la trama es interesante, pero le faltó vuelo. La literatura debe ser para volar, no para recordar. Para eso esta la historia o las guías turísticas. A mí me interesa lo que le pasa a la niña y me importa un bledo que sea una niña real o imaginaria. Podría haber explotado mucho más la presencia de los nazis en la Francia ocupada, haber reflejado el miedo de la gente y haber sazonado los sueños morbosos de la adolescente con un poco de masoquismo.

Salgado miró molesto al barbero. Constantemente apelaba a situaciones límite. El no creía necesario recurrir a tales efectos para escribir un buen cuento. Más aún, pensaba que en ningún caso debía aceptarse ni siquiera una palabra fuerte si no estaba absolutamente justificada. Sin embargo, evitaba las discusiones frontales con él. Por eso trató de cambiar de tema y volviéndose hacia el cura le preguntó:

- ¿Y que te pareció “El bulbo” de Roxana?
- ¿El bulbo? – exclamó entusiasmado el cura. – Habría preferido la vulva.

- ¿Y? ¿Qué te pareció? – la cara de Salgado se acercó más aún al rubicundo rostro del sacerdote.
- Bueno... Me pareció muy bueno.
- ¿Ese del científico? – intervino el barbero.
- Sí, ese mismo.
- Sí, también me gustó. Hay suspenso y un argumento interesante. Además se nota que la autora se anduvo documentando sobre el tema antes de ponerse a escribir.

Salgado cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza, rebuscando algo en su memoria. De pronto pegó un saltito y se golpeó las rodillas con la palma de las manos.

- ¡Ese del perfume! No sé si era “El fantasma de tu perfume” o “El perfume de tu fantasma”. Ahí había sentimiento, había recuerdos. Ese me gustó mucho.
- Yo lo encontré un poco deprimente – opinó el barbero, mientras acomodaba las toallas frente al sillón.
- A mí me gustó –dijo el cura -. Me gustan las personas nostálgicas.
- Sí, allí había sentimiento y nostalgia. Eso es buena literatura, la que permite identificarte con un personaje, conocer de su vida y vivirla con él.
- ¿Y no crees que es importante la imaginación? – le preguntó el cura.
- Claro que sí, pero para embellecer los recuerdos. La vida es más rica y fantástica que la imaginación. El otro día presentaron un cuento con muertos y canibalismo. Perdóname la expresión... ¡una huevada! Eso no deja nada.

Salgado se puso de pie y comenzó a desplazarse por el estrecho espacio de la peluquería. Cuando se vio reflejado en el espejo le pareció ser un censor romano y eso le dio ánimo.

- ¡Imagínense! –casi les gritó al cura y al barbero -. Marcelo, el del perfume, me prestó los cuentos del año pasado. Había uno que contaba la historia de un tipo que va al médico a hacerse un examen. El doctor se pone un guante de goma y le introduce un dedo en el recto. El paciente sufre estoicamente la prueba, pero después de un cuarto de hora se siente más que incómodo y, a pesar del temor reverencial que le inspira el galeno, le pregunta cuánto más va a durar el examen, pero no obtiene respuesta. Sigue quince minutos más y por fin decide rebelarse contra la autoridad médica y trata de volverse para encararlo, pero no puede. El dedo se ha vuelto más duro y más frío, como una garra. Siente que el dedo del doctor se ha transformado en un garfio y se ve a sí mismo como un animal sacrificado colgando del gancho del carnicero. Vuelve a preguntar al médico la duración del examen, pero no obtiene respuesta, sólo un duro silencio. Entonces trata de escapar de ese flagelo, intenta caminar en cuatro patas, pero la zarpa lo retiene. Por último, con las lágrimas asomándole a sus ojos, repta hasta la puerta, arrastrando tras sí el cuerpo del médico y cae en el pasillo a poto pelado y con un dedo metido en el culo. El médico había muerto de un ataque fulminante mientras le hacía el examen.

- ¡No puede ser! – exclamó el barbero. - ¡Eso es inconcebible! ¡Es increíble!
- A mí me pareció cómico, pero inverosímil – opinó el cura.
- Yo quería escribir para recordar, no para inventar huevadas –reflexionó Salgado en voz alta. – Por ejemplo, contar mis correrías por Nueva Orleans, donde iba a comer al Antoine’s, un restaurante de más de cien años, o a tomar unos tragos al Bayon Bar, en la St. Charles Avenue, en el Garden District, para terminar en el Krazy Korner, en Bourbon Street, o relatar mis viajes por el Mississippi y lo que viví en ellos, especialmente esa noche en que cantó Harry Belafonte sobre la cubierta de mi barco.

El cura y el barbero intercambiaron una mirada de inteligencia.

Salgado se volvió a sentar, se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Sus amigos guardaron un silencio religioso para escuchar una vez más la vieja historia.

Fue a fines del cincuenta y siete. Hacía apenas dos semanas que le había comprado su parte a Max y el barco ya era completamente mío. Le cambié el nombre por “Liberia”, el país de los esclavos libres. El “Liberia” se especializaba en viajes nocturnos. Nos alejábamos al golpe de las paletas, porque era de esos barcos que en vez de hélices tenían paletas, y observábamos las luces de Nueva Orleans, mientras un músico tocaba en el saxo algunos compases de jazz. Pero esa noche era especial. La luna se reflejaba sobre el agua y el “Liberia” se desplazaba lentamente por el Mississippi. De pronto sentimos un golpe seco, las paletas dejaron de girar y las luces del barco se apagaron. Primero pareció que la nave se detenía completamente, pero después sentimos que la corriente nos llevaba hacia la orilla. Botamos el ancla para evitar encallar, mientras el mecánico revisaba el motor, bajo la cubierta. Estábamos iluminados por el débil resplandor de la ciudad. En ese momento, cuando no había otro ruido que el sordo golpear del agua contra la nave, se elevó una voz pura interpretando un *negro spiritual*. Escuchamos sobrecogidos este lamento y cuando terminó de cantar ni siquiera fuimos capaces de aplaudir. Nos acercamos hacia el cantante y alguien gritó “¡Es Harry Belafonte!” y sólo entonces aplaudimos. En ese mismo momento se sintió el sonido del motor y las luces comenzaron nuevamente a iluminar el barco y nos convencimos de que efectivamente era Belafonte y que estaba llorando. Nadie le preguntó por qué, pero todos entendimos que esa noche, sobre el “Liberia”, algo extraordinario había pasado; algo, tal vez un alma colectiva se había expresado. Yo creo que Harry cantó por sus hermanos muertos o, a lo mejor, sus muertos cantaron a través de él.

Se produjo un largo silencio. Salgado continuó una especie de monólogo.

- La vida no fue fácil en Estados Unidos. Es cierto que finalmente logré mi sueño: ser empresario en el país más poderoso del mundo. Seguramente soy el único chileno que ha sido dueño de un barco en el Mississippi. Lo vendí el año sesenta y dos y hasta hace no mucho todavía existía la empresa turística que yo ayudé a formar. Pero sufrí también la discriminación, pese a que Nueva Orleans es una ciudad progresista.
- ¿Tu hijo sigue allá? – preguntó el cura.
- Imagino que sí, -le contestó Salgado. Miró hacia el techo y continuó con la voz muy baja – No he sabido nada de él desde hace por lo menos quince años. Parece que finalmente hizo causa común con su madre.

El barbero comenzó a sacarle filo a la navaja. Salgado sabía que se acercaba su hora. Se sentó en el sillón y pudo ver su rostro cansado en el espejo. Antes de cerrar los ojos atisbó al cura revisando la carpeta de los cuentos. Pero él había renunciado ya al taller. No quería imaginar situaciones fantásticas. El sólo quería recordar. Se echó hacia atrás en el sillón. El barbero le puso las toallas y comenzó a jabonarle la cara. Cerró los ojos y estaba navegando nuevamente por el Mississippi, cuando sintió la navaja sobre su piel.

SYLVIE MOULIN, nace de verdad en 1959 en París, es coreógrafa y ensayista. Publicó “Ese Chile lindo” y “Treinta años en una portada” ambos con Bravo y Allende Editores. Actualmente es coordinadora de la carrera de Danza y Coreografía en UNIACC. A fines del 2003 se unió al Taller Mapocho.

ACCIDENTE DE TRÁFICO

Aquí estoy otra vez frente a la computadora, con la vana esperanza de que la tecnología se va a encargar de recompagnar mi existencia y ayudarme a entender lo que ocurrió aquel día, un domingo de septiembre, o quizás de octubre, cuando Santiago empieza a emerger de la neblina y engalanarse con tonos primaverales, en plena tarde, en pleno centro. Retrospectivamente, creo que la situación no tenía por que terminar en tragedia, e incluso me siento culpable por no haber hecho algo para detenerlo. Pero re-escribir la historia siempre es fácil... Además, no sirve.

Estaba sentado en las escaleras de la Biblioteca, con la mirada marchitada por el desamparo clavada en la vereda, indiferente al bullicio ensordecedor de los microbuses, apretando en las manos un ramo de claveles rojos, ahora sin significado.

¿Por qué me pediste que nos juntáramos, si sabías desde el principio que me ibas a dejar inerme en esa esquina, primero echándole la culpa al tráfico de la tarde, luego inventando que me había equivocado de lugar o de hora, hasta que me resolviera a enfrentar la realidad de tu deserción?

Había despertado chorreando de sudor y deseo, en el aroma triste de su ausencia. Ya no recordaba claramente cuando se había marchado, ni lo que le había dicho a modo de despedida. Pero esa mañana no aguantó más, y por mucho que le doliera había marcado su número para pedirle que le diera una última oportunidad.

Me escondía a llorar en la ducha, para que el correr del agua encubriera mis sollozos. De a poco el vaho borraba mi imagen en el espejo. Entonces, me absolvía de mi propio dolor hundiéndome en el manantial ardiente que diluía los contornos de mi vida. Pasaron semanas y meses, sin que el hervor lograra aniquilar los recuerdos lacerantes de ese amor que había decidido sentenciar a muerte para no enfrentarlo más.

No sé que me empujó a sentarme al lado suyo y preguntarle si tenía plata para un taxi. Sin levantar los ojos contestó “sí gracias, no se preocupe, estoy bien”, para tranquilizarme, aunque fuera una desconocida total, pues no le gustaba que se preocuparan por él. Pero esa parte de su historia tampoco la podía adivinar, así que me alejé tranquila.

¿Y quién me podría explicar por qué mierda me enamoré a esta altura de la vida, cuando lo tenía todo bajo control, la pega, la casa, la familia? ¿Por qué de repente se nubló ese horizonte mío que me aplicaba tanto en mantener despejado y se desmenuzaron las certezas que tanto me costara elaborar?

Ya estaba atrasada y además atrapada sin chaleco en el frío del atardecer. Caminé hasta la esquina y paré un auto. Todavía no había alcanzado a subirme cuando me detuvo en el intento un ruido espantoso de frenazos, acompañado de olor a goma quemada y gritos. Vacilé unos segundos antes de darme vuelta. No quedaba casi nada: un chofer de micro histérico, jurando por su santa madre que ni sabía de donde había surgido, un tumulto de transeúntes impúdicos rodeando a una masa ahora informe contra las ruedas, y a un par de metros, abandonado en la vereda, un ramo de claveles rojos salpicados de sangre.

TREN DE ATERRIZAJE

CAROLINA PALMA PINEDA, 28 años, 1976, es Licenciada en Comunicación Social y Periodista de la Universidad de Chile. Trabajó en la sección cultura del diario “*El Mostrador*” y como colaboradora del programa “*Caiga Quien Caiga*” de Mega. Se desempeñó también como colaboradora del suplemento “*Zona de Contacto*” de El Mercurio, editora del sitio de cine “*Bazuca.com*” y en la producción periodística del programa *ociotv.com* de Mega.

En ficción, un cuento suyo “*Marcas en Providencia*” fue incorporado a la selección “*Santiago en 100 palabras*”. Participó en distintos talleres como el de la escritora Teresa Calderón y fue seleccionada para integrar el Taller de “*Zona de Contacto*” de El Mercurio, dirigido por Sergio Gómez el 2000. El 2004 es seleccionada para integrar el Taller Mapocho, río y estación a cargo de Roberto Rivera V.

EL LIBRO DE ANTONIA CUERVO

Casi siempre llega a las seis a la casa. Trae el pan, el diario, los pies arrastrando y la invocación a su madre muerta en la boca. Debe rondar los sesenta y un años ahora, aunque casi no tiene canas. Le quedan pocos dientes. Tiene un cepillo rojo hace como dos años que siempre deja encima del lavamanos. Desde hace diez que no tiene una toalla, lava su ropa a mano, cocina todo frito y duerme solo en una pieza. El año pasado tenía una cama de dos plazas con un pedazo de espuma de una plaza como colchón y las sábanas sucias, pero se enfermó y tuvo que comprar una cama nueva para que el médico fuera a verlo. Al día siguiente, lo que sacó de la pieza ya estaba en la basura.

Repitió tercero medio donde se especializaba en ventas. En esa época fumaba una cajetilla al día y era el hijo regalón en la casa. Su mamá lo trataba en diminutivo y vivían de lo que su papá y su hermano mayor producían. Tenían un taller al lado de la casa. Hacían muebles, arreglos y pedidos. A veces vendían ahí mismo y siempre tenían más de cinco perros que peleaban.

De joven, escribía todo en imprenta y el ramo que más odiaba era castellano. Pololeó un par de veces y se quedó con la tercera, que también era repitente y estudiaba de noche en el mismo curso. Ella era la hermana del medio y atendía el almacén de la familia que quedaba justo al lado de la casa de él. Casi no tenía fotos de chica. Le decían que por fea. Pero a los 18 era atractiva, tenía el pelo negro azabache, usaba minifalda y casi no salía a fiestas; tenía que quedarse en el negocio. Su hermano mayor trabajaba con el papá en el norte. Su hermana chica era niña todavía. Su mamá gritaba todo el día. Pololearon seis años y se casaron.

El era flaco y algo atractivo. Tenía la piel blanca, las cejas bien oscuras y una sonrisa ausente de misterio. Lo que se veía era lo que había. Nada de segundas lecturas o situaciones difíciles. El día antes de casarse, ella lo pasó mal. No estaba segura de nada. De estar enamorada, de querer formar una familia, tener hijos y depender de él. Se convenció que eran los nervios y no le contó a nadie.

Las fotos fueron en blanco y negro y sacadas por un amigo de él. Hubo repeticiones, malos ángulos e imágenes de más, pero algo se rescató. Cuarenta fotografías en un álbum alargado con tapa de cuero. El vestido también se guardó, junto con los guantes y algunos arreglos de decoración. La fiesta fue en la casa de ella. La noche la pasaron en un hotel en el centro y la luna de miel en la playa. También hay fotos de eso, pero sólo dos arriba de una roca, el pelo en la cara y sonriendo.

En ese mes quedó embarazada. Era virgen cuando se casó. Él no. Vivieron al principio donde su suegra. Dormían en una pieza que estaba atrás de la casa. Los otros espacios eran comunes pero incómodos. Siempre hubo roces entre suegra y nuera, los que aumentaban todos los días. Nació el primer nieto de las dos abuelas en noviembre. Ella trabajó como secretaria hasta mediados de agosto. Todo era consentimiento al principio, pero seguían las miradas esquivas y, la decisión de dejar al niño donde su madre cuando volvió a trabajar, terminó por empeorar todo.

Pasaron tres años. A ella la echaron de la oficina por llegar constantemente atrasada, quedó embarazada por segunda vez y decidió no volver a trabajar más. Ahí comenzó todo.

Antonia Cuervo es el nombre de la hija. Tiene 25 años, mide 1.58 y su cara siempre parece demostrar que quiere irse, que está aburrída, que algo se está perdiendo. Su forma de moverse la hace lenta, reflexiva y atenta a los detalles. Siempre mira al frente y de más. Observa a cada

persona de forma incómoda. Antonia Cuervo es intensa y no le importa. Le obsesionan la forma en que la gente camina y los zapatos que usa. Le encantan los zapatos. Los compra sin siquiera necesitarlos y los colecciona sin el menor remordimiento. También es obsesiva con las manzanas; le gusta comerlas todo el día.

Toda la década del 80 fue chica. Toda la década del 80 no tuvo mucha idea de nada. Ni de política, ni de relaciones interpersonales, de confianza mutua, aprender a hacer cariño o prender la cocina. Tampoco tuvo idea de preparación de tragos, de ser amiga de los hombres, maquillarse, escribir como la gente y de dejar de ponerse nerviosa por todo. Todos esos años fue introvertida. Odiaba que escribieran esa palabra en la libreta de notas. Odiaba ser tímida, solitaria y extraña para el resto.

En el 90 tenía 15, se había cortado el pelo ella misma, le habían empezado a interesar los hombres, escribía un poco mejor y era mucho menos tímida que antes y conservaba lo extraño cuando ya no había nadie ante quien fingir. No quería en el fondo ser normal. Deseaba conservar esa cosa rara y que la quisieran por ello. Estaba en un biólogo matemático y no le gustaba la biología. Pero se dio cuenta después cuando ya no había mucho que hacer. También su perdición era química. Faltó las dos primeras clases y su destino de cero entendimiento se selló para siempre. Estaba claro que su fuerte no era matemáticas. Quedaban castellano, historia. Nada aún. Y cada mes se engrosaban más sus caderas y sus pechos insistían con salir del jumper. Pero ya no era desarrollo, era sólo gordura.

Antonia Cuervo salió del colegio y empezó a trabajar. Era vendedora en una tienda. Vendía ropa de hombre y mujer, jeans, poleras, calcetines y camisetas. Estuvo un año entero y renunció. Siguió un año sin hacer nada. Sólo tirada en la cama, viendo televisión y engrosando más aún sus caderas, sus brazos, su cara y todo. Se puede decir que tuvo una crisis, cortó relaciones familiares y sólo comía galletas con los ahorros que le quedaban. Pasó el siguiente y decidió estudiar. Se ilusionó, entró a Periodismo, se decepcionó, reprobó unos dos pares de ramos, se aburrió y se salió. Fue la impotencia de no ser la carrera que esperaba, no estar viviendo la vida que quería y que el tecno en ese tiempo fuera furor. Abandonó. Siempre en el fondo estaba abandonando.

Trabajó escribiendo. Pulió su estilo. Ganó algunos premios y coeditó libros en una editorial. Viajó a Italia hace un año para casarse. Todo fue un desastre absurdo y volvió. Ahora está intentando rearmar su vida y escribir una novela. La de su familia quizás.

Eleonora hoy tiene 55. Los acaba de cumplir. Le regalaron un libro de poemas, una crema para el pelo y una cartera café que no necesitaba. Ayer, además, acarreo por dos cuadras una puerta que encontró botada. Dice que la va a transformar. También siempre está haciendo cuadros con fotografías que saca de revistas, cortinas que cambia dos veces al mes y kuchen cuando recién llega el gas. Está casada pero funciona como si no lo estuviera. Más parece viuda, aunque nadie haya muerto aún. Vive en una pieza que mandó a construir hace cuatro años. Si no lo hubiera hecho, todavía dormiría con su marido.

Su habitación es de madera y la ha arreglado bien. Con su esposo no se hablan desde hace doce años. Sólo hay insultos, ironías, palabras sueltas dichas a la espalda y sobre todo odio. Se odian a muerte y ya no lo pueden solucionar.

Eleonora siempre ve televisión y se encierra en su mundo. Le gustan los programas de decoración y de cocina. Hasta ve las repeticiones. También le gustan los programas argentinos y españoles. Cuando se encuentra en la cocina con su hija los comenta. Aparte de esos programas no hay

mucho de qué hablar entre ellas. A Antonia le aburre escucharla. A Eleonora le molesta la forma en que Antonia no le presta atención. Pero igual siguen hablando todos los días cuando están haciendo su desayuno por separado. A la primera le gusta echarle seis cucharadas llenas de leche en polvo al jarro y después café, comer pan tostado, mermelada y quáker. A la segunda un cuarto de marraqueta con margarina diet, leche descremada con café en una taza azul con un platillo amarillo. La primera lo toma en la cocina parada, y la segunda en su pieza con un platillo arriba para que la leche no se enfríe. Odia las cosas frías y todo lo que no esté como ella quiere.

Eleonora empezó hace dos semanas un curso de computación en su municipalidad. Es de introducción. Dice que a veces se siente como de las cavernas. No sabe manejar los CD ni menos un auto, aunque tampoco nunca lo ha tenido. Le resiente no acceder a ciertas comodidades que cree merecer. Pero tiene buen gusto y siempre se ha vestido bien con poca plata. Antonia se lo heredó.

No cree mucho en Dios, pero sí que ésta no es la única vida. Sería demasiada mala suerte. No tiene amigas. Sólo se junta con su hermana, que también tiene marido sin tenerlo. Se fue al sur con otra. Eleonora tiene que soportarlo aún en la casa.

Cada vez hay menos cosas. Menos pan, menos mercadería, menos calidez. Ya no puede decidir qué cocinar porque él trae las cosas. Es buena para llorar por todo, aunque aparenta una piedra a primera vista. Pesa como sesenta kilos y mide un metro 55. Ya no usa minifalda ni faldas; sólo pantalones negros y zapatos cómodos. Lleva el pelo corto y dice más garabatos de lo que quisiera. Le gusta la música en español pero no canta, le da vergüenza que alguien la pueda escuchar. Pero ya nadie la escucha mucho y todavía no puede darse cuenta.

Martínez nunca ha llorado, ni siquiera cuando murió su madre o Antonia tuvo el accidente. Es frágil, pero tiene sellado en su frente ser el fuerte de la familia. Aunque ésta ya no existe. Son sólo personas que viven en la misma casa. A Antonia eso no le importaba mucho. Pero cambió. Cuando volvió del viaje cambió su visión de muchas cosas. Le seguía sin importar pero ahora le apenaba. Intuía que quedaba poco tiempo para estar juntos. Pero no iba a hacer nada para mejorar la situación; ya no tenía arreglo. Mientras, buscaba trabajo y mandaba cuentos a concursos. En dos años ganó tres y los premios fueron convirtiéndose en sus ahorros. En el viaje gastó casi todo lo que tenía y no sirvió de nada. Ni siquiera conoció París. Ni siquiera llegó a hacer el amor. Ni siquiera un momento fue feliz. Lo de casarse era por la residencia. No era de casarse en otras circunstancias, menos aún cuando no entendía el concepto de familia que todos aceptaban.

Antonia no tiene ningún rasgo físico de Eleonora pero se parecen. De Martínez sólo fue su nariz pequeña y la frente un poco cuadrada. No sacó ni su altura, ni sus pecas ni las manos toscas. Definitivamente tampoco fue su intelecto.

Se sienta frente al computador y comienza. No es tan simple contar cosas como pensaba. Se sufre un poco al revivirlas y sacarlas de donde están. Es raro. Toma dos tazones de café y continúa con la pantalla enfrente y con tres páginas escritas. Las más difíciles y las que desechará cuando se autoedite. Son de prueba, para calentar y soltar la mano.

Eleonora la interrumpe con cosas de la televisión. El teléfono no suena para nada. No hay amigos de ningún lado. Los últimos de Antonia le hicieron una despedida antes del viaje. Cuando regresó nunca se atrevió a contarles lo que había pasado en Italia. El personaje que acostumbraba a hacer ya no estaría. Sería ella misma contando debilidades y no se podía arriesgar. Por eso los amigos ya no llaman. No les importaba tanto después de todo.

Comienza con lo de la mudanza en el 81, sigue con la casa nueva y con las peleas. Ameniza con historias del colegio y reflexiones infantiles. Van ocho páginas y se acuesta a dormir aunque no tenga sueño.

Antonia Cuervo es su seudónimo de vida. Exige que todos la llamen así, aun cuando se sabe que su nombre es Patricia. Nunca quiso ser Patricia Martínez. Sonaba blando y común. Quería un nombre fuerte que hablara por sí solo. Ese era Cuervo. Sería Antonia Cuervo. Eso fue desde los quince. Hace diez años exactamente.

Lo del colegio no es tan duro de contar, por lo menos hasta séptimo año. Ahí empezó a darse cuenta de miradas de envidia, de su misma envidia, de la idiotez de ser puras mujeres en el curso y de que lo único con sentido era alcanzar el mejor promedio. Antonia no era líder para nada ni para nadie, pero le gustaba creérselo a veces. Imaginaba ser la líder mala, la de las minorías que no sigue las reglas. En ese año tuvo de amiga a su compañera de banco. Se llamaba Lorena Armijo, era pálida como un vampiro, tímida y de carácter fuerte. Pero Antonia la controlaba, tenía más poder porque era la de las ideas, el humor negro y las ironías. También era más atractiva e inspiraba más respeto al resto. Aunque otra vez lo quería creer. La verdad es que las demás no la tomaban mucho en cuenta. Ellas sí tenían una líder que simbolizaba todo lo que Antonia no era. Espontánea, simpática, alegre y convencionalmente bonita.

Comienza el siguiente párrafo con Karen Davis pero se aburre y lo borra. Se decide por la parte en que se burlaron de ella en educación física. Tenía las piernas gordas, pero con un cuerpo armonioso. Usaban la malla del colegio con calcetas largas blancas. La carne de las piernas se le movía al saltar y provocaba risa a las demás. No podían ponerse un buzo; en detalles absurdos el colegio era el símbolo. También tenía la piel demasiado blanca, se le marcaban las venas y al tocarla se ponía roja. Antonia siempre creyó que las burlas eran por envidia, o más bien lo quiso creer. Tampoco era tan ingenua. Intuía que competir descaradamente por las notas provocaba rechazo. Y aunque le importaba, sabía que ninguna de ellas la alcanzaría en el futuro. Estaba segura que todas serían madres a los 22 y no harían nada más con su vida que estar en la casa, ver televisión y engordar. Antonia odiaba eso. Odiaba hacer cosas que no ocuparan mucho su cabeza. Le gustaba pensar y pretender que pensaba. Uno de sus mayores hobbies era fingir, aparentar y mentir. Antonia Cuervo era una gran mentirosa después de todo.

Pero Martínez sí llegaba tarde a veces. Se pasaba donde la mujer que repartía leche por el barrio. María era alta, atractiva según cada gusto, tenía cuarenta años, estaba casada y tenía un hijo de doce. A ella le contaba todo lo que pensaba y sentía. Pero era su versión de la historia. La verdad imparcial sólo la podía contar Antonia. Eleonora también era parcial cuando hablaba y siempre pretendía tener la razón. Antonia lo heredó. Nadie creía que fueran amantes. En realidad sería patético si lo fueran. Martínez ya está viejo y no se le entiende mucho cuando habla. Tampoco tiene cosas interesantes que decir.

Eleonora, por su parte, ordena. Le gusta ordenar, la relaja. A Eleonora le gusta buscar cosas, hurgar en donde no le corresponde. Cuando Antonia no está, entra a su pieza y busca algo, no sabe qué, pero algo que la sorprenda, que le cuente algo más de su hija, que la haga entender actitudes. Pero nunca hay nada. Antonia siempre se le adelanta.

Ya lleva quince páginas, no sabe cómo seguir y se va a comer algo. Vuelve después de cinco horas con la idea de la pelea el 85, la noche de su primera comunión. Estaban tranquilos y de un

momento a otro se escucharon golpes en la muralla y cosas que caían al suelo. Martínez y Eleonora estaban en la cocina ordenando lo último para acostarse y Antonia en su pieza guardando el vestido y reorganizando las cosas en los cajones. Apenas sintió los ruidos, salió corriendo por el pasillo y la vio en el suelo quejándose y a Martínez a su lado llorando. Esa escena le quedó grabada hasta ahora. Nadie supo reaccionar en ese momento. Después de estar parada ahí en la entrada de la cocina, se devolvió a su pieza, apagó la luz y trató de dormir. Al otro día, no estaba el ambiente para preguntar, ni tampoco el siguiente ni una semana después. Simplemente el tema no se tocó jamás.

Eleonora casi no sale de su pieza después de las cinco. Se queda viendo televisión hasta tarde. Pero su televisor ahora se ve mal; aparecen rayas de vez en cuando y la imagen es borrosa. La ve de lejos, así que siempre está con los ojos chicos tratando de enfocar. También la de Martínez se ve mal y cada vez con el volumen más alto. Está un poco sordo. Cuando contesta el teléfono casi grita. Tampoco la digestión le funciona muy bien. Debe comer con poca sal y poco azúcar.

Hace mucho tiempo que Antonia no come azúcar, plátanos, berlines ni carne roja. También odia los quesos, los zapallos italianos y todo lo que venga del mar. Martínez odia el ajo, los pimentones verdes, el arroz pregraneado y la ensalada de apio. Le gusta la de repollo, vienasas fritas, longanizas fritas, huevos fritos, la mantequilla y el pan especial. A Eleonora le gusta todo menos los garbanzos, el puré de caja y las naranjas sin jugo. Los lunes cocina porotos, lentejas o garbanzos. Los martes carne molida con fideos, los miércoles atún con arroz, los jueves bistec con puré, los viernes de nuevo porotos o lentejas o garbanzos. Los fines de semana empanadas de cebolla con pino o de milhojas de queso. A veces no hay ni de pino ni de queso y el almuerzo se sustituye tomando desayuno por segunda vez.

A Martínez lo emboya la televisión barata y que lo haga reír. No se pierde los deportes en las noticias ni los programas matinales cuando se va más tarde. Se acuesta temprano, pero no duerme casi nada. Se levanta varias veces al baño, se da vuelta en la cama y se levanta a las seis y media aunque no tenga que hacer nada. Siempre está apagando las luces que no se ocupan, pero deja la radio prendida con canciones románticas en español en la cocina.

Antonia Cuervo prefiere las películas, pero cierto tipo de películas. Las que tienen una buena historia. Las que no la hacen pararse a hacer algo. Prefiere las que dan en el cable tarde. No soporta las mexicanas, colombianas, cubanas o españolas. Es por el idioma. Se inclina por el inglés y el francés y con subtítulos. También le gusta leer, pero le da por períodos. Hay semanas en que se lee dos libros y luego pasa meses sin nada. Tampoco le gusta lo latinoamericano, excepto si es argentino. Para los españoles también tiene un conflicto con el idioma. Prefiere las traducciones al español neutro de libros anglosajones. Para la música es tan meticulosa como con su vida. Ciertos discos que se consiguen en cierta parte y con ciertos contactos. Y todo en inglés.

La novela sigue con la descripción entera de su casa, del patio, de la pieza desocupada, de los animales que están enterrados, del baño sin terminar, del pasillo inútil y del parrón que echa basura. Nunca fue la casa que quiso. Ni siquiera se acercó. Ya no están ni los muebles del living: la mesa de centro, la alfombra con figuras geométricas y los adornos de cerámica. Ahora hay muebles de oficina que sobraron en alguna parte. Los muebles antiguos los guardó Eleonora en la casa de su mamá, para cuando Martínez no esté y pueda tener una casa como la gente. Ya casi nadie la limpia. Eleonora sólo se preocupa de su pieza, la cocina y el baño. Antonia de la suya y nada más. Por eso la condición del dormitorio de Martínez. Por eso gran parte de todo.

TREN DE ATERRIZAJE

JUAN CARLOS RAMÍREZ (1970) es Ingeniero Geomensor. Tras un breve paso por el taller de narrativa de Diego Muñoz Valenzuela, recaló en el Taller Mapocho, donde a partir de agosto de 2004 desarrolla las letras que en esta antología lo ponen por primera vez del otro lado de la página.

FOTOGRAFÍA

Cómo llegó a verse en esa situación, nadie lo entendería bien. El sudor brotaba por toda su frente y en el frenesí de la tarea se acumulaba cayendo en gotas desde la punta de su nariz. Varias fotos ya tenían ese sello de agua, indicando que habían sido revisadas.

La foto que dio origen a todo el revuelo, la había encontrado sobre su escritorio. No estaba oculta o disimulada entre otros papeles; no llegó a ella por accidente. La encontró expuesta, premeditadamente montada en equilibrio sobre la máquina de escribir; como una pluma que después del vuelo arrebatado de algún pájaro se hubiera desprendido, danzando en el aire y entrado por la ventana abierta para descansar en esa caprichosa posición.

Al verla allí, por unos instantes dudó no haber sido ella misma quien la había olvidado. La levantó despreocupadamente, la sujetó entre los labios y la dejó sobre el montón de papeles que ocultaban el escritorio. Se dirigía a la cocina cuando un golpe de pánico la inundó, acelerándole el pulso, haciéndola correr hacia cada ventana, revisar los cristales y los pestillos, ir a la puerta y chequear las chapas. No, ella no la había dejado allí y al parecer nadie más pudo hacerlo.

Hacía más de tres años que vivía sola y en ese periodo habían despertado todos los impulsos e instintos que en años de matrimonio se le habían adormilado. Su marido había aceptado un puesto en Bolivia como geólogo jefe de una importante empresa y ella no estuvo dispuesta a irse a probar suerte. Su plan era esperar que se consolidara en su cargo para entonces viajar y establecerse con él. Muchos motivos retrasaron la partida, pero lo cierto es que con el tiempo empezó a disfrutar de su independencia. Finalmente, se separaron.

Si todo el departamento estaba bien cerrado y ella no había salido en los últimos tres días ¿cómo fue a parar ahí esa fotografía?. Agitada recorrió el pasillo y volvió al escritorio, tomó la foto y por primera vez se percató del hombre que posaba al costado derecho del recuadro; la foto era de veinte años atrás. Trató de identificarlo, pero tenía la certeza que no lo conocía. Todos los demás, los seis que compartían el encuadre, eran familiares o amigos; sabía perfectamente quién era quién, pero al hombre de pie al costado derecho, no. Por más que balanceaba su cabeza queriendo sacudir los recuerdos, por más que apretaba los ojos, definitivamente no lo recordaba.

Empezó desbaratando las cajas de zapatos que guardaba en la bodega; entre cartas y tarjetas navideñas, atesoraban la mayoría de sus momentos. De cada elástico que desprendía surgía el vino, la comida, abrazos y sonrisas. En algunas fotos se detuvo más que en otras, recordando el período universitario, los primeros trabajos, su matrimonio, los viajes a Europa. Toda su vida estaba allí, cronológicamente ordenada. Después de un par de horas, separó aquellas en las que el hombre aparecía, ordenó el resto, les apretó la cintura con los elásticos y las confinó nuevamente en las cajas.

Las distribuyó en la alfombra; el living era el sitio más amplio para esa tarea, y comenzó a compararlas. Habían varios años de su vida; ella y su marido, sus hermanas, padres y amigos, muchos momentos; y en todos ellos ese hombre. No podía ser un extraño; estaba ahí, con los ojos profundos, mirando directamente a la cámara, tratando de decir algo que le era imposible entender. ¿Por qué encontró esa foto ahora?, ¿por qué no puede recordarlo? Por unos segundos sopesó la idea de llamar a sus antiguos compañeros, colegas, familiares o cualquiera de los que compartía sitio en esas fotos. Alguno sabría quién era, alguno lo recordaría y bautizándolo le contaría su historia, le daría su teléfono y ella podría contactarse con él. Después quizás juntarse

a tomar algo y reír de la histeria que le había embargado al encontrarlo allí, invadiendo su soledad. Desistió de hacerlo, sabía lo que dirían, que seguía teniendo miedo –supéralo, ha pasado tanto tiempo– repetirían.

La respuesta estaba allí, podía resolver el misterio, con el tiempo todo se aclararía. Mientras tanto no encontró una mejor solución que resolver la ecuación eliminando la incógnita. Cuando se levantó tenía las piernas entumecidas y le costó llegar al escritorio; mirando la máquina de escribir sostuvo la foto en la posición en que la había encontrado. Saltó años atrás y por unos instantes, creyó ver los destellos de las fogatas, escuchar los gritos, las sirenas, las carreras, los golpes, sus justificaciones y la voz de un padre poderoso haciéndole prometer que saldría del país. Con un estremecimiento volvió al presente, hurgó entre los papeles y luego de unos segundos halló lo que buscaba. Tomó la tijera y marcó la línea que separaría su pasado de su presente; miró a los que recordaba, miró al hombre, y con un solo corte lo arrancó, al tiempo que se volvía en dirección al living dispuesta a terminar lo que había empezado.

TOCAR DE OÍDO

?? ¿Por qué no dejar todo así?. ¿Para qué forzar las cosas?

Lleva siete días manejando, libre de ir donde quiera y de hacer lo que le parezca. Mientras no regrese es igual que no existiera. Al principio avanzó por la carretera, más tarde prefirió los caminos secundarios. Se detenía sólo a cargar combustible, sólo a dormir donde la noche lo encontrara.

Manejaba reclinado contra la puerta, con los ojos fijos en la ruta. Un bolso con su ropa fue lo único que pidió. Mozart, BB King y algo que leer. Fue idea suya, pero aún masticaba con fastidio la disposición de toda la familia. Conducía lento, sin la temeridad que le podría dar saberse condenado.

Repasaba otros viajes realizados con mejores motivos, cuando decidió detenerse a comer algo. Se metió en una picada de camioneros, compró un sándwich y un café en un vaso de plástico. Mientras mordisqueaba el pan apoyado contra el auto, se preguntó cómo lo haría y en cuánto tiempo reuniría el valor para hacerlo. Recordó que al despedirse no les aseguró nada y ahora, pese a todo, no lo ve fácil. Tiene suficiente dinero y es una ventaja no tener que pensar en cómo ganarlo.

Mientras terminaba el sándwich y revolvía lo que quedaba de café, se fijó en una mujer de unos cuarenta años que luego de bajar aparatosamente de un camión, fumaba urgentemente oculta entre las maquinas. Ella sintió los ojos de Pozzi y lo miró detenidamente, recorriéndolo de pies a cabeza. En un acto reflejo, él llevó su mano hasta el bolsillo del pantalón, colgó el pulgar y con disimulo estiró los otros dedos para confirmar que su cierre estuviera cerrado. Ella cruzó el patio y a unos metros de distancia le preguntó si estaba de viaje.

?? Algo así – Respondió Pozzi rehuendo la mirada en el arcoiris de una mancha de aceite.

?? ¿No quiere compañía? – Dijo acomodando su trasero en el auto.

?? No, pero si necesita... la puedo llevar.

Se tomó un tiempo en contestar, dio un par de pitadas largas, arrojó la colilla al suelo y soltó el humo entre las palabras:

?? Voy por aquí cerca, a mi casa, ahí se puede quedar un ratito si quiere. Tiene cara de necesitar cariño.

Avergonzado, Pozzi negó con la cabeza y tras unos segundos en silencio abrió la puerta del copiloto y le hizo una pequeña reverencia que ella agradeció con una sonrisa. Fue hasta un basurero, tiró las servilletas y el vaso plástico, subió al auto y después de algunas indicaciones, encendió el motor y ajustó a Mozart a un nivel de conversación. Pero no volvieron a hablar.

?? ¿Seguro que no quiere pasar? – Preguntó ella, metiendo la llave en la puerta.

?? No gracias.

?? ¿Y si me ducho primero?

?? No, de verdad. Si quiere le pago para que me prepare un té.

?? Eso es lo más caro – respondió ella, al tiempo que abría, descubriendo un pequeño living poblado con muebles de mimbre.

Mientras bebía el té, consideró la idea de pagar por sus servicios, pero la vergüenza era más fuerte; no estaba seguro de poder responder físicamente a una intimidad que no tenía hace años.

Cuando salió de la ducha no era la misma persona; el rostro sin maquillaje, los ojos más redondos, la sonrisa más franca. Se veía más joven.

?? ¿Que edad dijiste que tenías? – la tuteó por primera vez.

?? No dije. ¿Y se decidió?, ¿Vamos a la pieza?

?? No gracias, con el té me basta. Me tengo ir.

?? ¿A qué se dedica?

?? A lo que salga, por ahora, improvisar más que nada.

?? ¿Cómo tocar de oído?

Armando Pozzi sonrió, se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. Apenas cruzaba el umbral cuando ella lo sujetó fuertemente y le despidió con un beso pausado, lento, triste, en la mejilla. Salió en silencio, sin decir nada, pero tras algunos pasos sobre el jardín, se devolvió presuroso donde ella, como si hubiera olvidado algo.

?? ¿Más tarde estarás? – No reconoció su voz en la pregunta, como si algo se remendara en su alma. En un segundo se imaginó enamorándose, buscando cada día ese beso suave. No esperó la respuesta y volvió corriendo al auto.

El resto de la tarde lo dedicó a buscar un buen sitio donde cenar, se acomodó en una cabaña y esperó tendido en la cama hasta que oscureciera.

Tenía un rostro atractivo, unos modales correctos y su mirada cínica se ablandaba con el vino. Vivía sola hace diez años, desde que perdió su trabajo y su marido la dejó por otra. Mientras hablaba y se vaciaban las copas, Armando Pozzi se preguntaba si ella le cobraría, si esta intimidad que se estaba creando también era parte de una transacción. De él casi no hablaron.

La conversación siguió así por unas horas hasta que ella preguntó si volverían a su casa. Pozzi se enderezó en su asiento, miró hacia el techo, respiró profundo, se inclinó sobre la mesa y acercándose lo suficiente para que ella escuchara, le susurró:

?? Te invito al sur.

?? ¿Al sur?, ¿Por qué? No, no puedo - respondió algo incómoda.

?? ¿Por qué no? Nadie te espera.

?? Tengo que trabajar.

?? ¿Y sí te pago cada día completo?

?? ¿Y cada noche? - retrucó ella

?? Bueno, cada día y cada noche.

?? No... mejor no.

Después de varios minutos de explicaciones y de inventarse un pasado de escritor, ella terminó por ceder y acordar un pago diario. Se instalaron en la cabaña que había encontrado y pasaron la noche juntos.

Al amanecer, se sentía mejor que en muchos días; como si el calor del cuerpo de ella se le hubiera metido en los huesos. No la quiso despertar y se quedó quieto pensando. Después de un rato, se vistió en silencio, la besó en la frente y salió en busca de un teléfono.

?? ¿Papá?, ¿Qué pasó? – reclamó la voz inquieta de su hija mayor.

?? Nada, dame con tu mamá.

?? ¿Armando?, ¿Por qué todavía... ?

?? No he tenido el valor y creo que no lo tendré... no lo voy a hacer.

?? ¡Pero!... ¿y lo que hablamos?

?? Nada, esperaré. Y no voy a volver. No tiene sentido, todos se despidieron y se conformaron con mi decisión. Tampoco queda mucho tiempo. – Esperó una respuesta que no hubo. Al colgar, sostuvo el auricular unos segundos contra el gancho.

Caminó por el corredor de tablas, pero al llegar a la puerta no se decidió a entrar. Con la llave en la mano, asomó su cara por la ventana y la vio durmiendo. Respiró hondo, cerró los ojos y apoyó su frente contra la puerta.

– Va faltar vino – murmuró, guardó la llave y giró sobre sus pasos.

ANÍBAL RICCI ANDUAGA, nace en 1968 y es Ingeniero Comercial de profesión titulado en la Universidad Católica. Comienza a escribir a mediados de los '90 desembocando de su fuerte afición al cine en la literatura. Escribe sus primeras cuentos mientras recorre por primera vez el Continente americano. Ha publicado diversos trabajos de investigación en su área y hoy se mantiene relacionado al ámbito académico dictando sólo algunas materias. Actualmente, termina una interesante novela a la vez de dirigir una empresa de desarrollo de software. Al Taller Mapocho se incorporó el 2002, desde sus inicios en la misma Estación junto al río.

SIN BESOS EN LA BOCA

Me sentía ansiosa. Las estrellas colgaban nítidas del telón azul. Tan inmóviles, que mi intranquilidad se notaba a kilómetros de distancia. Aquella mañana había leído un anuncio en el periódico. “Si quieres gozar... ¡llámame!”; luego de cuya invitación aparecía una cifra con varios ceros, encabezada por un signo pesos. El aviso terminaba abruptamente con un número de teléfono celular. Tan obvia era su invitación al placer, que destacaba entre los demás anuncios de las prostitutas. Al principio me reí de lo manoseadas que sonaban aquellas palabras. Pero horas más tarde, cuando me di cuenta que seguían rondando en mi cabeza, comencé a pensar sobre el tipo de mujer que se atrevía a poner ese tipo de mensaje. Sentí compasión al pensar que más de algún interesado en sus servicios podía esconder a un sicópata. Cómo no sentir miedo de toparse con alguien a quién no le gustaras, que te golpeará y que luego te tirará por un barranco. ¡Había que ser muy valiente! Pero bien puta para que no te incomodara la idea de que muchos de esos locos te agarraran el culo, y muy buena actriz para no dejar que se desbocaran. El arte de agradar y adivinar lo que quiere el otro, pensé. ¿No le llaman a eso amor? Me pareció que se parecía mucho a prostitución. Me quedé pensando en eso por largo rato. ¿Podía en verdad prostituirme por amor? No estaba muy segura, puesto que nunca había caído enamorada en los brazos de un hombre. Sólo me había acostado con algunos tipos que Alejandra me había presentado en la “Oz”; pero jamás me había sentido como una puta por experimentar sensaciones con mi cuerpo. En cambio, cuando trataba de imaginar lo que era amar a alguien, no podía dejar de pensar en que la persona que ama podía a veces prostituirse para agradar al ser amado: te podías convertir en una puta si al susodicho le daban igual tus esfuerzos en la cama; en una gran puta si además te incomodaba hacer esas cosas; y en una puta madre si ni siquiera te correspondía con su amor. No podía dejar de lado esos pensamientos cuando me acordaba de mi hermana. Se había suicidado por amar demasiado a un hombre. No era justo que se hubiera topado con alguien que no la quisiera lo suficiente. ¡Qué poco espacio había para el amor verdadero! Tenía que darse la extremadamente poco probable situación de que ambas personas se quisieran con la misma intensidad para consumir eso que la mayoría de las personas perseguían durante toda su vida. Súbitamente, me pareció que no era tan malo ser una prostituta: los riesgos de morir asesinada no eran nada en comparación a que tu amado te destrozara el corazón, y a que posteriormente, tu odio te destrozara el alma.

Me asusté de pronto por todas las ideas que cruzaban por mi cabeza. Si de algo estaba segura era de que jamás había sufrido una desilusión amorosa. Ni siquiera había amado nunca a nadie. ¿Por qué entonces sentía tanto odio y pensaba de ese modo? Por un lado, encontraba estúpido huir de los hombres sólo porque a mi hermana le hubiesen roto el corazón, pero por otro, me era imposible dejar de temerle a la posibilidad de que me hicieran daño. Era más fácil odiarlos que aventurarse a amar a uno. Lo último que quería era dejarme atrapar por la tentación del amor. Por eso me entretenía lucubrando pensamientos que me alejaran de la manzana que no quería morder, quizás con la única intención de arrojárselos un día en su cara a alguien que estuviera muy complacido de su suerte. Yo no buscaba la felicidad, así como tampoco estaba preparada para ver que alguien la alcanzara. Sin embargo, jamás hubiese podido hacer infeliz a otra persona. Prefería lidiar con mis problemas siguiendo el solitario camino que había recorrido durante toda mi vida. Desde que era chica me acostumbré a moverme sin perturbar a nadie. Siempre posponiendo mis problemas para no convulsionar más los asuntos familiares. Siempre agradando a los que me rodeaban. Era un ser tan carente de motivaciones propias, que al final nadie me conocía. Había caído en la trampa de agradar a los demás por encima de mis propios anhelos.

Me había sentido extraña durante todo el día. Por fin no pensé, aunque fuese por unas horas, en la muerte de mi hermana. Ya no sentía tanta pena por ella (¿de mí misma acaso?). Mis pensamientos negativos, lejos de quitarme energía, me tenían excitada. Lo prohibido despertaba en mí una extraña sensación de poder. Me sentía viviendo agitadamente cada pequeño instante de mi existencia, donde sólo el presente merecía mi atención. Pero sin lugar a dudas que lo más angustiioso del día había pasado. Harto me había costado aparecerme en las oficinas del periódico, y ver la expresión de la recepcionista de anuncios al contar las palabras. Era como si se le hubiese olvidado sumar. Obviamente, no había puesto mi nombre verdadero en el aviso (me enorgullecía de no haber dejado rastro con esa chismosa entrometida)

Mi intranquilidad llegó a tal punto que ya no podía pensar. Nada de lo que decía parecía tener sentido para Alejandra, quién pacientemente me esperaba sentada en el living. Tampoco tenía sentido el desorden de prendas desparramadas sobre su cama. Me demoré una hora en vestirme, y cuando estuve lista, no pude apartar mis ojos del teléfono celular. Alejandra me lo había regalado hacía unas semanas. La luz verde del cristal líquido me venía hipnotizando conforme avanzaba la noche. Faltaba poco para que dieran las once. La proximidad de mi debut hacía latir mi corazón con fuerza. Me sentía viva dentro de mis ropas ajustadas. En realidad nunca me había sentido tan consciente de mis actos. Sabía que lo que pasara en las siguientes horas, cambiaría mi vida para siempre. Cuando salí del dormitorio, Alejandra pegó un silbido de aprobación. Fui al baño a darme la última manito de gato, a la vez que examinaba cuidadosamente mi atuendo. El espejo me recordó mi elección para el primer día de trabajo. Después de un montón de indecisiones me había puesto unos jeans que apenas me dejaban respirar. Arriba me había puesto una polera blanca de encajes, que dejaba traslucir mi sostén negro. Mi ombligo desnudo se veía sensual sobre la hebilla de mi cinturón, y mis zapatos de tacones me hacían lucir más alta.

Apenas salimos a la calle, le pedimos a un taxista que nos dejara en la típica esquina donde se paraba Alejandra. Ella pagó el taxi, y apenas nos bajamos, un cliente bajó el vidrio de su auto. Alejandra lo conocía y le explicó que yo era nueva en estas lides. El tipo quedó encantado y me abrió la puerta, mientras mi amiga me explicaba cuanto cobrar: diez lucas la “francesa”, y treinta el “contacto” dijo. En el camino al motel me acordé de los otros consejos: -con condón y pago por adelantado, ahh... y sin besos en la boca.

SUSURROS

La tarde era calurosa. Mi polera negra la hacía peor. Caminaba atontado por la avenida principal con toda esa gente en la calle. Al detenerme a tomar un suco da laranja, escucho hablar francés. Otra persona discute en alemán. Me siento más tranquilo entre tanto turista. Paso a cambiar unos dólares, me dan casi 300 reales. La efervescencia de la ciudad me hará pasar desapercibido, para poder salir de Brasil en el anonimato. Sigo caminando... Es la segunda agencia de viajes a la que entro. Veo a una hermosa mujer tras el escritorio. Tomo asiento y mientras termina de hablar por teléfono, hurgo los folletos de viajes. Cartagena (muy peligroso); Caracas (muy caro); Guatemala (más caro) Mejor algo que ya conozca. Luciana (leo su tarjeta de presentación) cuelga el teléfono, y en portugués me pregunta qué deseo. Le respondo en portuñol, e inmediatamente comienza a conversar en perfecto castellano (¡qué sorpresa!). Quiero un tour fuera del país, le digo. Tengo presupuestado gastar 1.000 dólares, agregó. Me muestra algunos destinos. Entre Panamá y México, prefiero a este último. Hace unos años estuve allá, y me podré escabullir más fácil de mis perseguidores. ¡Está decidido! Miro un calendario: hoy es Miércoles (mañana feriado), y le confirmo que viajaré el 14. Me encantaría invitarla a salir por la noche, pero no debo llamar la atención (con ella, preciosa, sería imposible) Me despido y me devuelvo al departamento que renté el día anterior, no sin antes comprar una botella de whisky. Veo televisión y me quedo dormido en la hamaca. Me despierto a las 22:00, me ducho y vuelvo a salir. Copacabana no duerme: hay más gente en las calles. Se respira tanta electricidad como en Avenida Corrientes; pero aquí es mayor. Tomo un taxi y apenas me entiende donde quiero ir. Me hace un tour por Río. Los locales de música en vivo están cerrados. Mi memoria ya borró la resaca de hace tres días (6 gramos) Me cuesta traducirle al taxista que necesito droga. Me lleva a un lugar a unos 25 minutos, entramos a la periferia de una favela, él se baja y regresa al tiro con el equivalente a los 100 reales que le pasé: 10 gramos de cocaína. Le digo que me regrese a Copacabana, y no le hablo más.

El departamento adquiere vida con el “acaabo de llegar ...no soy un extraño.”; pero en realidad no “conozco esta ciudad...” Juraría que al vecino del 1202 lo he visto varias veces, y... mi itinerario (pienso)... no ha sido de lo más lógico como para toparlo dos veces en el mismo día. Sin embargo “me quedo piola y empiezo a pescar ...” Por fin transo con mi cabeza, y el loco Charly me lleva a la cocina donde me sirvo un whisky en las rocas. Vuelvo al living y coloco la tele en el canal de videos eróticos (sin volumen)... Creo que después de lo del Domingo pasado, no podría meter una puta al departamento... La conductora del programa es exquisita... y en realidad, ya no tengo ánimo para ir a engrupir a una discoteca ...la primera gatinha es juguetona... Tampoco para ir a un night club como la otra noche ...ahora aparece una segunda menina y su mirada ruboriza a la otra.... Me comienzo a masturbar ...le comienza a sacar la ropa... Me termino mi segundo whisky ...luego suelta la propia... Acerco una pequeña mesita hacia la hamaca ...rosa sus senos con los de ella... abro una bolsita de cocaína ...acaricia su cabello con una mano... la tarjeta la corta ...ahora con la otra... enrosco un billete ...suavemente la envuelve... hago dos líneas largas ...sus miradas se detienen... la primera consumida ...en sus labios... la segunda ...la besa... y se unen mis ímpetus a los de esas dos bocas. Quedo relajado, balanceado unos minutos por la hamaca, con la mirada fija en la ventana. De ella penetran los ruidos que, subiendo 12 pisos, hacen volver las sospechas acerca de mi vecino. Desato otra bolsa para alejarlo. Esta vez se convierte en cuatro líneas. Seis en el siguiente gramo. No desaparece. Veo su cara y la de su esposa, cómplices. Ella lo mira y sus ojos se ríen (igual me doy cuenta) Él me evita. Cuando se abre la puerta del ascensor, ellos salen primero, luego se secretean, y por

último, desaparecen tras el 1202. ¡Es hora del cuarto gramo! Son pasadas las dos de la madrugada. Dejo el quinto a medias, me saco la ropa y voy a tomar una ducha para refrescar (borrar) mi mente. El agua está fría y me hace pensar en otra cosa. Cuando cierro la llave, vienen “...dinosaurios... van a desaparecer...” susurra García en su canción. Pienso que es cosa del pasado... sin embargo siento que es una premonición. ¡Tac! suena la tecla del “play”. Necesito otro cassette para seguir en trance. Tomo el de Páez que me dice “...la noche entre el whisky y la coca... se nos paasoó...” y me río al advertir la coincidencia. ¡Ya no estoy tan solo! Todavía no termino el quinto gramo, cuando estoy abriendo el sexto. Lo corto con la tarjeta, lo mezclo con el resto, y dibujo ocho rayas. Las dejo listas. Me vuelvo a recostar en la hamaca. Mis pulmones están mentolados y la sensación de paz es infinita... Podría hasta volar de un duodécimo piso. Me levanto, voy a la cocina a buscar el whisky. Ya no necesito vaso. Tomo varios sorbos largos y me tranquilizo. Regreso al living, y retorno con otra bolsa que vierto en el frío piso de la cocina. Las ocho líneas blancas siguen junto a la hamaca. Ahora reposo sobre el sillón (bebiendo), equidistante de los dos montones de droga dispuestos. Cambio el lado del cassette, y adelanto la primera. Siento que mi presente está “desierto”. Fito me dice que “...tengo el coraje... y tengo el deseo...”, pero “...con látigo en mano... me siento indefenso...”. Caigo ahora en el recuerdo de los muslos de Gloria. Hoy ni siquiera la odio. Su cara al acercarse sin ropas era lo más increíble que había visto. Su hueco entre los dientes. Esos ojos, que tras sus párpados rasgados ocultaban una sensualidad... sexualidad que no pude resistir. Derribó todas mis corazas (bebo otro sorbo) ¿Por qué le ofrecí lo que quedaba de mí? Me levanto hacia la mesita. Inspiro dos líneas completas, la tercera a medias. Estoy bastante intoxicado, pero sé que estas tres líneas reavivan la imagen de Gloria en mi cabeza. La fijan. Quizás éramos muy parecidos. Teníamos pasado y no podíamos conversarlo. Demasiado inteligentes para confiar. ¿Demasiado orgullo? (Estúpido orgullo diría yo) ¿Por qué no le confié lo que siempre me atormentó? Lo mismo que le confié alguna vez a una extraña (que nunca más vi) Por qué seguir corriendo, bailando, tomando, drogándome como ahora. A nadie le importa “...la rabia que escupo...”; más bien “...se la lleva el viento...”. De nuevo la música me lleva a la ¿realidad?, y termino de jalarme las otras cinco líneas, tan seguido una de otra, que me levantan demasiado... y ya sin pensar (tarjeta en mano) me abalanzo sobre el piso de la cocina que ya no siento frío. Debo parecer una babosa, arrastrándome por el suelo. Luego mi mano temblorosa apenas ordena la coca (ya casi no escucho la música) No sé dónde está el billete, así que me ayudo con la tarjeta. Pero es tanto el movimiento del brazo, que se cae casi la mitad. No importa. La lengua lame el piso, y luego, al quedar boca arriba, siento que el corazón llega al techo. Estoy a punto de perder el sentido. Quiero ir a buscar la botella, pero no me obedecen los músculos. Mis ojos no dejan de enfocar el extractor del techo. No sé cómo pero logro llegar al living. El whisky me calma un poco. Cómo un animal, repto hacia el baño. Doy el agua helada. Me siento como borracho en el piso de la ducha. El agua me cae sobre la cara y no me despierta (tampoco me duerme) Inmóvil bajo el agua, la música da eco en las paredes del baño. “...Hay gente que inspira... que come excrementos... hay gente que aspira... la coca y el tiempo...”, es lo último que retengo antes de desmayar.

Despierto tirado en el piso del corredor, con el pelo mojado. La ducha todavía suena en el baño. El efecto de la droga se apagó con la música. No sé que hora es (perdí el reloj hace tres días) Me levanto y regreso al baño. Cierro la llave. Con el último hilo de agua se van todos los sonidos del departamento. Empiezan los otros, tras los muros. Me persigo. Oigo algo en el ducto de ventilación. Me trepo a la mesa del lavamanos, y a través de la rejilla, veo el baño del departamento contiguo. Trato de ver si algo se mueve. Contengo la respiración (y acaso mi corazón) Siento una presencia dentro de ese baño. No la veo, pero hay crujidos justo debajo. Quiero ver una cara (por último una sombra) Saber si es hombre o mujer. Estoy cansado de huir

de susurros fuera del alcance de mi vista. Espero largo rato a que algo se aparezca. Luego hay demasiado silencio. Ruido a respiración contenida. Me desespero y salto del lavamanos. La botella está sobre la televisión. Ya se terminaron las imágenes. Es la única fuente de luz. Mi cara también se ilumina al hurgar el bolsillo del pantalón que por fin encuentro en el suelo. Quedan algunas bolsitas. Vierto sus contenidos sobre el televisor. Son muchísimas rayas que brillan en la oscuridad (ya no las cuento) Lleno el vaso de whisky. Me lo tomo al seco y comienzo a desaparecer las huellas. Es como borrar pisadas. Cada una es una parte de mi humanidad. Voy en la mitad y casi no me reconozco. Me doy cuenta que mi mucosidad no deja ingresar más droga por la nariz. Voy al baño y me sueño. Apenas me tambaleo entre las paredes. Vuelvo a la carga. Abrazo el televisor, luego me siento y veo la luz tintineante...

Despierto con sonidos matinales. Desconozco los dibujos del piso. Son como tablero de ajedrez. Sigo desnudo, pero esta vez (que vergüenza) veo la puerta del departamento desde el otro lado. ¿Qué mala movida habré jugado? Veo el número 1201 en la puerta. Trato de recordar y no puedo.

NORMAN SANITER MONTENEGRO es Prosista y Psicólogo. Académico USACH y Escuela Nacional de RRPP. Postulado en Hipnoterapia Estratégica. Ha obtenido algunos premios y distinciones y ha publicado sus trabajos en revistas nacionales y extranjeras. Participa en obras de teatro y acciones de arte en la Quinta Región y en Santiago. Publica "Grito Salvaje" (1989) y participa en antologías literarias como la del Ateneo de Santiago, (1995) y Caleta Sur, (2001-2002) con ensayos. También ha dirigido y participado en talleres literarios. Asiste al Taller Mapocho desde 2002.

ADENTRANDO EL BOSQUE

La vida que boni, que bonitos ojos tienes, cabello abajo la vi, la vida los ojos blancos, los labios pálidos sí, andaba errando su tez clara, sin huellas descalza por la calle.

Dos veces la vi hasta ahora, espectral estrella con ropa transparente, ambas veces flameaba su camisón viento en contra.

Esto de andar borracho de madrugada, tiqui-tiqui tan clásico de siglos, ya dije que boni, que bonitos sus ojos.

Estiraba los brazos. Yo la seguía de lejos. Cuando la vi esta vez me atreví a hablarle.

Vuelta. Ella despertó en la vía pública. Le dio más risa que vergüenza; luego me preguntó quién era yo. Le respondí cualquier tontera, con un lenguaje que ni sobrio yo entendiera. "Soy Raquel", dijo.

Bailamos cueca alrededor de un grifo, la vida tiqui ti, que bonitos ojos tienes. Aro, aro, no hay primera sin segunda. Me tropecé en el zapateo, y seguí bailando.

Vuelta. A la tercera patita veía a través de ella, una nube blanca que bailaba cueca. "Ayayay", me dije y paré la danza más mareado que al principio. Ella, desaparecida; entonces no hice más que caerme ahí mismo.

¡Carnaval! , escuché bien fuerte, me despertaron los gritos de una procesión. La turba venía bailando por la calle en que estaba yo tirado. ¡Se va el carnaval! En plena fiesta nortina, las diabladas, bronces y tambores sacudían la noche, mientras un gallo de la pasión a lo lejos cantaba.

Me dolía la cabeza, estaba inmóvil. La gente venía saltando, tomando y gritando. Si hubiera podido gatear unos metros para evitar que me pisotearan. En su fervor sólo miraban a la virgen y al cielo. Ya estaban más y más cerca, la vida que terri, que terrible la lesera.

Desperté. La gente resulta que era transparente como la Raquel, se movían frenéticos de un lado para otro. Saltar y saltar; cuando pasaron sobre mí no sentí nada.

De pronto me tiran la mano. Cierro los ojos, me entrego a lo que pase.

Despierto en la arena de una playa, sin saber en qué parte. Todavía una mano me jalaba, miro fijamente sorprendido y contento. Tiqui-tiqui ti, nos fuimos con la otra patita. Raquel vestía sus polleras de colores, blusa y descalza:

"La vida es multicolor", empezó diciendo y nos pusimos a bailar, ¡Vuelta!, que bonitos ojos tienes.

"Es multicolor y da muchas vueltas -siguió diciendo- no creas sólo en lo que ves. Un paisaje se esconde siempre detrás de una celebración. Los bailes en tu mente divertirán para siempre a tu descendencia: en la ciudad, en la aridez del desierto o en las mojadas arenas de cualquier playa".

"Muévete feliz ahora cruzando la puerta, los paisajes que verás en adelante no se parecerán a los que ya conoces".

“Deja la puerta abierta moreno, baila guaracha, cueca y ritmo de saltos. A lo lejos escuchas la música, he venido para guiarte, bailaremos por toda la existencia, beberemos también. Deja la puerta abierta, cierra los ojos y vamos al compás adentrando el bosque, allá va, allá va, allá viene”.

ENEMIGO DE LA ESPECIE

Como se va soltando un caudal de sensaciones, afectos, ideas y a partir de ese impulso viajar, inventar, perderse.

Nos pisotean, caminan sobre nosotros, hundan sus tacos en nuestras espaldas, a la niña que está a mi lado le crujen la voz y las vértebras con el último salto que hicieron sobre ella.

En vuelo rasante. Espiral hacia adentro cada vez menos tangente, retumba en las cavernas interiores, el empeño por dejarse ir, el viento.

Se sienten gemidos; risas, garabatos, ofensas, ellos se pasean desinhibidos sobre el pasillo, sobre nosotros, es terrible ver sus caras.

Gritar con hermosas frases lo que ellos no podrán decir nunca, hacer gala de nuestra inteligencia, la que a ellos les falta y delirar entre fantasías y plantear mundos distintos y razonar en forma imposible y jugar a las escondidas con los significados, para burlar la censura.

Vomitaron sangre algunos, otros estaban aturcidos. De pronto se escuchó una voz fuerte y autoritaria que argumentaba los hechos, que habría más violencia si la provocábamos. Que por él nos mataría a todos.

Introducir el canto de un pájaro en las hojas, y sonreír tranquilamente, bombardear la maldad desde lo sublime, innovar en los esquemas, una literatura que vomite sobre romances mistificados y mojigatos. Hacer de la realidad poética un coro grotesco, una carcajada desconcertante, una violencia ilusoria contra un enemigo asesino, que te encuentra de sorpresa en la noche, en el día, en una esquina, en las oficinas burocráticas, en las academias, en el trabajo; el enemigo de la especie, el que vive armado y disfrazado de oveja, el lobo oscuro que te patear, de uniforme, ese hígado delicado que tienes.

LA MARINA Y EL PRESAGIO

Mirando por mi claraboya, como en sueños la vi pasar. Iba despierta; o parecido a estar despierta. Vestía una bata transparente y caminaba sobre el agua entre las olas del temporal, impulsada por una extraña sensación.

Esa noche no pude dormir. El barco se movía desordenado entre la marea gruesa, cerrado el cielo no veía estrellas. Ella desaparecía de pronto en las sombras, dejándome confundido en la soledad del camarote; a ratos volvía a verla en cualquier parte entre las olas.

Cuando sólo se oyó la máquina del barco, pasada la tormenta y la calma recuperada, un grito aterrador –su grito– atravesó el silencio y en todos los camarotes despertamos sobresaltados.

Los tripulantes que se encontraban en pie me contaron que se reía fuerte y aplaudía por los pasillos, que caminó hasta el casino donde departían y tomaban cerveza. Atravesó la puerta gritando, a más de uno se le cayó el vaso al verla con su rostro desencajado y su aspecto delirante. Murmuró algo entre dientes y procedió a hablarles fuerte.

"Naveguen marinos, por el mundo mientras haya mar. Un día habrá en que se echarán al océano y, aunque busquen no hallarán puertos, porque se acabarán las costas. Condenados a flotar hasta morir. Llamarán con sus radios buscando señales, pero sólo encontrarán más barcos errantes".

"Perderán las referencias en un mundo de sólo agua. Navegaran sobre vuestras casas sin darse cuenta y no verán más a su gente, porque el nuevo diluvio será silencioso, paulatino, pero rápido; sin oleaje, ni lluvia, ni tormenta".

"Callen, ingenuos navegantes. El mundo gira allá en la costa, mientras ustedes toman cervezas y evocan, para luego perecer errando, flotando en el eterno mar".

Dicho esto, rió a carcajadas con los brazos abiertos y salió del casino, subió algunas escaleras hasta el puente y murmuró algo inentendible al guardia. Luego saltó al agua y se hundió. Desde esa noche, al mirar el cielo, los marinos ven que las estrellas comienzan a apagarse.

MARIO TORRES DUJISIN, nace en Santiago de Chile en 1950, Economista y Magister en Sociología. Estudió en la ex_Yugoslavia, luego vivió y trabajó en diversos países como Italia, Mozambique y la India. Durante quince años fue Director y Gerente de la Editorial MercadoNet Comunicaciones, editando varias revistas especializadas como Mercado Moderno, Fermaket, ADC, entre otras. Ha sido colaborador del diario “Las Ultimas Noticias” y “La Tercera”. Durante dos fue profesor de la Escuela de Comunicaciones y ha dictado seminarios especializados en varios países como Argentina, México, Ecuador, destacando además con diversas publicaciones en su especialidad como “Tecnologías apropiadas para el Tercer Mundo” tanto en Chile como el extranjero. Es miembro del Taller Mapocho de Literatura desde sus inicios.

LA COMPUERTA

Se levantó mientras Yadranka terminaba de preparar el café turco. El aroma invadía la humilde habitación, el vapor empañaba los vidrios. Desde el braceró comenzaba a salir algo de calor con olor a leña.

- ¡Quédate un rato más en cama ! Ya sabes que el doctor recomendó que te cuidaras. Tus pulmones no resistirían.
- Igual no resisten, con o sin frío. Mejor ven acá, quiero tocarte entera antes de morir.
- ¡ Tonto! , no digas eso.

Gavrilo salió de su casa, arropado con el olor de Yadranka y sabor a café en sus bigotes. Caminó por las calles heladas, pasó la mezquita de Ali Pasha y se dirigió al taller mecánico donde se encontraría con sus amigos. Saludó a un hombre, quien le hizo un gesto con la cabeza indicándole el portón negro. Domingo y Trifko lo esperaban sentados en una mesa redonda con una botella de aguardiente y el jarroncito de café.

- Quieren que viajemos a Belgrado - dijo Trifko, parece que se trata de algo importante.
- ¿Cuándo?, consultó Gavrilo
- Cuando termine el invierno.

Después de la reunión se dirigieron sin hablar a la Taberna Sarajevo. Cuando acabaron las grasientas salchichas, acompañadas de garbanzos multicolores, ordenaron más vino y comenzaron a cantar canciones campesinas. A Domingo el alcohol lo arrebatava con mayor rapidez que a sus amigos y las canciones fueron adquiriendo un matiz nacionalista que culminaron en serias ofensas contra el emperador. Gavrilo lo tomó fuerte por los hombros, diciéndole con voz irrevocable ¡ silencio idiota, puedes arruinarlo todo!

Gavrilo no era un tipo que asustara a nadie, más bien denotaba debilidad en su físico, pero en ciertos momentos adquiría gestos en su rostro que le ponían los pelos de punta hasta al propio general Dimitrievic.

- Mejor vamos donde las putas, dijo Trifko apaciguando los ánimos.

Partieron a la taberna del subterráneo, único lugar donde la embriaguez reemplazaba al temor y se podía hablar de todo porque nadie escuchaba. Risas, aroma a alcohol y humo les salió al encuentro. Gavrilo aspiró la ráfaga completa que salía del local, tosió con fuerza, dejando en su pañuelo manchas de sangre que dibujaban un designio de muchos años. Se acomodaron en una mesa, tres mujeres se acercaron sonrientes y ebrias. Una de ellas acomodó su falda y se sentó en las piernas de Gavrilo. Él, con un gesto maquinal pero suave, puso la mano en medio de sus muslos redondos y tibios, decorados con medias de lana gruesa. Tú nuevamente, dijo ella mientras ordenaba los tragos y lo abrazaba. El ruido era infernal, las mujeres se revolcaban en una danza de sombras, circulando entre los hombres que creían conversar. Los clientes vivían su último ensueño en una noche que se repetía todas las noches. Bebían por costumbre o mitomanía y gritaban incoherencias mientras tocaban a las mujeres o se iban a una esquina para quedarse dormidos con la ilusión del encanto.

- Nosotros no somos iguales, dijo Domingo en un momento, mirando fijamente a Gavrilo, mientras una mujer le besaba el cuello.

- Nunca seremos iguales, respondió mirándolo después de un momento, cargamos con diferentes infiernos.

La conversación se disipó en frases que perdieron importancia y cuando las caricias reemplazaron las palabras, la mujer le susurró “vamos a mi cuarto”.

Gavrilo despertó sobresaltado sin reconocer la habitación. La mujer roncaba suavemente a su lado con las ropas abiertas. Se subió el pantalón, la cubrió con una frazada y bebió un vaso de agua. Tenía la garganta seca y amarga, encendió un cigarrillo. Contempló la cama con nostalgia cansada y pensó que había algo divino en la belleza sin espíritu.

Todavía estaba oscuro cuando regresó a casa. Yadranka dormía. La miró por largo rato. Observó su cabello rubio enredado entre las sábanas y se conmovió. Era la única compasión verdadera que le había otorgado la vida, algo parecido al amor. La acarició suavemente, cansado de sus propias tinieblas. Yadranka hizo un pequeño movimiento, él se asustó, como si se sintiera descubierto. Fue a la ventana y encendió otro cigarrillo. La ciudad todavía estaba convertida en siluetas.

El general Dragutin Dimitrievic era un hombre alto y de mirada segura. Se acariciaba la barba, meditando cuando hablaba.

- Ustedes van a abrir la compuerta del futuro, les dijo seriamente. La violencia, aparte de ser necesaria, es educativa y contribuye a conquistar ventajas duraderas para los oprimidos. Por desgracia, dijo bebiendo un trago de aguardiente, la suerte *del hombre* depende de un número reducido de individuos. Todas las revoluciones- agregó- extraen su forma original del asesinato.
- Estamos preparados -dijo Domingo- sólo esperamos sus instrucciones.
- Calma - señaló Dimitrievic- hasta Junio deben eludir las discusiones políticas en público. La importancia de este hecho es mayor de lo que ustedes se imaginan.

Para Gavrilo Princip, las palabras del general no tenían el mismo significado que para el resto. Ellos morían porque tenían que morir, la causa lo justificaba todo. A Gavrilo, la fe no se la podían devolver los razonamientos, sino sólo la pasión que provocaba su desesperación, su propia humillación y el odio que había acumulado durante su vida. No hablaba mucho, su convicción tenía que ver con algo diferente, algo más fuerte que su simple inmolación. En esa sobriedad discreta encontraba su auténtico galardón.

- Estas son las llaves de la compuerta, dijo Dimitrievic, retirando las copas y poniendo sobre la mesa tres pistolas Browning, tres granadas y tres pastillas.

Los jóvenes miraron las armas con el orgullo fascinante que tiene el pacto del iniciado con la eternidad. El embrujo no les permitía tocarlas. Gavrilo, en cambio, observaba las pastillas detenidamente, cuando el general adelantó la respuesta.

- Si fallan, deben usar la última alternativa. El cianuro actúa rápidamente, sin dolor. Los poderosos calculan con usura el precio de su propia sangre y si los llegan a interrogar, Serbia se convertirá en un cementerio de gente inocente. Ustedes morirán en la más alta igualdad, no en la miseria de la cárcel o el hambre, agregó Dimitrievic.
- ¡Dios mío ! dijo Trifko.

- ¿Para qué necesitamos a Dios, compañero Grabez ? dijo sonriendo el general. Uno se dirige a Dios sólo para obtener lo imposible. Para lo posible bastan los hombres como usted y yo.

Junio en Sarajevo es de un resplandor caluroso y seco, adornado por construcciones religiosas y una larga plegaria de palomas. Gavrilo paseaba abrazado a Yadranka por la ribera del río, mirando aparentemente distraído pero meticulosamente varios puntos del muelle, cruzaron el puente Lateiner para tomar un jugo en el Schiller Delicatessen.

- Tengo calor Gavrilo, volvamos a casa, ya hemos hecho esto mil veces ¿Desde cuándo te gusta más el muelle que hacer el amor conmigo?
- Vamos, tienes razón mi amor, dijo Gavrilo, despertando de un sueño ajeno.

Regresaron en silencio. Las calles que conocían su complicidad ahora parecían diferentes, como si una mano ajena las decorara, pero ambos se dejaban seducir por esa hermosa invención. Cuando ella quiso ir a la cocina a preparar algo, él la detuvo por la cintura, la apretó contra su cuerpo y le dijo cosas al oído. Ella reía con otro tipo de felicidad, esa que proviene exclusivamente del cuerpo. Se recostaron mirándose con sorpresa, se tocaron nuevamente como por primera vez y redujeron su vida a un largo suspiro.

La explosión sonó fuerte y seca. Gavrilo sintió que respiraba con el estallido, habían salvado a la humanidad con un simple gesto. Francisco Fernando y sus oficiales caían al amplio y profundo patíbulo de la leyenda. Caminó preocupado entre la muchedumbre exaltada, le preguntó a un hombre qué había sucedido.

- Trataron de matar a su alteza real, dijo apurado.
- ¿Lo lograron?- pregunto ansioso Gavrilo.
- No, la bomba no dio en el blanco. Sólo murieron espectadores y curiosos - dijo el hombre- y siguió su carrera.

Gavrilo no pudo con su aire. Ese día preciso, la respiración del archiduque era su peor castigo, la entrada a las tinieblas. Tocó el arma en el bolsillo y la apretó con fuerza impotente. Entró aturdido al Café Schiller y pidió un vaso de agua. Miró al espejo, vio su cara alejada de este mundo, en el océano hambriento de su infancia, en las roñosas paredes de sus límites, en el cartero de su padre. Miró su reloj, a la naturaleza injusta que tiene este mundo, las diez y treinta y cuatro. Volvió a mirar el espejo y detrás de su fantasma vio en la calle que aparecía nuevamente la comitiva imperial. No lo podía creer, pensó que era una pesadilla. Viraron justo por la esquina del Café. Gavrilo Princip salió a la calle, se paró frente al auto descapotado, adornado de militares asustados y realeza festiva. Sin pensarlo, tomó la pistola y saltó hacia el vehículo. El primer disparó le dio en el estómago a la Princesa Sofía y el segundo en el pómulo derecho del Archiduque. La compuerta está abierta, general, Yadranka somos libres, mi amor, nada puede ser peligroso, vamos al subterráneo, es hora de morir, es tiempo de dormir. Levantó la pistola hacia su cien derecha, el tumulto le arrebató el arma. Sólo en ese momento de lucidez, reconoció que estaba entrando lenta, pero inevitablemente al infierno.

LOS DIOSES OSCUROS

Esa calurosa tarde de verano, Javiera sentía que las tinieblas del mundo pesaban sobre sus espaldas. Un paisaje irreal se dibujaba en el espacio mientras los muros del departamento desbordaban un resplandor sin piedad, la luz irritaba sus ojos y el cuerpo seguía en la misma posición mientras los días sucedían a los días en medio de la nada. Necesitaba otro mundo, un espacio sin alma, pero no podía cruzar la puerta, el verano le cortaba la respiración. Se levantó y miró por la ventana como si quisiera verlo aparecer, incluso creyó divisarlo a lo lejos. Se tocó el cuello con las manos ásperas de sangre seca, recordó sus caricias con confusa melancolía, lo vio grande y seguro como en la época en que su juventud ignoraba la nostalgia. Las calles de Santiago estaban coaguladas de polvo y calor. Tomó otro trago de vodka.

Roberto era un hombre mayor, algo desencantado de la vida, que mantenía un curioso pero admirable vínculo con la formalidad y la religión. Contaba con el debido respeto en su trabajo como funcionario público. Nadie se interesaba por él y a él tampoco le importaba el mundo. Asistía a las misas obligatorias, pero no dejaba pasar el mes sin una presencia a los templos de su Dios. Cada quince días se emborrachaba en su departamento con la misma prostituta de siempre, de cuota fija, que sólo el conserje del edificio conocía de vista y llamaba señora. Sus únicos lazos familiares lo constituían una hermana y dos sobrinas. La mayor era su preferida. A la más pequeña, Andrea, la saludaba con amabilidad familiar, sin otorgarle mucha atención. A Javiera en cambio, le contaba cuentos, le llevaba regalos e iban al cine a ver películas de Marilyn Monroe, el amor de su vida, como le decía bromeando.

Pensó varias veces en suicidarse, pero ¿cómo y para qué?, se preguntaba lejana, se requiere más valor para vivir que para matarse, le dijo a las luces sordas. No era miedo, era algo peor, un cansancio irremediable, muy parecido a la apatía, se sentía condenada a vivir. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza como escenas desnudas y torcidas. No distinguía entre evocaciones y las horas que pasaban por su mirada perdida. Recordó cuando jugaba de niña, el disfraz de mujer que no perdonó el futuro, su hermana durmiendo en la cama del lado, tan inocente y tan hipócrita, nunca la quise, nunca existió de verdad, sólo en los momentos terribles aparecía de la nada, de las tinieblas, pensó y miró con indiferencia la puerta entreabierta.

Javiera era vivaz, de hermosos ojos oscuros y una figura torneada, suavemente madura para su edad. Manifestó anticipadamente la inevitable reciprocidad con su cuerpo, manteniendo un vínculo natural con el placer, a pesar de los rigurosos dictámenes de su madre que consideraba el sexo sólo como un asunto de higiene corporal con propósitos divinos. No obstante, a su madre, los surcos amargos la delataban sin piedad. Se dibujaban con precisión en su rostro los pliegues de la pasión abandonada y la incierta esperanza de la soledad.

- ¡Javiera! ¿Qué estás haciendo?
- ¡Nada, mamá! Estoy viendo tele.
- Pero siéntese bien, m'hijita, no con las piernas abiertas como una cualquiera, apréndale a su hermana.

También desde niña, Javiera llevó su naturaleza a un terreno práctico. A escondidas realizaba pequeños rituales amorosos con su almohada cuando se dormía su hermana Andrea. La envolvía entre sus piernas hasta que le producía un vértigo parecido a la caída del tobogán.

No era una niña feliz, sin embargo cuando aparecía su tío Roberto, ella lo sentía en su barriga. Un extraño cosquilleo se apoderaba de sus movimientos, se agudizaban mientras él hablaba. Le pedía

más y más cuentos con tal de seguir instalada ahí, observando sus gestos y absorbiendo su aroma, no sabía qué era, le pasaba como el viento y nada más. Su vida adquiriría una singular importancia cuando él estaba de visita.

- Javierita, deje tranquilo a su tío, no ve que está cansado, repetía su madre.

Roberto decía que no importaba, que todo estaba bien, mientras ella montaba el corto uniforme escolar en la falda de su tío, sobresaltando a sus propias piernas en la tosquedad de los pantalones. Javiera quería que fuera su papá para verlo todos los días.

Caminaba por el departamento con la botella en la mano, cada rincón se volvía ilusorio, un vacío abrumador donde se aparecía él y Andrea, una pesadilla en cámara lenta, una danza desgarrada incapaz de dominar a la fuerza. Los ruidos de la calle parecían venir de otro mundo. Daba vueltas aturdida en el desorden, un dolor indiferente recorría su piel. Recordó lejanamente cuando la espalda de Andrea se torció como un gato lánguido y trató de enderezarse pero el sueño la invadió. Miró con despreocupación la puerta de la habitación que había sido el secreto de su vida, convertida ahora en un pacto con la demencia. No quiso entrar, hacía tres días que no lo hacía, la puerta seguía entreabierta, tal como el día que le llevó té con limón a su cama, tal como el día en que la descubrió entre una luz tenue y su desconcierto. Tanta soledad y esplendor le daba un rostro inolvidable al lugar ¿Por qué tenía que ser ella?, preguntó como hablando al infinito. Miró la botella y bebió un largo trago con los ojos apretados.

Una vez, Roberto se despidió como de costumbre, después de haber jugado toda la tarde con su sobrina, ella lo miró alejarse perturbada. Entró al baño con la cara afiebrada y la ropa interior mojada, tocó suave y luego fuerte el universo ardiente, transpirando con culpa y rabia frente al espejo roto que su madre nunca quiso cambiar, pero que en ese momento cortaba los reflejos de un placer conocido, un derecho a la eternidad, parecido a las olas del mar y a la caricia de su almohada.

El cumpleaños de Javiera, a los doce años, se celebró con una gran fiesta y un gran escándalo que nadie comprendió. Ella revoloteaba feliz por todas partes sin perder de vista a Roberto. En un momento no lo encontró, se atemorizó que se hubiera ido y comenzó a buscarlo. Estaba en la cocina conversando con su madre y tenía a Andrea en sus brazos, acariciándole las piernas, en una escena de cotidiana familiaridad. Javiera se paralizó, observó un momento y luego comenzó a chillar que la torta estaba mala, que las amigas la molestaban y que odiaba a todos, en medio de una patalaya sin medida que dejó perplejos a los invitados. Esta niña siempre armando problemas, dijo su madre, mientras Roberto trataba inútilmente de consolarla. Esa noche lloró amargamente hasta el amanecer, los sobresaltos y la nariz llena de lágrimas no le permitían distinguir dónde estaba su rabia, cuál era su culpa y dónde el mundo era responsable. Todo lo sentía en su estómago. Cuando se adormeció, soñó que un caballo enorme la perseguía por la casa donde las puertas no se podían abrir.

Meses después, cuando ya era pleno verano, quedaron solos en casa. Javiera le propuso que jugaran a hacer una película, como las que vemos siempre, Roberto - le dijo- luego de acomodarlo en un sillón con el periódico del día para que no se moviera. Se fue al dormitorio con ropas y maquillajes de su madre. Regresó como Marilyn, con grandes pestañas, labios asombrosamente pintados y un vestido muy ajustado, abierto al centro, resaltando una belleza que hizo estremecer profundamente a su tío. Roberto alcanzó a divisar los dioses oscuros en sus ojos. Le pidió que la besara como en las películas. Se asustó un poco al desconocer su mirada, pero se calmó cuando sintió los labios en el nacimiento de sus pechos y las manos en sus piernas, casi rozando el centro del abismo. En ese momento su cuerpo distinguió el hechizo del placer y supo

con certeza cuando la vida se convierte en vida. Un pacto entre dos infiernos con sus demonios secretos y tantas fuerzas intactas. Sonó el teléfono, era su madre para saber si había estudiado para las pruebas del día siguiente. Ya sabes que no puedes repetir, vas a terminar como empleada doméstica, recalcó como lo hacía siempre. Roberto le dijo que se cambiara ropa. Salieron a caminar en silencio por un verano robado de la vida.

Las visitas de Roberto se hicieron más accidentales y equilibradas. Cuando iba, conversaba con su hermana que se quejaba constantemente de las notas de Javiera. Ahora llevaba regalos a las dos hermanas. Andrea estaba feliz de ser considerada por su tío y descubrir un tipo de caricias que sólo veía en televisión. Javiera se retiraba a su dormitorio cuando comenzaban los lamentos de su madre y el futuro incierto que le esperaba, sin título, ni de costurera va a servir, decía, para que la pudiera escuchar. Detestaba la risa de su hermana y el sueño desgraciado que se hacía de su futuro. Sentía una confabulación de mujeres que la alejaban de su esperanza. Se desquitaba con Andrea usando todos los recursos de hermana mayor. Apagaba la luz porque tenía que dormir, no le prestaba sus ropas y la maltrataba cuando podía.

Ese año, el invierno fue más cruel y frío que de costumbre. Las inundaciones sobrepasaron el estupor de los santiaguinos. Javiera veía una película y sentía los golpes del agua en el tejado.

Hija, le dijo su madre con cara suplicante, tu tío Roberto, que tanto hace por nosotras, está con gripe y no tiene nadie que lo cuide ¿ Podrías ir a verlo? habló en la habitual forma lastimosa.

- Yo voy mamá, saltó inmediatamente Andrea.
- No, hija, puedes perderte y andas algo resfriada, dijo la madre, mientras ambas se miraban como tratando de descubrir un secreto cubierto por el rencor.

Javiera lavó las tazas mientras hervía el agua. Le llevó té con limón y se tendió junto a él. Roberto le dijo que se sacara los zapatos y se arrojara.

- Está helado, no quiero que mi Marilyn se resfríe, señaló con gesto afebrado por la gripe.

Cuando Javiera se cubrió, una ráfaga de aire tibio con olor a leche rancia llegó hasta su cara. Se acercó, su cuerpo estaba caliente, pasó una pierna sobre su cintura y quedó encima de él. Apoyó la cabeza en su pecho y le susurró, quiero un cuento.

La saliva de Roberto se confundió con su esencia, descubrió la inagotable suavidad de la lengua entre sus muslos y las extrañas vibraciones de su cuerpo con un cuerpo ajeno. Se sintió de visita en su propia piel. El vértigo la acompañó más allá del revelador y mágico abismo. No experimentó el patético dolor que decían sus amigas, sólo un pequeño desgarró que se derramó en la humedad de sus piernas, en una caricia que inmovilizó sus sueños por primera vez. Eran las diez y ocho minutos, llovía con truenos, había olor a té con limón, tenía la espalda mojada.

Cuando regresó a casa, miró a su hermana con un desprecio lejano y esta vez no se enfureció cuando le dijo que el tío la quería más a ella porque era aplicada y rubia. Días antes la había mechoneado por lo mismo, pero ahora veía en los ojos de su hermana esa debilidad que produce la impotencia. Javiera no respondió, la indiferencia dijo más que su gesto. Veremos, alcanzó a decir Andrea antes de voltearse hacia su rincón.

Curiosamente, la madre estaba muy feliz con sus hijas. Andreíta se veía más contenta de lo habitual, más agrandada, pero lo más importante eran los progresos estudiantiles de Javiera. Ya no sólo no traía calificaciones en rojo, sino que hasta la profesora jefa la llamó para felicitarla por el progreso de su hija. Sin duda, el tío Roberto tenía mucho que ver con este milagroso avance

escolar y con toda la vida familiar. Le hacía clases en su departamento todos los lunes, miércoles y viernes de seis a diez de la noche. Con Andrea salía a pasear una vez a la semana. Un santo, pensó la madre mientras terminaba de secar la loza. Lástima que ellas se lleven tan mal.

Por muchos años, la vida siguió un curso de admirable armonía. Javiera estudiaba arquitectura y no tenía novio. Qué cambio, meditaba la madre, terminará primero los estudios y luego pensará en formar familia. Andrea, con los años había adquirido una espléndida figura y una sensual frivolidad, estudiaba decoración interior y francés, era más elegante que el inglés. Su novio era un joven profesional acomodado, que la acompañaba a misa con su madre todos los domingos y respetaba sinceramente que ella quisiera casarse virgen. La llamaba diariamente para decirle que la amaba junto a las buenas noches. En ocasiones Andrea desaparecía toda la tarde pero nunca visitaba el departamento de su tío. Se encontraban en otro lugar. Las hermanas seguían viviendo con su madre, ahora en piezas separadas y hablando lo estrictamente necesario. Roberto mantenía una equilibrada prudencia entre las necesidades de su cuerpo y las exigencias del espíritu. Su mezquina rutina era compensada por sus sobrinas que le otorgaban la certeza que su vida se consumía con él, no al margen de él, como sentía antes. En sus sentimientos era bastante sincero. A su manera y con una complicidad impecable, amaba a las dos hermanas con el mismo ardor y en cada ocasión con todo su ser. Nunca sintió que engañaba a alguna de ellas. Simplemente se liberaba. Ignoraba la tristeza y su vanidad era únicamente la esperanza en otra vida. Creía en Dios lo suficiente como para venderse al diablo.

Una sencillo movimiento del azar hizo cambiar la esperanza de todos, como sucede en la ruleta. Javiera y Roberto tenían que viajar casi en el mismo período, cada uno por su lado. Javiera salía temprano en la mañana, por cinco días a Buenos Aires y Roberto a las once de la noche por una semana a Punta Arenas, en comisión de servicios.

- ¿ Qué vas a hacer sin mí? le preguntó seductora mientras escarbaba el estante donde guardaban el vestuario que adornaba la escenografía secreta, cuando ella se vestía de hembra para dejarse acariciar entera por los ensueños que violaban sin límites el atardecer y el dormitorio iluminado con velas.

En Argentina había una huelga de trabajadores aéreos y el avión debía volver a Santiago. Sin embargo hubo una larga espera antes del regreso y la actividad comercial del aeropuerto siguió su curso normal. Javiera compró la promoción de cuatro botellas de vodka y un perfume para Roberto. Finalmente, el avión regresó al día siguiente en la mañana.

La música se escuchaba en el pasillo del piso. Javiera abrió la puerta con curiosidad, no era el jazz de Roberto, era una melodía de su hermana menor. La vio tendida en la cama entre las sábanas revueltas. Una luz resaltaba su conmovedora desnudez, junto al sudor del verano y la aletargada placidez de la ternura. Observó largo rato su adormecida belleza, sin comprender el escenario, como si mirara una obra de arte inconclusa rodeada por un silencio elocuente. Se sintió en medio de una opereta donde todo era tan simple, tan evidente y tan grosero. Fue a la cocina y tomó el enorme cuchillo de los asados, nuestros asados, nuestro dormitorio, pensó con furia. Andrea alcanzó a mirarla cuando la sangre brotó de su cuello, junto a los últimos movimientos que paralizaron la perseverancia de los veranos. Por primera vez la miró como a una semejante, tal vez como a otra víctima escogida por el destino para compartir con ella este extraño milagro de universos condenados a muerte. Sólo ahora éramos hermanas atravesadas por la misma lanza del dolor, saboreando juntas su causa, su propósito, su oscura y repulsiva belleza. El misterio estaba resuelto, al menos para ella.

Sacó la minifalda de cuero del armario, la misma que Roberto le había comprado en una tienda sin dioses y que la acompañó muchas noches. Se vio sin calzones y medias negras, como a él le gustaba, con esos portaligas que lograban un espacio infinito entre sus tacos y el sexo. La tiró sobre el sillón, pensando lo curioso que era que un simple ropaje la haya dado tanto sentido al sudor de su cuerpo. Tomó una copa y la colmó de vodka, brindando con el aire. También en ese momento observó el cuchillo y la sangre. Recordó vagamente haber levantado la mano, también recordó el asombro de Andrea- y el mío, se dijo- cuando la alzó por los cabellos y su mano cortó la respiración de la tarde. Parecía una gacela aterrorizada que dirigía la mirada a sí misma, como si contemplara un milagro, alguna revelación secreta que su hermana nunca le había dicho. Una maravilla demasiado extraña, se dijo Javiera.

MARCELA UNDURRAGA CASTILLO, nace en agosto del '68, es Comunicadora Social y candidata al divorcio efectivo, de hecho confiesa que ya lo está desde hace algunos años. Ganó todos los concursos literarios infantiles y luego optó por no seguir concursando, tal vez por un problema de madurez. Ha publicado diversos artículos en Zona de Contacto de El Mercurio y ha sido redactora en revistas técnicas. Ha participado en los Talleres de Alicia Miranda en la SECH, "Ergo Sum" de Pía Barros y en el 2003 se integró al Taller Mapocho.

EL ENCARGO

Javiera ve aparecer al sol en el recodo de la ventana, tras las blancas cortinas de tul. Se sienta y pestañeando con fuerza espanta el último rezago de sueño. La radio reloj encima del antiguo velador de madera marca las ocho y media. Piensa que ya es hora y tomando impulso pretende desprenderse de las tibias sábanas, pero la pesada e intempestiva mano de Edgard la atrapa por la cintura. Quiere saber adónde va. Lo besa en la frente y se escabulle hasta la cocina para buscar el suéter que llevaba anoche. Se pasea desnuda de un lado a otro.

La contempla con sonrisa complaciente. Sabe que dentro de unos minutos encontrará el suéter, se lo pondrá, hará el café en las tazas de greda y fumará el primer cigarro del día.

Recoge un arrugado diario y arrodillada sobre la cama se acomoda el cabello con un elástico y examinando atenta las fotos le pide a Edgard que le traduzca la noticia. Se niega. Si desea encontrar trabajo es necesario que aprenda el checo de una vez por todas y no comprende como aún no se reúne con el pequeño grupo de latinos en aquella embajada que les enseña gratis el idioma. De pronto se percata que por el rostro femenino brillan dos lágrimas. En los proyectos laborales que ha visto le pagan muy poco y requiere el dinero urgente para pagar las deudas que le dejó a su padre en Chile. Una piedra se atora en la masculina garganta y mirando los discos apilados en un rincón le cuenta que Kevin, un compañero de universidad, le está consiguiendo un trabajo nocturno en un restauaran de la Ciudad Vieja para tocar el clarinete.

Javiera se acuerda de la hora y se olvida de la pena. Da un brinco que sobresalta a Edgard. Saca del ropero un calzón y un par de calcetines. Busca frenética entre las sábanas sus jeans y cuando termina de vestirse se arroja sobre él besándolo bulliciosamente en la boca, el cuello y la oreja. No lo deja preguntar. Agarra su bolso de cáñamo y cruza la puerta.

La luz azul de la ciudad le trae los ojos de su padre. Se cruza de brazos para templarse. Recuerda que de la cintura para arriba no llevaba ropa interior, ni siquiera una camiseta y se arrepiente de no haber traído la chaqueta, pero acostumbrada a pagar las consecuencias por sus atolondramientos se resigna a la temperatura. Toma el metro y trata de descifrar la decena de rostros que la rodean; será que se tornaron pálidos e inanimados durante o después de la caída del comunismo. Sin llegar a ninguna conclusión decide sumergirse en sí misma. Se baja dos estaciones más allá y cruza la plaza Staromastake tapizada de turistas, grupos musicales y palomas. El reloj astronómico la seduce por enésima vez con el tañido de sus campanas y el esqueleto que invierte con la mano izquierda un reloj de arena le recuerda la inevitable proximidad de la muerte. Un escalofrío le sacude el brazo del que cuelga su bolso.

Camina por la ribera del Moldava hasta encontrar el puente Carlos. Se empina sobre sus botas y cargando las caderas contra la baranda de cemento se ladea para oír con mayor claridad el apacible serpenteo de las aguas. La sorprende un saludo y girando rápidamente se topa con la esbelta figura de André que la escudriña con esos pequeños ojos azules tan de cerca que puede sentir su típico aliento a cerveza.

La aprisiona por los hombros y le habla en francés rozándola con un tono íntimo que la transporta a un país en el que alguna vez estuvo y al cual no pretende volver. Se sientan en un viejo escaño. André le hunde los dedos en la mejilla, pero ella no mueve ni un pedazo de piel, el juego se acabó, ahora sólo son negocios. Él sonríe maliciosamente y pasándose la mano por el pelo acepta la negativa femenina. Entonces se aboca a lo esencial de la situación.

Javiera extrae del bolso de cáñamo un paquete envuelto en un grueso papel kraft y se lo entrega a su acompañante el cual lo revisa y nota una abertura en la esquina. Ella aclara sarcástica y entre guiños que no ha sacado ni un gramo y le pide su dinero. André sin emitir palabra guarda el paquete en su mochila y la mira, por un segundo la mira como se mira a un objeto. La muchacha presagia que ha llegado demasiado lejos.

El parque luce escasos y distanciados visitantes. Edgard apoyado en el tronco de un árbol intenta desentrañar lo que observa desde lejos. Javiera siempre le había impuesto una inexplicable distancia desde que la conoció hace cinco meses frente a la catedral de San Vito. Y ahora ve como éste desconocido de pronto la abraza, pero es un abrazo cauteloso y brusco. Entonces ella hace un movimiento extraño algo parecido a una breve convulsión e inclina lánguidamente la cabeza mientras el hombre coge la mochila y se aleja dando largos trancos a través del puente. El presentimiento le arrebató la respiración y sus piernas inician una carrera desenfrenada hacia Javiera. Un campanario resuena en el aire, detiene su carrera y se derrumba sollozando sobre el verde pasto mientras en su interior estallan los bronce de Praga revelándole que ya es tiempo de dejarla partir.

JOAQUÍN

Hace dos meses que Joaquín me dio las llaves de su departamento. Seguramente como un signo de compromiso y digo “seguramente”, porque cuando me las entregó, ese rojizo crepúsculo invernal frente al océano, sólo murmuró: “son del departamento”.

Él es así; de pocas palabras, pero exitoso, inteligente, deportista, de impajaritable misa dominical y sobre todo “soltero”. Para mí, nada mal, una treintañera separada y con un hijo. Además, su madre me adora, siempre me dice que sería la esposa perfecta para su retoño.

Y allí estábamos, sentados en la arena húmeda. Yo apretando la llave en mi mano consolidaba el porvenir. En una quimera fugaz redecoro el departamento, definitivamente cambio las cortinas y pongo plantas, muchas plantas.

Joaquín me da un soplido en la cara para traerme de nuevo a la playa. Nos miramos. Sonreímos por sonreír. Entonces, con sus dedos largos y fríos dibuja el contorno de mis labios, la inclinación de mi nariz, el círculo de mis pómulos. En un aliento tibio que aspiro nombra mi nombre desde atrás de su voz. Me respira con soberanía sobre el cuello y me aprovecha la boca entreabierta para tocar con su lengua mi lengua. Quiero acariciarlo y rauda guardo la llave en el bolsillo de mi chaqueta. “Sofía, todavía hay gente en la playa”. Me advierte en un susurro que me alborota la piel. “Joaquín, te he dicho que en el descaro está la diversión”. Y me vuelve a sonreír, esa sonrisa íntima con sus ojos en mis ojos. Supongo que desde aquel atardecer inició la planificación de nuestro futuro.

Joaquín se va España durante un mes por asuntos comerciales. Yo me quedo en Chile con mi hijo Cristóbal y ocupándome de mi reciente y pequeña empresa familiar. Hemos ido pérdida, sino tiramos para arriba nos vamos a la mierda. Poner un outsourcing cuesta más de lo que pensamos. Y hay que pagar el arriendo de la oficina, a la secretaria, el teléfono.

Aprovechando la distancia de Joaquín y que mi ex pasa el fin de semana con Cristóbal, me saco el maquillaje, me bajo de los tacos, agarro una mochila y acepto la invitación a Valparaíso de mis dos mejores amigos.

Joaquín no los soporta; Pedro es actor, homosexual y de reluciente piercing en la ceja. Magdalena es periodista, desempleada y socialista.

Acomodados en un banco contemplamos la cadenciosa oscilación de los botes sobre el mar. En el cielo las bulliciosas gaviota se enredan en un collar de graznidos mientras abajo los pescadores con sus chorreados delantales de plástico amarillo, alzan cajas repletas de merluzas, corvinas y jaibas. Intento inhalar profundamente este olor a puerto, pero el humo del cigarro de Pedro se me cruza frente a la nariz.

- Saca el humo... -

Pedro clava sus ojos azules en mi rostro y agrega sarcástico.

- Ya po', la que menos fuma... -

- Ahora fumo menos –

- Ahora... – le pega sutil codazo a Magdalena – la “hacen” fumar menos –

- Yo solita decidí fumar menos –

- ¡ Chucha, la mina mentirosa! –

Y se le escapa una carcajada que me contagia.

- Oye, la Magda anda “esotérica” –

Se burla ante el prolongado y poco común silencio de nuestra compañera.

- Puede ser que ande “esotérica”. Me acordaba del año nuevo que pasamos en una lancha. Cada uno con su botella de champagne. Vimos los fuegos artificiales desde allá... -

Indica al horizonte mientras su mirada se pierde entre el océano y la evocación.

Almorzamos como a las cuatro de la tarde en un restaurante del mercado. Pedro nos cuenta de su última obra teatral y de su actual romance. Magdalena nos expone lo que es la “cesantía ilustrada” y obviamente su punto de vista política. Yo les relato los altibajos de la empresa y el paladar se me cuaja de miel cuando les hablo de mi hijo.

De allí, encontramos un hospedaje en un edificio que calculo del año 1.900. La habitación con dos camas, de techo alto y madera, el papel mural beige hace lucir todo aún más antiguo. Y justo en la esquina una ventana amplia nos regala el puerto en su plenitud y los cerros con sus multicolores casas colgando.

En la noche nos instalamos en una boite atiborrada de parroquianos esperando, igual que nosotros, a los Petinelis... *enfermera no la deje entrar... un hombre muerto en el ring... por la shusha su madre...* Paseamos por una calle que bordea el desembarcadero, mientras a Magdalena le da por gritar “poder popular”. Nos detenemos a conversar con una puta vieja, pero nos corre pronto, le ahuyentamos la clientela. Compramos vino tinto y al llegar al hospedaje nos sentamos al borde de la ventana y lo bebemos. Hace frío, pero la tibieza del cabernet me envuelve. Una gota violeta cae en mi escote y resbala despacito hasta esconderse entre mis senos. Y se me viene a la piel, la piel de Joaquín.

Joaquín ha vuelto y parece que los aires de Europa lo han puesto más serio. A Cristóbal le trajo un Game Boy Advance y a mí un perfume, una cartera y un maravilloso vestido de gasa verde oliva.

Ahora lo acompaño a las comidas de familia, a los torneos de tenis y a una que otra cena de negocios como la novia formal. Me enorgullece tomarlo de la mano o poner mi cabeza sobre su hombro. Supongo que los demás nos ven como una pareja atractiva.

Magdalena me llama al celular. Que nos juntemos en la cafetería que conocemos cerca del Bellas Artes, que a las 6 de la tarde, que tiene algo que contarme, que tiene que colgar.

Ella ya está tomando su té de jazmín. Una luz la rodea, se ve de muy buen humor.

- Tuve una entrevista de trabajo en el canal de tevecable que te conté el otro día. Me tinca que la pega ahora sí me va a resultar –

Fabián, un muchacho flaco y pálido, se acerca con libreta y lápiz para apuntar mi pedido. De paso, nos avisa que ha finalizado su primer libro de poemas urbanos y nos compromete al lanzamiento que será en este mismo local. Anotado el té de naranja, el empolvado y las dos trufas se retira. Entonces Magdalena arremete con su posible esquema de trabajo periodístico-televisivo. Mientras habla, bla, bla, bla, bla, bla yo me entretengo analizando su cabello rubio y ondulado y lo asemejo a un enjambre de caracolas de mar. Valiéndome de una de sus obligadas pausas para tomar oxígeno, pregunto:

- ¿Vas conmigo a la obra de teatro?-

- ¿A cuál?-

- “Doctor Freud”, es en media hora más-

- No – da un sorbo a su segunda taza de té - me junto con Ricardo... –

- ¿Ricardo? – interrumpo sorprendida.

- Sí, me lo presentó Pedro... –

- ¿Pedro? – interrumpo aún más sorprendida.

- Fueron compañeros de universidad. Me lo presentó la noche que nos reunimos en su casa-

- ¿En casa de quién? –

- De Pedro –

Hice memoria. Pedro me había llamado invitándome, pero tuve que ir con Joaquín a uno de sus eventos empresariales.

- ¿Y qué hace Ricardo?-

- Es profesor de arte. Esa noche, después de lo de Pedro, nos fuimos a tomar un trago a la “Muñeca Brava” y conversamos de la vida, de la muerte, de la sociedad, de música, de la luna, de las estrellas, qué sé yo-

- ¿Y a dónde van ahora?-

- A un asado que me invitó una ex colega. Ricardo te va a caer bien. Tengo hartas ganas de presentártelo, aunque lo conozco hace poco. Me aburrí de estar sola, no es que anduviera buscando, pero es rico tener a un hombre que te quiera, que te desee. ¿No te pasa lo mismo? ¿No te da miedo la soledad?-

Con la vista fija en la taza anaranjada y vacía, apenas capto lo que dice mi alma, parece haberse aletargado en algún complaciente rincón, como un animal doméstico.

- Tengo miedo a estar acompañada y sentirme sola-

Y al pronunciar esta frase algo invisible se libera, sale volando por mi boca y permanece suspendido en el aire.

Un frenazo nos perturba. Vemos hacia la calle y el auto prosigue en medio de los gritos del transeúnte. Magdalena prende un cigarro, lo aspira y burlona comenta.

- Que es patudo, cruza con rojo y reclama que casi lo atropellan. Hay gente muy huevona en este mundo-

Pagamos la cuenta. Nos separamos en la esquina. Yo decido ir de todas maneras a la obra teatral, así que para hacer tiempo y no llegar muy adelantada camino lentamente. Empieza a hacer frío. Aprieto contra mi cuerpo la chaqueta de jeans que llevo puesta. Me gusta vagar sola por las calles, mirar las caras de las personas, las sombras neón que se desprenden de los edificios, las hojas que yacen sobre el cemento, leer las revistas colgadas de los kiosco, asustar a las palomas y saludar a los perros. Siento una repentina e inexplicable felicidad.

Es otra noche. Entro al departamento. Guardo las llaves en mi cartera y la dejo sobre la mesa del comedor. En la habitación está Joaquín tendido sobre la cama. Se pone de pie, me abraza y con ternura me besa sobre la frente. Me pregunta por Cristóbal y por la oficina. Yo digo “bien”. No pretendo entrar en detalles, ni pretendo que, justo esta noche, me considere una empresaria de proyectos serios y rentables. No, ya no.

Me ofrece un whisky con hielo, pero no lo acepto. Sentada en la orilla de la cama miro dentro de mi escote y disfruto la sinuosidad de mis propios senos. Contemplo la alta y masculina figura. Lo huelo intensa, silenciosa y me humedezco como una hembra en celo.

Él me habla de sus negocios, de su familia, de nuestro futuro. Le sonrío condescendiente. Por fin se sienta a mi lado y me besa, un beso tan conciso que me deja con el ansia pendiendo de los labios. Y recomienza a conversar de lo mismo, siempre lo mismo “ayer firmé un contrato con Adidas... que el seguro del auto... el Banco me aprobó otro crédito... mi mamá quiere que la acompañes a la clínica”.

De improviso me paro y apago la luz. Joaquín se calla. Conozco de memoria el ritual que lo excita. Me retuerzo sobre él como una gata, ronroneo en su oreja y lamo su cuello, lamo su oreja, ronroneo. La respiración se nos acelera y se enreda por el aire en suave gemidos. Me quita presuroso la polera y el sostén para morderme los pezones, mientras yo le desato el cinturón para jugar con mis dedos entre sus muslos. Con besos, poco a poco, bajo por su estómago hasta saborear su pasión erecta. Subo de nuevo a encontrarme con su boca, pero él me voltea y me penetra pronunciando mi nombre una y otra vez, diciéndome quien soy o quien debo ser. El animal encerrado dentro de mi pecho despierta y me araña, quiere salir. Araña, maúlla y se revuelca. Ahora tengo conciencia del peso de Joaquín sobre mi cuerpo y me ahogo. Lo echo a un costado bruscamente y pregunta que me pasa. “Nada”. Ya puedo respirar, inhalo por la nariz y exhalo por la boca intentando relajarme. Joaquín no entiende y me observa exigiendo alguna explicación. Yo recorro a la dulzura, besándole la mejilla aún mojada y acurrucándome entre sus brazos me convierto en la niña-mujer que a él tanto le gusta.

TREN DE ATERRIZAJE

Se duerme. Sigilosa salgo de la cama y para no interrumpir su sueño me visto a oscuras. Saco las llaves del departamento de mi cartera y las abandono sobre la mesa. Abro la puerta y me voy. Ya es tiempo de volver a mí.

MAURICIO WEIBEL tiene 34 años, es periodista, descendientes de una desconocida familia de vagabundos artistas circenses judíos que arrancaron de las guerras europeas del siglo pasado. Se desempeñó, a su entender, en oficios tan detestables y riesgosos como mateo, locutor de partidos imaginarios de fútbol y lector compulsivo de diarios desde los siete años. Entre los dieciocho y los veintisiete, terminó tres soporíferas carreras universitarias. Desechó interesantes ofertas laborales en varios países, privilegiando dudosas iniciativas personales y empresariales que ineludiblemente terminaron en fracasos y lo llevaron a integrarse al Taller Mapocho desde sus inicios. Actualmente, dedica su tiempo a su mujer e hija, una novela que promete, la docencia universitaria y el resto.

UN VIEJO BUENO, HEREJE Y ASESINO

Abrazó a su perro, se acomodó la frazada y miró por las rendijas de su ruca el casi metro de nieve que cubría sus campos desde la última luna llena. “Está amaneciendo”, masculló, mientras frotaba sus pies. Desde hacía un mes que no abandonaba sus tierras ni hablaba con nadie. No sabía si los últimos y seniles amigos que le quedaban habían sobrevivido las nevadas cordilleranas.

Se levantó del suelo, sacudió la tierra húmeda que impregnaba sus ropas, vació sobre sus manos el aire tibio que aún guardaban sus octogenarios pulmones, y avanzó hacia el fondo de la única pieza del hogar. Allí, se inclinó y metió una mano en las cenizas que había dejado el fuego. Escarbó en ellas en busca de las últimas espigas asadas que conservaba. Se sentó en el tronco que le servía de silla y empezó a masticar.

“Al menos hay luz”, se dijo mirando los rayos que se filtraban por entre los maderos. “Por suerte, no amaneció con niebla”, pensó. Se irguió, caminó hasta la entrada, abrió la puerta de su casa e intentó avanzar por la nieve hacia las vegas. Su perro, que se alimentaba desde hacía varias semanas de roedores, lo siguió. Pero Lautaro Achicheo no le estiró la mano, ni siquiera le obsequió una mirada. Sabía que si el tiempo no mejoraba, tendría que comérselo.

La nieve, a medida que caminaba, empezaba a taparle la rodilla. Avanzó hasta un montículo de leña que había apilado cerca de su casa antes del invierno. Subió hasta su cima y allí se sentó.

Con la mirada, mientras el viento viajaba por sus cabellos y arrugas, empezó a recorrer los rincones donde habían quedado los cuerpos de sus familiares, visitó de memoria incluso aquellos parajes que sus ojos no alcanzaban a divisar, más allá de las montañas. No sabía por qué seguía vivo, si apenas lograba susurrar palabras y no tenía a quien transmitir sus enseñanzas. Sólo los jefes huincas y los curas franciscanos venían a buscarlo, de vez en cuando desde la guerra de 1657, para intentar convencerlo, sin éxito, de que auspiciara un nuevo armisticio o patrocinara alguna actividad evangelizadora, en su calidad del lonco más antiguo y venerado de la Araucanía. Pero él nunca había cedido a esas demandas. “Nada bueno puede venir de quienes exterminaron a mi familia”, se repetía.

¿Cuántos muertos, cuántos cerros, cuántas lunas, cuántas familias había dejado atrás luego de su huida de Junín a Chile por los picos de los Andes?. Ya ni siquiera se acordaba. Eso había sucedido hacía más de sesenta años... ¿Por qué pensaba hoy en aquello?

“Todo por una misa”, maldijo. Las matanzas de mapuches en Junín habían comenzado después que varios indígenas, entre ellos su primo Pelentaro y su hermano Elicura, se habían negado a comulgar en un bautizo e iniciado una riña que había terminado con tres soldados y dos curas asesinados a mazazos. Los españoles no tardaron en reaccionar y con un batallón de mil hombres se abalanzaron sobre la pampa patagónica. “No quedó más que arrancar y morir en la cordillera”, le confesó a su perro.

II

Llevaban tres meses de caminata por entre las montañas, huyendo de la persecución huinca. Achicheo, cuchillo en mano, se acercó a la mujer sin siquiera preocuparse de no pisar la sangre que se le colaba por entre los orificios de sus sandalias y procedió a realizar los últimos cortes.

“Es como degollar carneros”, ironizó. La muchacha, tirada sobre el suelo, no dejaba de gritar, con la ilusión de que algún alma escuchara sus alaridos en medio de los Andes australes.

“Cállate”, bramó él, al tiempo que guardaba su cuchillo en el cinto y se sacaba su runa. “Es una niña”, agregó; mientras envolvía a la recién nacida y su madre. Ya empezaba a nevar. Las arrastró hasta una cueva y salió a buscar leña. Recogió los restos de arbustos que pudo encontrar sobre el hielo y volvió al lado de sus compañeras de fuga. Encendió un fuego e introdujo un poco de nieve con tierra en la palangana que los acompañaba desde la pampa de Junín. Cuando el agua se entibió, cortó uno de los últimos pedazos de charqui de puma que le quedaban y lo puso a hervir. “Para el sabor, al menos”, se consoló.

La mujer había avanzado hasta el fondo de la cueva para resguardarse del viento, e intentaba proteger a su hija. “Voy a traer más ramas para la fogata, después no podré salir”, le informó. Mientras recolectaba la leña caviló que les podía restar aún una semana de camino, metió la mano en su morral y comprobó que no tenía más que dos tiras de charqui. Hacía tres días que esos despojos eran su única comida. De regreso en la cueva, sacó el alimento y se lo pasó a la madre. “Usa una por día, voy a cazar algún cóndor”, le dijo y partió.

A medida que avanzaba por los riscos, la noche se cernía por las montañas, empujada por el viento que chocaba con el eco. “Estoy seguro que vi un nido cerca del acantilado, lo mejor es que me arriesgue a bajar por la ladera, por el hielo. Queda sólo una palma de luz”, meditó. Mientras caminaba, los granizos, que ahora precipitaban, humedecieron sus ropas. Los brazos le temblaban. Al rato, la tormenta blanca lo obligó a seguir a gatas. “No veo nada... el despeñadero debe estar a la derecha. Casi no siento mis manos”, lamentó.

Siguió así por horas, pero cada vez con mayor frecuencia paraba para frotarse las extremidades y las rodillas. Llegó por fin hasta un enorme promontorio que lo protegió del viento. “Esta debe ser la roca que estaba cerca del nido”, recordó. Desenvainó su cuchillo y empezó a afilarlo contra la piedra. El cóndor debía estar oculto en una cueva que había a unos cincuenta pasos. Arrastrándose se dirigió hasta la morada de su nuevo enemigo. En la entrada, distinguió el aleteo del ave en medio del silbido del viento, sujetó su arma con todas las fuerzas que aún sobrevivían en su cuerpo y se abalanzó hacia la caverna, hasta chocar con el animal. Sintió un fuerte mordisco en su cara y por instinto clavó su puñal en la pechuga de la bestia al menos cinco veces. “Te maté, maldito”, gritó cuando el cóndor dejó de moverse. De pronto, sintió que un líquido cálido empezaba a infiltrarse por sus sandalias, miró hacia el suelo y vio un huevo roto. Se encucilló y empezó a sorberlo. Avanzó luego hasta el fondo de la cueva, se tapó con el ave, que aún emanaba calor, y sin soltar el puñal, se dispuso a esperar que la tormenta se debilitara, mientras comía a tirones la carne.

Completó así dos días. Cuando la tormenta amainó, volvió cargando su presa. Tardó tres horas en llegar. Trozó unas tiras de carne y las introdujo en la boca de la madre, que apenas lograba sujetar a su hija contra el pecho. Luego salió a buscar ramas debajo de la capa de nieve, prendió un fuego y asó el cóndor. La mujer, con la bebida a cuestas, se acercó al fogón. Comieron sin hablarse. Eran los únicos sobrevivientes de un grupo de treinta mapuches que habían huido desde Junín. En el camino, ella había perdido a su esposo y sus cuatro hijos, él a todos los que amaba. Al final de la merienda, ella lo miró y murmuró un “gracias” “Pronto partimos”, le replicó.

Después de cinco horas, se encontraron por fin con el río que los llevaría a los valles de Chile.

III

“Desde entonces han pasado sesenta años y diecinueve guerras”, suspiró. Luego, bajó del montículo y empezó a juntar leña, sin dejar que en esta ocasión lo acompañara su perro. Cada hora que pasaba estaba más seguro de que tendría que comérselo.

Al cabo de un buen rato, se sentó bajo una araucaria. Su perro se aproximó y se echó sobre sus piernas. Lo tomó con sus manos y lo acercó a su cuerpo. “Sólo por el frío”, se justificó. Pero al instante, arrepentido, se paró y regresó a su ruca, armó una pequeña fogata en su interior y preparó un agua de hierbas, tomó una rama y revolvió el líquido. Las virutas subían hasta el techo y desde allí caía la nieve. “Como cuando quemamos el campamento huinca, hace cuarenta años”, se rió. En ese sitio, conocido también como la Batalla de Temuco, después de una semana de combate, los hombres que él lideraba habían logrado incendiar la incipiente ciudad de los conquistadores por sus cuatro costados. “Y al día siguiente llovió como nunca he visto en mi vida”, reflexionó.

¿Cuántos españoles había cercenado en su vida?, ¿Cien, doscientos, trescientos? El último había sido hacía cinco años, en el combate de Lebu. “Pero ya estaba moribundo, yo sólo le di la estocada final”, admitió. Saboreó la infusión que había preparado y se sentó en su tronco a esperar la noche.

IV

Desde que había llegado a Chile, cruzando los Andes unas tres décadas atrás, cuando era un mapuche que bordeaba los 20 años y huía de las matanzas de Junín, que Achicheo no recordaba haber temido tanto por la falta de alimentos, como cuando esa mañana de 1657 metió la mano en la jarra de greda y comprobó, como temía, que ya ni siquiera quedaban piñones, con los que proveer a su familia de tres mujeres y veinte hijos.

La lluvia, que se despeñaba desde el cielo casi sin cesar desde hacía dos lunas, había inundado casi por completo plantaciones entre las faldas cordilleranas y el mar. “El Sol se ha olvidado para siempre de nosotros”, se convenció. Hacía cuatro días que junto a sus hijos no lograba cazar un pudú, un coipo o siquiera una bandurria.

Se acercó a la puerta y vio la cincuentena de mapuches que habían arribado durante las últimas horas a sus tierras, arrancando de las crecidas de los ríos que habían anegado los bajos. Caminó hacia ellos y llamó a los hombres.

- Hay que tomar una decisión. No podemos seguir esperando, quedan sólo dos vacas viejas y somos más de setenta –les advirtió.
- Nuestros animales fueron tragados por los ríos, tú nos has dicho que con tus hijos no han podido cazar –resumió Yeumen.
- ...y no podemos esperar a que mejore el tiempo, hay que sacar la desgracia de nuestra tierra –remató Caupolicán.
- Achicheo, tú eres nuestro lonco. Yo no soy nadie para decirte qué es lo que debemos hacer, pero creo que tenemos que tomar una decisión pronto. Tus hijos me han dicho que ustedes también han conversado la posibilidad de marchar sobre Nueva Imperial.
- Es cierto Elicura. Lo hemos discutido, pero no es una acción que podamos emprender solos, necesitamos más peñis.

- El cacique Colo Colo también está dispuesto a combatir. Además, me contó que toda la gente que vive más allá del bosque de araucarias espera la guerra con los huincas- aportó José, el mestizo del grupo.
- ¡Marichuiweu, peñis! -gritaron todos.

Achicheo, como lonco, sabía que esas últimas palabras eran el sinónimo de la dignidad de su pueblo, pero también de la guerra y la desolación. Ellas no se pronunciaban en cualquier momento. De hecho, sólo las había escuchado en diez ocasiones, desde su llegada a Chile hacía unos treinta años. Y hoy, como nunca, le parecían certeras e impostergables. Sin mediar más palabras, Achicheo, volteó hacia el establo, allí hurgó entre los trastos viejos, hasta encontrar las boleadoras, cuchillos y arcos que le quedaban. Los demás mapuches enfilaron hacia el bosque de araucarias, rumbo a los bajos. Las mujeres, que a la distancia habían visto y escuchado la conversación, no los despidieron y ellos tampoco las buscaron con las miradas. Nadie quería un adiós.

A medida que el ocaso se apagaba, las sombras fueron extendiéndose por entre los árboles que tapizaban las laderas de los cerros, incentivadas por el cerrado cielo de la lluvia. Achicheo, a tropiezos, guiaba a sus hombres por los senderos que se escondían bajo el barro y la oscuridad, ayudado por su instinto y los relámpagos que iluminaban el bosque. “Queda por lo menos un día de camino montaña abajo y otro hacia Nueva Imperial”, pensó, al tiempo que en su mente intentaba imaginar un buen lugar para acampar. “Tendremos que parar en el cerro Azul. Y al alba, ver por dónde podremos continuar”, decidió.

Desde donde se encontraban hasta su futuro destino debían quedar por lo menos diez kilómetros a través de las escarpadas y montañosas selvas australes del Pacífico Sur. El viento, único compañero de su excursión, no cesaba de chocar contra el follaje, simulando la presencia de pumas, huincas y espíritus. Los demás mapuches, por ello, avanzaban con sus puñales despuntados, en grupos de dos a cuatro. “Y en realidad lo mejor que nos podría ocurrir es que apareciera un puma. Al menos tendríamos algo que cazar”, ironizaba Achicheo.

Cuando alcanzaron el bosque del cerro Azul, los hombres se tiraron sobre el suelo, esperando – como ansiaban desde hacía dos lunas- que amainara la lluvia. Empero, el amanecer sólo trajo el encuentro con más mapuches, que habían abandonado sus tierras para escapar de las crecidas de los ríos y el hambre.

- Hacia el sur y el noreste sólo hay agua. La única opción que tenemos es ir primero en dirección del mar y luego, cerca de la costa, seguir hacia Nueva Imperial –dijo el cacique de los recién llegados, cuando todos se hubieron acercado.
- Si es así, el camino se alarga y no hay más tiempo para platicar –resumió Achicheo, al tiempo que se paraba, tomaba una boleadora y se la entregaba a su interlocutor, quien sin dudarle, y junto a sus hombres, siguió al lonco en la búsqueda del océano, a través de las montañas.

Dos cosas apuraban a Achicheo. Una era la suerte que estarían corriendo sus esposas e hijas y la otra era que la marcha se hiciera más lenta a medida que nuevas huestes de mapuches se les sumaran. La falta de alimentos estaba en parte solucionada con las provisiones que cargaban sus nuevos peñis. “Al menos, tenemos para dos comidas más”, calculó optimista. La guerra con los huincas se acercaba.

V

Al otro día el Sol, después de tres meses, volvió a regir sin contrapeso en el firmamento. “Se acabó la pesadilla y tú te salvaste”, le espetó a su perro. Trató de pararse, trastabilló y cayó de bruces al suelo. Se levantó, tomó las ramas que le quedaban y las prendió. “Parece que tú vas a terminar cenándome”, le insinuó a su guardián, que miraba la abertura por donde entraban las ratas.

“No desesperes. Yo también comí ratas. Además de coipos, cóndores, pumas e incluso gorriones. El hambre no perdona, amigo”, le confesó. “Ese año, el del hambre, tuvimos el peor invierno que recuerden estos parajes, los ríos abrieron las montañas, los bosques fueron arrancados de cuajo, la tierra no dio frutos, a los animales se los tragó el lodo. No tuvimos opción: Debimos marchar sobre el campamento huinca de Nueva Imperial para conseguir víveres. No teníamos caballos ni provisiones. Sólo hambre, desesperación y fe en nuestros antepasados. Era el año cristiano de 1657, hace más de dos décadas”, balbuceó.

Volvió a secar su cara y prosiguió con la voz entrecortada: “Allí murieron ocho de mis hijos. En realidad, de los mil que embestimos la ciudad huinca regresamos sólo siete. Fue allí cuando juré que no me rendiría hasta vengarlos a todos ellos. Y desde entonces que le suplico a nuestros antepasados que nunca más se repitan esas lluvias, esa hambruna. Y hasta ahora me han escuchado”, remató.

VI

Achicheo desmontó, ciñó como de costumbre los aperos de su caballo y contempló aquellos parajes que no pisaba desde hacía seis años y donde había vivido al menos por dos décadas, antes que estallara la Gran Guerra de 1657, tras el desastre de Nueva Imperial.

Detuvo su mirada en el lugar donde otrora estuviera su establo e intentó descubrir una seña, al menos una, que le diera un indicio de lo que había acaecido en sus tierras durante su ausencia. Caminó hasta donde recordaba que había levantado su ruca y con los pies empezó a remover los leños que estaban desperdigados sobre el suelo, casi sepultados por la maleza. Se encucilló y recogió unos trozos de greda, los apretó entre sus manos y, al cabo de unos minutos, los soltó.

“Todo está quemado y podrido. Ojalá Fresia y las niñas se hayan escondido al interior del bosque”, reflexionó.

Después de una media hora, en la que sólo se dedicó a recorrer con las lomas y vegas que circundaban sus tierras, subió a su caballo y se adentró entre los árboles, en busca de su familia. “Quizás aún viven”, se animó.

Al cabo de un rato, decidió desmontar y seguir a pie. “Apenas se puede avanzar, el sendero casi ha desaparecido, como si nadie hubiera pasado por él en años”, pensó. Después de dos horas, vio el resplandor del Sol brillando sobre el lago que buscaba. Y aunque tuvo ganas de correr, se detuvo al escuchar el canto de un tuetué a su izquierda. “Es un mal presagio, cada vez que esa ave trina a la izquierda anuncia una desgracia”, se alertó.

Y debía ser verdad, pues no había nadie en la laguna, ni en sus inmediaciones. Y por más que durante dos lunas llenas recorrió esos parajes no encontró ninguna noticia de los suyos. La mayoría de los mapuches que hoy vivían por esos lares eran lo que los huincas llamaban indios amigos, generalmente reacios a hablar con loncos o jefes rebeldes. Además casi todos estos

indígenas se habían asentado en esas tierras para escabullir la Gran Guerra de 1657 y no conocían a quienes habían residido antes en la zona.

Escasamente pudo averiguar que hacía tres cosechas, el último año seco, el comerciante de esclavos Juan Salazar, aprovechando que la totalidad de las tropas realistas e indígenas se enfrentaban en las zonas costeras, había organizado una maloca, donde miles de mujeres y niños fueron convertidos en esclavos, algunos de ellos vendidos por sus propios padres a cambio, a veces, de estribos, espadas, frenos o licores. Lo más probable –le insinuaron– es que sus familiares hubieran muerto o hubiesen sido tomados prisioneros para ser comercializados en Santiago. “Y lo increíble es que no sé qué es peor”, se repetía Achicheo cada vez que le narraban esos sucesos.

Pero sin derrotarse, los buscó por meses en las cercanías de los pasos cordilleranos, en los ventisqueros, en las montañas donde vivían los pumas. Hasta que un día, en el que por fin pudo llorar y asumir su fracaso, decidió abandonar esas montañas y encaminarse más al sur, pasando una última vez por las vegas donde había estado su ruca. “Para poder llevarme unos recuerdos”, se justificó.

Así, al regresar a ellas, y tras un breve aro, se agachó para recoger un pedazo de tierra que guardó en su morral, volvió a montar y empezó el descenso final, por el sendero oeste, a ritmo lento, con la única esperanza de que sus ya sexagenarios pulmones lograran apresar para siempre los olores y recuerdos que lo acosaban.

Desde la batalla de Nueva Imperial, donde había perdido a sus hijos varones y a sus hombres, que no había vuelto a su casa, huyendo de los huincas, organizando ejércitos para vengar a los suyos, soñando con conquistar España, hasta que un día un soldado invasor, entre risas, le dijo que la tierra de los conquistadores estaba más allá del mar, donde él jamás ni siquiera soñara que pudieran vivir hombres.

Días después de esa confesión, en reunión con los demás loncos, había propuesto un cese al fuego y que cada cual retornara a las tierras que aún quedaban en su poder, a cuidar a sus familias.

En fin, habían pasado ya más de seis años desde que sus pies bajaran por este mismo cerro, acompañado por la lluvia y el hambre, en busca de los víveres que almacenaban los hispanos en el fuerte de Nueva Imperial. Hoy sus mujeres e hijas ya no estaban y ningún mapuche había sabido darle una noticia de ellas. La mayoría de los mapuches con que había hablado durante su regreso venían de otros lugares o habían nacido esclavos.

¿Vivirían aún sus esposas e hijas, donde habrían quedado sus cuerpos, estarían ahora como esclavas, se las habrían llevado después de una maloca más allá de donde podían ver sus ojos, al otro lado del mar?

Achicheo no lo sabía y aunque durante años volvió a recorrer la Araucanía, atacando las mercedes de tierra huinca y liberando a sus peñis, destruyendo los asentamientos militares y quemando iglesias; nunca más tuvo noticias de los suyos. Sólo el canto de los tuetué durante los días más lluviosos de cada invierno le recordaban la tragedia y le daban la única luz sobre lo sucedido.

VII

Por eso cuando una bandada de tuetué trinoó sin parar el primer día soleado después del invierno, Achicheo supo que este año el fin de las lluvias no llegaría solo. Y así fue, pues amparados con los primeros rayos de Sol, las huestes huincas volvieron a penetrar la Araucanía, ahora por vigésima vez. Pero en esta ocasión nadie lo vino a buscar para combatir. Los españoles pronto coparon todas las comunidades, repartieron las tierras y los mapuches entre sus soldados e iniciaron la evangelización. Los misioneros, con el ánimo de evitar más masacres y rebeliones, propusieron nuevamente a los jefes militares españoles que el ideal era convertir al cristianismo a un jefe venerado, como Achicheo, para que así el resto de los indígenas siguiera su ejemplo.

Por ello, los últimos tres días de su vida el lonco Lautaro Achicheo debió defender, cuchillo en mano, su derecho a no ser bautizado. Ni siquiera el superior de la congregación franciscana, el reverendo Pedro Vásquez, pudo convencerlo, que era mejor unirse al Señor, que ser juzgado y condenado a la hoguera. Achicheo gastó las pocas fuerzas que sobrevivían en su octogenario cuerpo en su última batalla. En las noches, cuando dormía, su perro resistía los embates de la Santidad. Nadie entró a la ruca en tres días. Apenas aceptaba que la machi Fresia Chihuailaf le acercara las viandas que él y su guardián necesitaban. Desde fuera, los monjes, encabezados por Vásquez, le leyeron por horas y horas el Apocalipsis, la Resurrección de Cristo, el Gran Diluvio y la Fuga de Egipto, para convencerlo de la bondad y la fuerza de su Dios Todopoderoso. También le advirtieron que si no aceptaba la Nueva Fe su alma se iría al Reino de las Tinieblas. Les contestó que eso era lo que quería, que ninguna de sus mujeres, hijos y antepasados era bautizado, y que él quería estar con ellos. No pensaba abandonarlos. No salvaría su alma. Lo amenazaron con dolores infinitos, le anticiparon que su cuerpo sería una Llama Eterna y que jamás conocería a Dios, que tenía que pensar en su Inmortalidad. Pero no hubo caso, Lautaro Achicheo murió hereje, con el cuchillo en la mano y riéndose. Al fin, estaba con los suyos.